

VICTORY STORM

TE

TENGO



Victory Storm



TE TENGO

Índice

Cubierta
Te tengo
Tabla de contenidos
Te tengo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31

TE TENGO
VICTORY STORM

Texto copyright © 2020 Victory Storm

Correo electrónico de la autora: victorystorm83@gmail.com

<http://www.victorystorm.com>

Traductor (italiano à español): Georgina Jimenez

Editorial: Tektime

Este es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan ficticios.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte del libro puede ser reproducida o difundida por ningún medio, fotocopias, microfilm u otro, sin el permiso del autor.

Portada: diseño gráfico Victory Storm | Enlace: <https://stock.adobe.com> - Couple Fashion Beauty, Young Woman in Sexy Red Dress and Embracing Man in Love By inarik

*En la bella Verona, donde situamos nuestra escena,
dos familias, iguales una y otra en abolengo,
impulsadas por antiguos rencores, desencadenan nuevos disturbios,
en los que la sangre ciudadana tiñe manos de ciudadanos.
De la entraña fatal de estos dos enemigos
cobraron vida bajo contraria estrella dos amantes,
cuyas desventuradas y lamentables catástrofes sepultan en su muerte la discordia de
sus padres.
El terrible desarrollo de su amor, marcado por la muerte,
El odio continuo de sus padres, que sólo pudo suprimir el final de sus hijos,
Va a ser durante dos horas el asunto de nuestra escena.
Si escucháis con benévola atención, procuraremos enmendar con nuestro celo las faltas
que hubiere.*

*(Tomado de **Romeo y Julieta**
de William Shakespeare)*

GINEBRA

—No lo sé, Maya. Quizás es mejor si lo dejamos así —susurré, intentado calmar la ansiedad que me estaba asaltando.

—Ginebra, vamos, déjate llevar por una vez! No estás cansada de tener que someterte a las reglas de tu familia? No me digas que una parte de ti no desea otra cosa que salir del seminario y divertirse, como hacen todas las muchachas de nuestra edad! —resopló mi amiga, quejándose.

Claro que lo quería! Pero no era tan fácil para quien tenía sangre italiana de los Rinaldi en las venas.

Ser la hija de un jefe de la mafia, significaba tener una vida prestablecida, dentro de un conjunto de reglas y de limitaciones, impuestas por un padre jefe.

Incluso si era la hija más pequeña, esto no me hacía más libre y, cada error o transgresión, era siempre castigado con severidad. Por ello había aprendido muy pronto a respetar los deseos de mi familia.

Me había siempre comportado de manera impecable, pero en los últimos años, desde que había comenzado la universidad, había empezado a sufrir por la rigidez típica de mi padre y por la perfección de mi madre.

Me sentía cambiada desde que había entrado en contacto con una realidad tan vasta como la universidad, con sus estudiantes que no eran seleccionados y evaluados de la forma en que lo hacía la escuela católica femenina en la que había estudiado hasta ahora.

Había aprendido que existían distintos estilos de vida y que, sin la presencia de mi padre en el consejo del instituto, a nadie le importaba que yo fuera una Rinaldi.

Por primera vez en mi vida me había concedido ser yo misma y abrazar nuevos ideales que mi padre aborrecía.

En los últimos dos años me había vuelto la oveja negra de la familia, a quien evitar o tratar como a una pobre desadaptada, pero la verdad era que nunca antes me había sentido tan viva.

Había roto lentamente las pequeñas cadenas que me anclaban a la familia, pero todavía estaba muy lejos de la libertad y de hacer aquello que quería, como tomar una decisión clara sobre mi futuro sentimental o profesional.

Hasta ese momento me había limitado a mirar a Maya, la hija del contador del patrimonio de los Rinaldi y mi única amiga, mientras transgredía las reglas de su familia, que seguía servilmente las leyes de mi padre.

Había envidiado a Maya cada vez que me llamaba por teléfono, pidiéndome que la cubriera con sus padres cuando quería encontrarse con sus amigos, que no agradaban a sus padres o, cuando salía con un muchacho.

Siempre había admirado la valentía con la que desafiaba los deseos de su familia.

Muchas veces había deseado ser como ella, pero el peso de mi apellido, siempre me había

bloqueado.

Sin embargo, Maya tenía razón: no podía continuar así. Apenas había terminado mi último año de universidad y todavía no había experimentado la emoción de una pequeña escapada, de un encuentro secreto con un muchacho o de una pequeña locura, como una noche de paseo con personas que no conocía.

—Ok, hagámoslo! —exclamé entusiasmada, pero con la voz aún cargada de temor.

—Verás que irá todo bien. Lo hice cientos de veces y te puedo asegurar que nunca he tenido problemas —me aseguró Maya.

—Sólo tengo miedo que alguien me reconozca o que mi padre lo descubra.

—He tomado todas las precauciones del caso. Mira aquí —me dijo, dándome una peluca rubia con rulos.

—Estás bromeando, verdad? —dije horrorizada.

—Tesoro, eres la hija del propietario de la mitad de Rockart City. No puedes considerar ir de paseo sin llamar la atención.

—Ya nadie sabe quién soy. Pasaron dos años desde que mi padre no me incluye más en sus entrevistas y no me invita ni siquiera a sus ceremonias de inauguraciones. De todas formas, la gente cree que él tiene dos hijos. No tres. Mis apariciones a su lado se redujeron al mínimo desde que me hice vegetariana y empecé a hablar de derechos civiles.

—Todavía no te ha perdonado por ser vegetariana? —se rió Maya.

—No, cuando como con él, siempre me hace poner en el plato un bistec, que yo rechazo, lo que hace que se vuelva loco. De todas formas, como casi siempre sola en las dependencias donde me han relegado —conté triste. Era difícil no sentirse aceptada por la propia familia.

—Que guay! Allí estás sola y puedes hacer lo que quieres!

—Ojalá! Recuerda que en mi casa hay tele- cámaras por todas partes y la vigilancia siempre está presente. No existe la privacidad y me pregunto a menudo si podré alguna vez separarme de mi familia y vivir mi vida. Quisiera encontrar un trabajo, casarme con un hombre que ame...

—Mientras te quedes en Rockart City, será imposible. Al este del río *Safe River* no se mueve una hoja sin que tu padre lo autorice... Tu única esperanza es irte muy lejos de aquí, a un lugar donde tu padre no pueda llegar, sabes muy bien, que él no te dejará nunca hacer lo que quieres. Hará de todo para impedirte que trabajes, para asegurarse que no puedas mantenerte y cortar ese cordón umbilical con el que te encadena todavía con veintitrés años!

—Y seguro que no me permitiría casarme con quien yo quiera.

—Olvídalo! Ginebra, te alcanza con pensar en todas las relaciones amorosas que has tenido hasta ahora.

—He tenido sólo una. Duró tres días, en mi último año de escuela.

—Daniel Spencer, verdad?

—Sí. Apenas pude darle mi primer beso, antes de saber que él y toda su familia habían sido exiliados para siempre de Rockart City.

—Todo por un beso... Piensa si hubieras ido a la cama.

—Hubiera terminado en las mazmorras del castillo como los prisioneros de guerra —reí débilmente, aunque en realidad siempre había pensado que lo habría hecho en serio. Todavía no había olvidado la furia y la cachetada de mi padre, cuando había descubierto que estaba enamorada del hijo de David Spencer, el hombre que le había hecho perder un negocio dos años atrás.

Edoardo Rinaldi era un hombre que guardaba rencor de por vida.

—Bien, te puedo garantizar que esta vez no te pasará nada y tu padre nunca lo sabrá —me alentó Maya, poniéndome la peluca rubia sobre el cabello castaño, que me llegaba hasta la espalda.

Me miré en el espejo.

Me dio ganas de reír porque estaba irreconocible con el eyeliner negro y el cabello largo hasta la cintura. Además, el vestido que me había hecho poner Maya, era lo opuesto de mi look clásico convencional.

Ese vestido rojo sin hombros y ese abrigo de piel negro, con mangas tres cuartos me daban un aire de mujer cosmopolita, emprendedora y transgresiva. Todo lo que no era.

—Cómo es posible que tu padre no te haya dicho nada respecto a todas estas compras? —exclamé sorprendida.

—Mi padre no es desconfiado como el tuyo, pero me controla cada compra que hago con la tarjeta de crédito y mi madre se mete en mi vestidor una vez al mes, si mi padre se queja del extracto bancario.

—Tu madre es igual a la mía. Cómo haces para que no te regañen por este tipo de compras?

—Mi madre no sabe nada de esta segunda vida mía. Tengo un acuerdo con la empleada del negocio. Ella me deja probar estos vestidos en casa por un día y, yo se los devuelvo intactos la tarde siguiente, cuando voy a cambiarlos por algo que se parezca más a los gustos de mi madre —me reveló, mostrándome la etiqueta todavía adherida al vestido, antes de esconderla dentro del escote, debajo de la axila derecha.

—Eres genial!

—Lo sé, pero recuerda tratar a este vestido con cuidado, porque mañana debo llevarlo de nuevo al negocio y debe estar en perfectas condiciones.

—Prometido!

—Bien, ahora salgamos. La empleada me ha dejado las llaves del coche que usa para hacer las compras y, así bronceadas, nadie nos reconocerá cuando nos dirijamos hacia la salida. Ni siquiera el guardaespaldas que te trajo hasta aquí y que te controla desde el aparcamiento fuera del portón.

—Así lo espero, de lo contrario estoy muerta.

—Por precaución, dejaremos los celulares aquí, de manera que la señal GPS del teléfono no nos descubra. Además, en la cartera llevaremos sólo dinero en efectivo y el documento falso que te conseguí. Recuerda que por esta noche yo no seré Maya Gerber, sino Chelsea Faye y tú no serás Ginebra Rinaldi sino Mía Madison, de Los Ángeles.

—Has pensado en todo, eh?

—Ginebra, después de cinco años de fugas secretas, podría evadirme incluso de una prisión —rió Maya, aliviando la tensión.

GINEBRA

Tenía el corazón latiéndome como loco.
Era la primera vez que hacía alguna locura y estaba aterrorizada a morir.
Silenciosamente, a pesar de los tacos altos, seguí a Maya.
De todas formas, todos se habían ido a dormir y la casa estaba desierta.
Salimos por la puerta trasera y nos acercamos al coche aparcado delante, como había dicho mi amiga.
Entramos en un viejo Toyota Corolla y rápidamente, partimos.
Cuando el coche pasó el portón, me escondí para no dejarme ver por el conductor del coche que estaba estacionado en la salida. Era él, quien me había llevado hasta allí y sabía que no se hubiera ido hasta que no me hubiera llevado de vuelta a casa.
Odiaba ese control permanente, pero no tenía idea de cómo hacer para liberarme de esa prisión sin barrotes.
Ser una Rinaldi sería una cruz que habría llevado hasta la muerte.
Sólo cuando nos dirigimos hacia la autopista, empecé a relajarme, pero apenas pude ver *Safe River*, sentí que me faltaba el aire. Era la primera vez que lo veía en vivo.
De repente, sentí el miedo que me corría por todo el cuerpo.
—Maya, adónde vamos? —me agité viendo a mi amiga pasar el puente que unía la zona este de Rockart City con la oeste.
—Vamos donde tu familia no podrá encontrarte nunca.
—Te has vuelto loca?! Está prohibido a los Rinaldi, incluso acercarse a este río! Si un Orlando descubre mi presencia en su parte de la ciudad, me mata! —grité aterrorizada. Odiaba los límites y las reglas que me imponía mi padre, pero esa de no ir jamás más allá del río, había prometido no infringirla nunca sino quería arriesgar morir prematuramente.
—Lo sé muy bien. Por eso tenemos los documentos falsos.
—Eso no me tranquiliza, Maya.
—Chelsea! Recuerda que aquí soy Chelsea y tú eres Mia! No te equivoques o estamos perdidas!
Continué el viaje, aplastada contra el asiento, con el sonido de mi corazón latiendo en mis orejas e incapaz de disfrutar el panorama de esa parte de la ciudad que nunca había visto.
—Va a estar todo bien, verás —continuaba a repetirme Maya, pero yo estaba lista para escapar y volver atrás, prometiendo no volver a hacer algo así.
Apenas me di cuenta, que Maya había apagado el coche al lado de otro, que también estaba aparcado y que tenía a dos muchachos guapos sentados adelante.
—El que está al volante es Lucky Molan. Es él por quien he perdido la cabeza y de quien te he hablado tanto últimamente. Lo conocí en *Clasesparticulares.com*. Es él quien me da clases de economía online, a escondidas de mi madre, que está convencida que soy un genio. Desde

hace dos años que muero por él y sólo ahora que me he graduado, ha aceptado salir conmigo. Pero lamentablemente, cuando me propuso salir de a cuatro con su hermano que se ha dejado con la novia, no pude decirle que no.

—Por eso estoy aquí, verdad? Para entretener al pobre hermanito, mientras te diviertes con el amor de tu vida.

—Yo no lo diría así, pero... Sí, es así. Te lo ruego, Gin... Mia, es importante que todo salga bien, porque no quiero conformarme con una noche de a cuatro.

—Sólo hay una cosa que no he entendido. Él sabe que eres Maya Gerber?

—Claro que no. Sabes que no me gusta revelar mi verdadera identidad. No quiero que alguien descubra que tomo clases privadas.

—Entonces su relación se basa en mentiras. Cómo crees que puedes construir algo sólido y duradero de esta forma?

—Por ahora pienso en divertirme, ok? Quiero salir con Lucky y quizás ir a la cama. Tampoco dije que quiero casarme con él!

—Dudo que tu padre te lo permita.

—Lucky vive al oeste del río, por tanto está fuera de los límites para mí. Incluso sino soy una Rinaldi, papá no quiere que frecuente esta parte de la ciudad.

—Considerando las cosas que tu padre sabe de mi familia y lo que administra para ella, creo que estás en peligro, tanto como yo.

—Puede ser, pero no me importa! Soy demasiado joven para pensar en esas cosas.

—O demasiado estúpida —resoplé débilmente.

Silenciosamente, como si tuviera miedo que alguien pudiera escucharme, bajé del coche y me acerqué junto con Maya, a los dos muchachos.

Ambos eran rubios con ojos azules.

Por el abrazo que intercambié mi amiga con el muchacho más alto y delgado, entendí que debía ser Lucky.

—Mucho gusto, soy Mike —se me acercó el otro muchacho de aire deprimido y unos centímetros más alto que yo.

—Mia —me presenté, en voz baja por miedo a decir mi verdadero nombre.

Cuánto me hubiera gustado ser desinhibida y desenvuelta como Maya!

—He reservado en el *Bridge*. Sepan que tuve que pedir un favor a un amigo para tener un pase para ese local. Es un lugar inalcanzable para nosotros, comunes mortales —rió Lucky, indicándonos un edificio a pocos metros de distancia.

—Aquí es, yo quería ir a *Lux*... Ya fui muchas veces y me gusta —intervino Maya haciéndome preocupar por el aire ansioso que percibí en su voz. No era de asustarse, y yo sentí el miedo volver a niveles alarmantes.

—No tendremos otra oportunidad de entrar en ese lugar y, el pase vale sólo para esta noche, nos da la posibilidad de escuchar a la famosa pianista Folkner —le dijo Lucky.

Miré a Maya y leí una fuerte indecisión en sus ojos oscuros, hasta que la vi asentir débilmente.

—Va a estar todo bien —me susurró a la oreja, tomándome la mano con demasiada fuerza, para no asustarme.

No sé de donde saqué el coraje, pero vi a mis pies avanzar uno delante del otro, hacia eso que parecía ser un nido de serpientes.

Sólo cuando me encontré a un paso del ingreso y leí el cartel, sentí que el piso se

desvanecía bajo mis pies por enésima vez esa noche: “*The Bridge. Orlando’s Night*”.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Mike me explicó que ese era el local de la importante familia italiana Orlando, los primeros que llegaron a Rockart City (aunque algunos sostenían que eran los Rinaldi, quienes llegaron primero) y, que había transformado esa villa desolada en un imán para los nuevos inmigrantes, dando vida a la que hoy era reconocida como una de las ciudades más florecientes e históricas de los Estados Unidos de América.

Ese local era la primera actividad comercial y el corazón de Rockart City, al oeste del río.

—Después de la muerte del gran Giacomo Orlando, la gestión del local pasó a manos del nieto, Lorenzo, la oveja negra de la familia. Ha peleado con todos y ha renunciado a tomar el lugar del padre, Salvatore. Se salvó de la ira de los Orlando sólo porque es el primogénito, hijo único y era el pupilo del abuelo, que al momento de morir le ha pedido que no abandonara la ciudad y que continuara con el local de la familia, la piedra angular de la familia Orlando. Por amor al abuelo, Lorenzo aceptó y volvió a este lugar, el lugar más exclusivo y prestigioso de toda Rockart City —me contó Mike, mientras nos acercábamos al *Bridge*.

—Debe ser un tipo genial.

—Sí, y sólo tiene veintinueve años, pero no esperes a un caballero con armadura brillante. Es un tiburón, como todos los Orlando y, no perdona la más mínima trampa. Un paso en falso con él y corres el riesgo de terminar mal. Sé que el año pasado, dos tipos han desatado una pelea y ha tenido que intervenir la policía. Bien, desde ese día, todos se preguntan qué sucedió con esos dos idiotas. Lo mismo para el pusher que quiso meterse a vender en su local. Si la familia Orlando gobierna cada persona y movimiento en Rockart City Oeste, en el *Bridge* existe sólo la ley de Lorenzo. Todo lo que gira alrededor de ese hombre está blindado y es inaccesible, si él no lo autoriza. La ciudad estaba convencida que, renunciando a la herencia de la familia, él habría perdido todo el poder y, por el contrario, Lorenzo ha demostrado saber manejarlo solo. Hoy en día, tiene un poder que equivale al de su familia y la cosa más loca es que se lo construyó él solo.

—Bien, el apellido que lleva lo habrá ayudado.

—Quizás ahora sí, pero no cuando ha cortado los lazos con su familia. La mitad de sus parientes querían su cabeza, cuando mandó a todos al demonio. Seguramente el abuelo, que estaba a cargo de los Orlando, ha impedido que lo mataran, pero después murió y Lorenzo quedó completamente solo.

—Qué coraje debe tener para desafiar así abiertamente a su familia —exclamé con un poco de envidia. Cuánto me hubiera gustado ser como él o tener un abuelo que me sostuviera, pero los míos estaban muertos o habían regresado a Italia.

GINEBRA

A pesar de la tensión, me invadió una hermosa atmósfera cuando puse un pie en el interior del *Bridge*.

El lugar era muy sobrio, elegante, refinado, con las paredes con un papel tapiz en tela color azul francia con dibujos de flores color damasco y dorado, que reflejaban las luces suaves y cálidas de las lámparas de cristal suspendidas.

También las mesas eran oscuras pero opacas, a diferencia del piso de mármol negro de África con vetas doradas.

La música que la pianista estaba tocando se escuchaba en el aire armoniosamente, haciéndome relajar y disfrutar esa experiencia única.

Lucky y Mike nos hicieron acomodar en una mesa con divanes y silloncitos de cuero negro, de estilo retro.

El ambiente era ciertamente sombrío, pero agracias a la iluminación y a la bienvenida que se percibía, era imposible no sentirse seguro, bienvenido y listo para ser mimado por el personal afable y siempre dispuesto para asistir ante el menor signo, pero sin resultar invasivo o indiscreto.

—Adónde lleva esa escalera? —pregunté a Mike que se había sentado a mi lado.

—Nunca entré allí, pero me contaron que en el piso superior están los privados y las habitaciones para dormir. No es un albergue, pero Lorenzo Orlando quiso crear una sección para quien tuviera necesidad de quitarse la resaca o hubiera venido con una dulce compañía. Por el contrario, en el sótano hay una gran sala para recepciones especiales y un billar. No sé bien que sucede ahí abajo, pero algunos piensan que está relacionado con el crimen organizado de la familia Orlando. Por último, en el segundo y último piso, debería estar el apartamento del propietario.

—De esta forma no pierde de vista sus negocios —comenté con sospecha.

—Es un hombre al que le gusta tener todo el control.

—Lo había entendido.

—Incluso ahora está allí y nos controla a todos nosotros.

—Desde su apartamento?

—No, desde allí —me corrigió, indicándome con un movimiento de la cabeza, un espacio elevado en la parte trasera del local.

—No lo mires! Si te atrapa, si sospecha y nos atrapa! —me dijo Mike, pero yo era demasiado curiosa. Nunca había visto a un Orlando en toda mi vida y tenía curiosidad.

Analiqué a cada una de las personas que estaban en esa mesa, que se encontraba en una posición privilegiada, a la que se podía acceder a través de una pequeña escalera de seis escalones.

Había tres hombres y cinco mujeres.

El hombre a la izquierda estaba ocupado en su celular y no parecía prestar ni la más mínima atención a la conversación del tipo a su derecha, que intentaba contar algo divertido que hiciera reír a las mujeres presentes.

Me pregunté quién de ellos podría ser Lorenzo Orlando.

Quizás el que estaba concentrado en el teléfono?

Desvié la mirada a la derecha y mis ojos se encontraron con los del tercer hombre.

Completamente avergonzada por haber sido sorprendida mirándolo, bajé la mirada y volví con mis amigos que estaban ordenando una Menabrea.

Ordené una yo también, sin saber qué era. Todavía estaba sorprendida por esos ojos.

Incapaz de controlarme y de concentrarme en la conversación de mi mesa, volví a mirar a aquel hombre.

Me estremecí cuando noté que continuaba mirándome.

Estaba por quitar la mirada de nuevo, pero una parte de mí decidió mantenerla y no mostrar que estaba incomoda.

Además, quería saber! Era él, el famoso Lorenzo Orlando?

Mantuve la mirada encadenada a la suya.

Incluso si la luz era baja, noté el color ámbar de sus ojos. Un color amarillo ocre con vetas cobrizas.

Nunca había visto ojos de ese color y quedé sin aliento.

Tenían algo de magnético, fascinante y hipnótico.

Es él, Lorenzo Orlando! Estoy segura!

Me quedé allí admirándolo, dejando fluir la mirada sobre su rostro anguloso, sobre su piel bronceada y sobre su barba descuidada que sombreaba su mandíbula.

Estaba sorprendida. Esperaba encontrarme de frente a un hombre cuidado hasta en los más mínimos detalles, muy atento en dar una imagen perfecta de sí mismo. Y por el contrario...

El toque de barba, los cabellos castaños despeinados, algunas ojeras... me daba más la impresión de un hombre que había vivido, uno al que la vida no le había regalado el mundo en sus manos, pero que había tenido que crearse su espacio, él solo.

Estaba fascinada y encantada por esa imagen.

Sin embargo, Lorenzo Orlando era cualquier cosa menos un hombre descuidado, excesivamente extravagante o poco atento a los detalles.

Parecía que cada cosa fuera perfecta en su imperfección y, su traje de seda oscuro, combinaba con la camisa negra abierta en la parte delantera, dándole un aire de poder que brotaba en cada poro.

Era descaradamente irresistible. Su modo compuesto y controlado como estaba sentado, se llevaba el trago a la boca seductora y me miraba, me perturbaba y me atraía como una polilla al fuego.

Peligroso y fascinante como un demonio.

Eso es lo que pensaba de él.

Todavía estaba atrapada mirándolo cuando lo vi levantar la copa de su Manhattan y hacer un brindis en mi dirección.

Sentí los pómulos estallar y su sonrisa seductora me hizo entender cuánto era evidente mi vergüenza.

Me dio tanta vergüenza que quité la mirada.

Tenía el corazón que me latía muy fuerte, estaba muy agitada.

La idea de haberme dejado atrapar dos veces mirando a un hombre que nunca habría tenido que encontrar, me hizo dar ganas de escapar corriendo.

Ginebra, estás jugando con fuego!

Miré de nuevo a mi mesa y me encontré de frene a una jarra de cerveza.

Sobre el vaso, estaba la marca de la cerveza italiana Menabrea.

Hice una mueca.

Odiaba la cerveza.

Incapaz de hacer nada, al final me rendí en escuchar a Mike que había comenzado a hablarme de su ex novia, con quien había estado cuatro años.

Fingí interés por un buen tiempo.

En realidad, mi mente continuaba a volver sobre aquel hombre a pocos metros de distancia y sobre sus ojos dorados que me hipnotizaban.

Lamentablemente, después de un cuarto de hora ya estaba aburrida y, sin poder detenerme, mi mirada fue de nuevo a posarse sobre Lorenzo Orlando.

No podía entender cómo un hombre como él, podía hacerle mal a un Rinaldi.

A pesar de que intuía un velo de tiniebla y agresividad, Lorenzo parecía una persona demasiado controlada y relajada para hacerle mal a alguien.

Como si hubiera sentido mi mirada sobre él, de repente lo vi girarse hacia mí.

Se me detuvo la respiración cuando noté su mirada hacerse dura y sospechosa.

Sí, Lorenzo Orlando era un hombre peligroso y de repente me sentí atrapada.

Volví inmediatamente sobre Mike y me prometí no posar más los ojos sobre Lorenzo.

GINEBRA

A pesar de que tenía mucho prestigio y que era de pura malta italiana, no me parecía apropiado tomar una cerveza Menabrea en un local como ese. Además, nunca me había gustado.

Decidida a ordenar mi usual y amado Bellini y, a liberarme de Mike y de su discurso, detallado hasta en los más mínimos detalles, sobre el motivo de la ruptura con su ex novia, me levanté y fui directamente a la barra a pedir algo para tomar.

Me acomodé en una banqueta y esperé al barman, que vino inmediatamente a servirme.

—Un Bellini, por favor —ordené gentilmente.

De inmediato, el camarero tomó un durazno maduro y se dispuso a batir la pulpa para luego hacerlo filtrar con un colador de malla estrecha.

Estaba tan encantada con sus movimientos fluidos y precisos y, por la música que estaba sonando la música Faulkner en el piano allí cerca, que no me di cuenta que una persona que se había sentado cerca de mí.

—Buenas noches —me susurró de repente una voz cálida y profunda a mi lado, haciéndome sobresaltar.

Mi di vueltas hacia mi izquierda y me encontré a pocos centímetros de Lorenzo Orlando.

De golpe, sentí la garganta arder y secarse completamente, mientras mi corazón comenzó a martillarme violentamente en el pecho.

Después de haberme dejado atrapar tres veces mientras lo miraba, había hecho de todo para distraerme y olvidar todos los peligros que estaba corriendo estando allí.

Por suerte, los discursos de Mike me habían ayudado pero ahora me sentía sola, indefensa y totalmente vulnerable por esa presencia elegante y amenazante.

Intenté responder a su saludo, pero era como si cada sílaba me hubiera quedado encastrada en la garganta, sofocándome.

Me parecía que me quemaba bajo su mirada ámbar, mientras me miraba insistentemente buscando una respuesta de mi parte. Estaba incrédulo y perplejo por mi silencio.

Estaba tan agitada que mi mente quedó en blanco y no recordaba más nada. La única cosa que escuchaba en mi cabeza era de no dejarme descubrir diciendo mi verdadero nombre.

Miré a Maya buscando ayuda, pero se estaba besando con Lucky.

Volví con la mirada hacia Lorenzo.

Todavía me estaba mirando y yo me sentí más atrapada que antes.

Sentí la tentación de escapar y desaparecer para siempre, pero por suerte el barman vino en mi ayuda, ofreciéndome el Bellini.

Intentando controlar el temblor y la dificultad para respirar, tomé la copa.

Haciendo girar el taburete para levantarme, mis rodillas se encontraron sutilmente con las del hombre y, sentí que me faltaba el aliento.

Levanté la mirada esperando ver indiferencia o distracción en sus ojos, pero me vi fulminada por la oscuridad de sus pupilas dilatadas.

Con su ropa negra me hacía recordar a una pantera, antes de atacar a su presa.

—Discúlpeme —susurré débilmente, moviéndome rápidamente y dirigiéndome hacia mi amiga.

Estaba por dar un paso lejos de quien estaba destruyendo mi autocontrol, cuando sentí que me tomaban fuerte pero delicadamente por el brazo.

Me detuve asustada y vi la mano bronceada de Lorenzo sobre mi piel clara.

Gemí de ansiedad.

Cuando un Orlando y un Rinaldi entraban en contacto, terminaba siempre de la misma forma: con la muerte de uno de los dos.

En ese momento comprendí con certeza que quien tenía menos chances de sobrevivir, era precisamente yo.

No sabía qué expresión tenía en mi rostro, pero debe haber sido bastante elocuente ya que Lorenzo me dejó ir.

—No pueden estar aquí —me susurró, mientras su mano cuidada y grande se alejaba de mi brazo delgado, que sentía esa experiencia surreal.

Quedé con la boca abierta. Cómo había hecho Lorenzo Orlando para descubrir que era una Rinaldi?

—Yo... yo... —balbucee, incapaz de encontrar una excusa plausible.

—No acepto FreeLancers en este momento, no tengo intenciones de emplear otras acompañantes —me avisó severo, indicándome con una inclinación de la cabeza, un grupo de mujeres elegantes y sexis que flirteaban y charlaban amablemente con algunos clientes.

Acompañantes?

Lorenzo me había confundido con una escort!

Me miré el vestido y me di cuenta que era muy audaz, pero no creía que podía ser confundida con una mujer de poca moral.

Además, consideraba que era mezquino y de mente estrecha juzgar a una mujer sólo por su ropa.

Levantando el mentón y asumiendo la actitud más altiva y enojada posible, me acerqué con calma a ese hombre que en ese momento habría querido patear.

—No soy una prostituta —me ofendí, retomando la voz gracias al enojo repentino que me corría por las venas.

—Ellas tampoco. Son simples acompañantes. Si luego ofrecen otros servicios, no es mi problema. Basta con que lo hagan lejos de aquí —respondió él, sorprendido de mi tono inesperadamente poco cordial.

—Entonces me corrijo: no soy una acompañante —respondí resuelta y ácida.

—A veces las apariencias engañan —contraatacó él convencido que había ganado. Aparentemente no había sido la única que había tomado de manera personal la respuesta poco simpática del otro.

Sonreí dentro mío, porque percibía las ganas de pelear mi batalla y llevar la victoria a casa.

No sabía de dónde provenía todo ese coraje después de haber sentido tanto miedo... quizás era la adrenalina.

—No se preocupe. Lo perdono. Puedo entender que una persona recientemente reintegrada, pueda tener momentos de confusión y equivocar lo inequívoco.

—Reintegrada? —repitió él perplejo pero con un leve tono amenazante en la voz. Era evidente que estaba haciendo un notable esfuerzo, para no atacarme.

Tomé coraje gracias a su autocontrol, quería demostrar sin ceder. Conocía ese orgullo y sabía lo que escondía.

—Sí. Admítalo: cuánto tiempo ha estado fuera? Dos días? Una semana?

—Fuera de qué? —me preguntó en seco, no sin un notable esfuerzo, incluso si sabía que ya conocía la respuesta.

—De la cárcel, obviamente. Puedo reconocer a una persona cuando sale de prisión y tiene problemas en readaptarse a las convenciones sociales.

Por un momento quedó boquiabierto por el estupor. Seguramente no estaba acostumbrado a que le hablen de ese modo, pero estaba demasiado preparado para mandar al demonio esa máscara de hombre perfecto que llevaba en presencia de otros.

—Qué le hace pensar que yo haya apenas salido de la cárcel? —murmuró Lorenzo con los ojos entrecerrados y la mandíbula contraída.

—Por su aspecto.

—Por mi aspecto —repitió calmo, como la calma que antecede al huracán.

—Sí. En conclusión, ese cabello no ve la tijera de un peluquero y un peine, desde hace un tiempo —subí la dosis indicándole su cabello perfectamente peinado de forma desordenada, pero sin perder la elegancia—. También esa sombra de barba le da un aire desalineado, un pasado imprudente... Sin hablar de las ojeras bajo los ojos, no presagian sueños tranquilos y es comprensible. Creo que es difícil dormir en una celda con un extraño que podría tener intenciones poco tranquilizadoras. Lamentablemente no existe aún una legislación eficaz contra las molestias sexuales entre detenidos, por lo que tiene toda mi comprensión.

—Creo que entendí el concepto —me detuvo, incapaz de escuchar otra cosa que saliera de mi boca—. Y lo lamento por usted, pero se equivoca. Nunca estuve en prisión.

—A veces las apariencias engañan —exclamé con una sonrisa maléfica y una encogida de hombros, repitiendo sus mismas palabras.

«*Touché*», susurró con una media sonrisa, entendiendo mi intención de vengarme por haber sido confundida con una acompañante.

—Permítame al menos ofrecerle algo de beber —intentó disculparse cuando intenté irme. Lo miré a la cara y la expresión de desafío de la serie “No termina aquí —me puso en alarma.

—No acepto regalos de desconocidos —lo detuve de inmediato, poniendo en la barra un billete que cubría el costo del Bellini y dejaba al barman una buena propina.

—Estaba convencido que no fuera necesario pero... ok, me presento. Soy Lorenzo Orlando, el propietario del *Bridge* —me dijo, ofreciéndome la mano.

Mire esa mano tentadora y me dio palpitaciones.

La idea de tocarlo me llevaba a pensar cosas prohibidas y que podían ser castigadas de la peor forma.

¡Ginebra, estás jugando con fuego!

Todo el engreimiento que tuve, me abandonó con la misma rapidez con la que había llegado.

—Juro que no muerdo —me susurró, notando que dudaba en darle la mano.

—Mía, donde te habías metido? —dijo Maya dándome casi un infarto. No la había visto acercarse y no me esperaba su brazo alrededor de mi espalda.

La miré brevemente y comprendí que había venido a socorrerme.

—Mía —repitió Lorenzo, pensativo.

—Sí, Mia Madison y yo soy Chelea Faye. Mucho gusto. Su local es bellissimo. Felicitaciones! —se entrometió Maya dándole la mano a Lorenzo, en lugar mío e interponiéndose entre él y yo, como si quisiera defenderme.

—Gracias —le respondió él con una sonrisa falsa, para esconder la irritación por la interrupción—. Es la primera vez que vienen a mi local?

—Sí. Estamos en Rockart City sólo de paso. Demonios! Se hizo tarde y ahora debemos irnos, pero espero tener la posibilidad de volver pronto —se disculpó Maya con aire alegre. Sólo ella podía parecer tan espontánea y contenta, incluso cuando la situación era tensa.

—Hasta luego, entonces —respondió el hombre educadamente, dirigiéndome la mirada por última vez antes de alejarse.

Apenas lo saludé con la cabeza.

—Qué demonios estaba pasando? —dijo Maya cuando quedamos solas.

—Nada —murmuré con un hilo de voz, incapaz de imaginar que hubiera podido ocurrir.

—Cuando te vi con él, creí que enloquecería. Te traje hasta aquí para divertirnos, no para hacer que te maten —me dijo agitada, robándome el Bellini todavía intacto y tomándolo en pocos sorbos, para calmar los nervios—. ¡Vamos! Le dije a Lucky que tienes un toque de queda y que tengo que llevarte a casa antes de las dos de la mañana —me dijo, tomándome de un brazo y arrastrándome hacia la salida.

—Señorita, discúlpeme —se paró delante nuestro un recepcionista, dándome una tarjeta negra con letras doradas “*The Bridge. Orlando’s Night*”—. El señor Orlando me ha pedido que le diera uno de nuestros pases como regalo, en señal de disculpas por la equivocación de la que fue víctima. El señor Orlando se preocupa por sus clientes y, se ocupa que estén satisfechos con el servicio recibido. Este pase le permitirá tener un ingreso privilegiado y una consumición gratis para usted y sus invitados.

—No es necesario, pero agradece al titular por el gesto y dígame que ya he olvidado nuestro malentendido —respondí gentilmente y enrojeciéndome por esa cortesía.

Lorenzo Orlando, me había ofrecido un pase o un ticket sólo de ida hacia el infierno, si hubiera sabido que era la hija del boss Edoardo Rinaldi.

—Le ruego —me suplicó, sorprendido por mi rechazo. Sabía que jamás habría podido llevar una tarjeta como esa, sino quería arriesgar la pena de muerte por parte de mi padre.

—Gracias por el pase! —se entrometió Lucky, tomando la tarjeta en mi lugar—. Mia, te has vuelto loca? Sabes cuánto cuestan estos pases?

—Quieres volverte un enemigo de la familia Orlando? —dijo Mike.

—No, yo... —balbucee con disgusto, pero Maya me tomó del brazo y me llevó fuera del local, hacia el aparcamiento.

—Volvemos a casa —suspiró Maya aliviada, después de un rápido saludo a los dos muchachos.

Entramos en el coche.

Pasamos por el puente del *Safe River* y, para mi sorpresa, noté que las palpitaciones que había tenido desde que había pasado por allí a la idea, no se habían detenido.

Era como si esa noche me hubiera dejado algo abrumador y tan poderoso como para no abandonarme jamás.

GINEBRA

Había pensado en Lorenzo Orlando toda la semana.

Había leído libros, visitado galerías de arte, participado en una reunión sobre derechos civiles, pero era como si todo fuera insignificante y carente de emociones.

Sólo cuando pensaba en Lorenzo, en lo que le había dicho, me sentía de nuevo viva y electrizada.

Era increíble!

Había estado tentada de pedirle a Maya que me llevase de nuevo más allá de río, pero no había osado hacer una propuesta de ese tipo, abiertamente.

Dentro de mí todavía era consciente de cuánto era malo, lo que había hecho y del peligro que había corrido. Y, sin embargo, era justamente eso lo que me mantenía viva en esos días.

Me alcanzaba con cerrar los ojos para volver a sentir la voz cálida, profunda y levemente ronca de Lorenzo.

Por no hablar de su cabello castaño desordenado que daba ganas de pasarle los dedos en medio.

O su barba, levemente descuidada.

Nunca había tocado a un hombre. Ni siquiera a mi padre o a mi hermano.

Una parte de mí habría querido acariciarle el rostro para ver qué se sentía tocar ese vello, para sentir cómo era tocar ese cabello áspero y sin afeitarse.

Oh Dios, tocarlo...

Se me entrecortaba la respiración cada vez que lo pensaba.

La idea me excitaba y me aterrorizaba al mismo tiempo.

Tocar un Orlando estaba prohibido!

Todavía me parecía poder sentir el calor de su mano en mi brazo.

Y, sin embargo, hubiera pagado por sentir de nuevo esa sensación.

Y sus ojos...

Oh por Dios, Ginebra, cálmate!

«Ginebra, quieres cortarte? Se puede saber en qué estás pensando? —dijo Maya sacándome de mis pensamientos.

—En nada —me apresuré a decir, continuando a cortar las cebollas.

—No te creo.

—Estaba pensando en qué prepararte. Espero que la pasta con ragú de seitán, te guste —respondí rápidamente, poniendo a freír la cebolla, con el apio y las zanahorias.

—Lo descubriré pronto, pero confío en ti. Eres una buena cocinera, incluso si creo que es vergonzoso que tus padres no te den una doméstica o una ayuda para hacer estos quehaceres.

—Mi padre fue claro: hasta que no deje mi dieta vegetariana y con esta fijación por los derechos civiles, estaré segregada en estas dependencias y tendré que arreglarme sola. De

todas formas, me volví una ama de casa experta.

—Pasas también la aspiradora? —me preguntó Maya disgustada.

—Sí. Cocino, lavo, plancho y me hago la cama sola.

—Demonios! Yo no podría nunca! Te tratan como a una esclava!

—No digas cosas absurdas. Me volví independiente y no hago nada que la mayoría de las personas no haga todos los días. No todos pueden permitirse tener sirvientes que te sustituyan en todo, lo sabes?

—Y para ti, está bien así?

—Sí —dije triste. En realidad no me interesaba tener que limpiar la casa o cocinar para mí. Lo que me hacía estar mal era que mi familia no me quiera más, que no aceptase mi diversidad y no mostrara un mínimo interés en mí.

Esas pocas veces que estaba con mi familia, era siempre un sufrimiento, porque no me hablaban, no me dejaban decir nada y peor aún, se negaban a pedir al chef que preparara comida aparte para mí.

A menudo me sentía sola y, de todas formas hacía casi tres años que estaba excluida y tratada sin respeto.

Incluso mi mudanza a esas dependencias había sido el enésimo intento de aislarme, para evitar que fuera parte de su vida familiar.

Incluso mi hermana Rosa me evitaba y, desde que se había casado, había también dejado de llamarme por teléfono.

Con mi hermano Fernando, nunca había tenido una buena relación y nunca había sufrido la distancia que había puesto entre nosotros dos. Por el hecho que era el primogénito, tenía diez años más que yo y era el heredero directo del imperio de papá, se permitía ser un déspota con cualquiera.

—Escucha, me ha llamado Lucky. Tiene tu pase. Según parece intentó ir al *Bridge* con sus amigos, pero le dijeron que la tarjeta es nominativa y que sin ti no podía entrar. Me ha pedido si esta noche nos gustaría volver con él y un amigo suyo que querría presentarte. Me hizo ver una foto suya. Es un hermoso muchacho! Quizás podría surgir algo, no te parece?

Pensé en Lorenzo.

Nunca lo hubiera admitido, pero tenía unas ganas locas de volverlo a ver.

—Ok —respondí dejando consternada a Maya.

—De verdad? Es decir, me alegra, pero estaba convencida que no quisieras saber más nada con el Bridge o con los Orlando, después de lo que sucedió el sábado pasado.

—Necesito cambiar un poco el aire.

—Una vez, cuando querías cambiar aire me pedías que fuéramos a la cabaña de mi abuelo en la montaña. Mientras ahora, me estás diciendo que quieres volver a la boca del lobo. Me parece que te he contagiado con mi locura de hacer cosas prohibidas.

—Puede ser —sonreí alegre.

LORENZO

No pude contener una pequeña sonrisa de triunfo cuando vi a Mia Madison atravesar la puerta del Bridge.

Sabía que había rechazado mi pase y que sólo por la intervención de uno de sus amigos lo había aceptado. Nadie era tan loco como para insultar a un Orlando, declinando su regalo, incluso si a Mia no le parecía importar mucho mi apellido y el rol que tenía en esta ciudad.

La sonrisa fue más grande cuando la vi quitarse la campera liviana de lino blanco y mostrar un vestido celeste escotado, que además tenía un escote profundo en la espalda, y con la falda que le llegaba a las rodillas.

Su look casto, resultaba todavía más simple por el maquillaje liviano y por los colores tenues, era una señal clara que no quería ser confundida nuevamente con una acompañante.

Por un instante, su mirada se cruzó con la mía.

Ambos hicimos un leve saludo con la ceja en dirección del otro, pero sus ojos quedaron pegados a los míos por una fracción de segundo de más, intentando no darme a entender que ella también había pensado en mí toda la semana, como me había pasado a mí.

Había sido difícil sacar de mi mente a una mujer que me había dicho que parecía un ex convicto y que me había desafiado tan abiertamente, a pesar de que la atemorizaba.

La recorrí con la mirada, buscando a la muchacha transgresiva y desinhibida, pero parecía que no quedaba rastro.

Era simple y bellísima.

Sus ojos azules con algún tinte violeta resaltaban gracias a la sombra lila y los labios estaban apenas cubiertos por un labial rosado.

A diferencia de la vez anterior, ahora parecía mucho más joven. No le daba más de veinticinco años y sus modales siempre agraciados y refinados con los que se movía, se sentaba y se llevaba a la boca el Bellini que había ordenado... tenía algo sensual y fascinante.

Había entendido de inmediato que había estudiado y no era una simple acompañante, cuando le hablé y ahora, viéndola en toda su simplicidad, me di cuenta que era más de lo que dejaba ver. Sin embargo, la timidez y reserva que mostraba cuando un muchacho con el que hablaba la tocaba, me hacía intuir que había algo extraño en ella. Era como si tuviera miedo del contacto físico, casi como si le molestara...

Incluso conmigo, había sido introvertida, había visto miedo en su mirada, mientras ahora veía irritación y antipatía, aunque si estuvieran escondidas detrás de sonrisas y gestos medidos pero no lo suficientemente incisivos para mantener en su lugar las manos de ese muchacho.

Disfruté viendo su esfuerzo por contener el nerviosismo y de mostrar siempre una máscara de muchacha buena, aunque si dentro, muy dentro, era evidente que habría querido abofetear a su acompañante.

Desde el lugar donde me encontraba, disfrutaba todo el espectáculo, preguntándome cuánto faltaba para que perdiera los estribos.

Además, su amiga Chelsea no parecía darse cuenta de nada, estaba impresionada por el muchacho con quien también había estado la semana anterior.

A un cierto punto, el acompañante de Mía se puso a jugar con sus largos cabellos rubios.

Parecía que ese gesto la molestaba mucho, porque se puso de pie y con una excusa se dirigió al baño.

Estaba por volver a mi trago, cuando vi al muchacho seguirla al baño.

Conocía esa sonrisa arrogante y sabía qué habría sucedido.

Normalmente habría llamado a un camarero para decirle que interviniera, pero esta vez tenía curiosidad y, si hubiera sucedido lo que me temía, no hubiera dudado en golpear al maldito.

Con cierta indiferencia, me dirigí hacia el baño de mujeres.

Lo encontré cerrado.

Golpee y todo lo que obtuve por respuesta fue un grito que fue sofocado de inmediato y algo que caía al piso.

No quería hacer un escándalo o asustar a mis clientes dado que la reputación de local se basaba, precisamente en la discreción, por lo que evité golpear la puerta o gritar para que abrieran.

De inmediato llamé a Jacob, mi vice, y me hice alcanzar las llaves del baño.

En un instante, mi amigo abrió la puerta.

Entré en el baño, mientras Jacob volvía a cerrar la puerta a nuestras espaldas.

Mía estaba tirada en el piso y tenía una mejilla roja, mientras el muchacho tenía el pantalón abierto y estaba sobre ella, agarrándola por las muñecas.

Saqué a ese bastardo lejos y me incliné al lado de ella.

Le corrí el cabello del rostro pero, apenas mis dedos tocaron sus mejillas, ella hizo una mueca y se alejó de mí, aterrorizada.

Para mi sorpresa, vi una pequeña hebilla que asomaba de la sien y comprendí que lo rubio, era una peluca.

—Mía, soy yo, Lorenzo Orlando —le dije lentamente, tomándola por los hombros que se sacudían por los sollozos—. Ven, te ayudo a levantarte.

Miró mi mano, como si fuese algo prohibido y peligroso, pero finalmente aceptó mi ayuda.

Con delicadeza la ayudé a ponerse de pie pero me di cuenta que debía haberse golpeado, porque rengueaba y la correa de su zapato derecho se había roto.

Antes de que cayera de nuevo, la tomé y la llevé en brazos.

Estaba tan desorientada y asustada por lo que le había pasado, que no opuso resistencia y se acurrucó temblando contra mi pecho.

Mientras tanto, Jacob se ocupó del muchacho.

—Si te vuelvo a ver en mi local, te hago pedazos —lo amenazó antes de que Jacob lo echara del local.

Salí del baño y noté que algunos clientes se miraban curiosos. Sólo la amiga de Mía parecía perturbada y corrió hacia nosotros.

—Oh mi Dios... Qué te sucedió? —gritó desesperada, viendo el rostro enrojecido de la muchacha.

—Está todo bien —intentó asegurarle ella.

—No está bien. No está para nada bien... Demonios, estoy muerta si te pasa algo!
Esa frase me alarmó porque parecía que verdaderamente Chelsea lo creía así.
Hubiera querido profundizar, pero Sebastián, mi manager, se acercó.
—Dame las llaves de una habitación. La señorita se hizo mal y necesita reposar —le dije.
—Las habitaciones están todas ocupadas —me avisó preocupado.
—Entonces la llevaré a mi apartamento —dije resuelto.
—No! —exclamaron al unísono Mia y Chelsea.
—No se preocupen. No habíto salvar a una muchacha de un intento de violación para después molestarla yo. Sebastián, mientras tanto llama a un médico y a la policía, así la cliente podrá hacer la denuncia.
—No! —dijeron casi gritando, Mia y Chelsea.
—No es necesario... Estoy bien y no sucedió nada. Creo que es mejor dar vuelta la página y no pensar más en este inconveniente. Además, no quiero hacer un escándalo que pueda dañar la reputación de los Orlando —se apresuró a aclarar Mia con ansiedad.
Podía sentir el olor a problemas por el pánico que veía en los ojos de las dos mujeres.
—Ok, como quieran —dije, dirigiéndome hacia el segundo piso, donde estaba mi apartamento.
Llevé a Mia a la habitación de huéspedes y la puse en la cama.
—Gracias —me agradeció tímidamente.
—Ahora puedes decirme qué pasó y qué te ha hecho ese muchacho? —fui directo a lo que más me importaba.
—Me estaba refrescando cuando entró en el baño. Cerró la puerta. Me enojé y comenzó a empujarme. Perdí el equilibrio por los tacos altos y caí, torciéndome el tobillo derecho. Creí que iba a ayudarme y que se hubiera disculpado... Al contrario, se me tiró encima y comenzó a... tocarme... a decirme que dejara de hacerme la difícil... intenté golpearlo pero él se defendió y me abofeteó... Yo... Yo...
—Después? —dije tratando de contener la furia que me inundaba la mente.
—Me levantó la falda y se abrió la bragueta del pantalón... justo en ese momento has golpeado la puerta pidiendo que abrieran. Intenté gritar pero me tapó la boca. Intenté librarme de él pero no lo conseguí y finalmente has entrado... Gracias por haber intervenido —balbuceó Mia todavía asustada.
—Era mi deber. Nadie se puede permitir hacer ciertas cosas en mi casa o molestar a mis clientes —respondí intentando parecer calmo, aunque si en realidad estaba tan furioso que sólo quería romperle la cara a ese hijo de puta.
—Lorenzo —me llamó Sebastián.
—Las dejo solas. Vuelvo de inmediato —me alejé de las dos muchachas, saliendo de la habitación con mi manager.
—En el baño estaba esto —me dijo Sebastián dándome la cartera de Mia—. Presta atención, Lorenzo. No confío en esas dos.
—Yo tampoco. Hay algo extraño.
—Quizás encuentres alguna respuesta ahí dentro —me sugirió abriendo la cartera.
Me di vuelta para que las muchachas no pudieran verme, ya que había dejado la puerta abierta.
Revisé la cartera y quedé petrificado.
Dentro, había sólo doscientos dólares y el documento de identidad de Mia Madison.

Miré mejor el documento.

Falso!

Intercambié una mirada con Sebastián, que me hizo un gesto para darme entender que también él lo había notado.

—Qué mujer sale de casa sin el celular? —me dijo con su tono indagador de siempre.

—Una que no quiere ser rastreada o que es demasiado pobre para permitírselo!

—Optaría por la primer hipótesis, dado que el vestido que lleva puesto no salió de las grandes tiendas.

—Yo diría que no —dije nerviosamente.

—Qué hacemos?

—Me ocupo yo. Tú mientras tanto llama al nuevo lavaplatos que contratamos el mes pasado. Hazlo venir aquí para ver si la querida Mia Madison realmente se hizo mal o si es toda una puesta en escena. Y después, busca información sobre ella. Dice que es de Los Ángeles. Veamos si al menos eso es verdad.

—Tengo contactos allí.

—Úsalos y, después me dices que descubriste.

—Y qué hacemos con el muchacho?

—Descubre quién es y destrúyelo. Hazle desear desaparecer de la faz de la tierra, especialmente de Rockart City —dije todavía furioso. Habría hecho cualquier cosa para arruinarle la carrera o la vida. Sólo el exilio de la ciudad habría podido salvarlo.

—A sus órdenes!

Como un rayo, Sebastián, se puso a trabajar.

Estaba por volver a la habitación, cuando escuché a Chelsea enojarse con Mia.

—Te lo ruego, levántate. Te llevo en brazos hasta casa si es necesario.

—No. Ya te lo expliqué.

—No puedes hacerme esto! Yo... yo... Demonios, no tenía que pasar algo así. Es todo culpa mía!

—No digas tonterías.

—Nunca habría tenido que convencerte que vinieras conmigo.

—Chelsea, está todo bien —intentó calmarla la amiga.

—Deja de decir que está todo bien! —gritó la muchacha presa de la histeria.

Antes que la situación pudiera empeorar, entré en la habitación.

De repente, las dos mujeres se callaron.

—Cómo estás, Mia? —pregunté.

—Me duele un poco el tobillo, pero estoy bien. Estoy todavía shockeada por lo que sucedió —me respondió mostrándome el tobillo hinchado.

Por suerte mi lavaplatos, Randy, llegó de inmediato.

Lo presente y Mia se dejó tocar, mientras la amiga iba al baño a tomar una toalla mojada para ponerla en la mejilla.

—No soy un médico y estoy sólo en el penúltimo año de fisioterapia pero el tobillo no me parece que esté roto. Con un poco de hielo debería deshincharse y, haciendo reposo por un par de días, debería estar bien. Claro, sería mejor hacer una radiografía... —explicó Randy.

—Estoy segura que con un poco de hielo se resolverá todo —aseguró Mia.

En poco tiempo, Randy medicó a Mia y yo, aprovechando la ausencia de Chelsea, que estaba con Sebastián, me quedé solo con Mia.

—Está mejor ahora? —le pregunté cauto, sentándome en el borde de la cama, a su lado.

—Sí, gracias. Me siento mortificada por las molestias que le estoy causando —me respondió la muchacha volviendo a ser formal. Parecía que el shock había sido superado y estaba volviendo a tomar el control de sí misma.

—Tratémonos de tu.

—Ok —susurró Mia poco entusiasmada.

—Te traje la cartera —le dije dejándola en la cama.

—Gracias.

—Quieres que avise a tu familia?

—No

—Quieres que te lleve a casa? Si me das la dirección, puedo...

—No es necesario —se impacientó Mia—. Pero si para ti, mi presencia es una molestia, entonces me iré de inmediato.

—Eres mi huésped y puedes quedarte todo lo que quieras.

—Sólo necesito descansar un par de minutos —murmuró adolorida y cansada, cerrando los ojos.

—Tómame el tiempo que necesites.

Ni siquiera me respondió.

Se había dormido.

GINEBRA

Cuando desperté, vi las primeras luces del amanecer entrar por la ventana. Las paredes de color gris oscuro y los muebles de roble, me recordaron de inmediato donde me encontraba.

Esa era la casa de Lorenzo Orlando.

—Pero qué hora es? —murmuré todavía somnolienta.

—Son las cinco de la mañana —me dijo una voz haciéndome sobresaltar del miedo.

Miré a mi alrededor y vi a Lorenzo apoyado en el arco de la puerta, me miraba fijamente.

Como siempre, estaba vestido de negro, pero esta vez tenía las mangas de la camisa enrolladas hasta los codos.

Di un salto cuando vi su tatuaje en el brazo izquierdo. Era un águila, símbolo de la familia Orlando, y entre las garras tenía una serpiente, símbolo de la familia Rinaldi.

Era el tatuaje contrario que tenían todos los Rinaldi hombres y quienes eran leales a nuestra familia.

Ese símbolo me recordó quién era y por qué estaba mal y era peligroso estar ahí.

—Dónde está mi amiga? —pregunté preocupada.

—Se durmió en el sofá. Le sugerí un hotel pero no quiso separarse de ti. Estaba muy agitada y se quedó de pie para cuidarte hasta hace una hora.

—Lo lamento tanto... por todo —suspiré con el corazón roto y todavía sorprendida por lo que había sucedido la noche anterior. Todavía no podía creer que Clark, el amigo de Lucky, hubiera tenido el coraje de ponerme las manos encima.

Había comprendido rápidamente que era un tipo que no se hacía problemas con flirtear y ser invasivo, más allá de cualquier límite, pero ingenuamente creía que tenía un poco de educación y sentido común.

Nunca me hubiera esperado un comportamiento de ese tipo!

Miré a Lorenzo en la penumbra.

Me había salvado.

Había salvado a una Rinaldi!

Si lo hubiera descubierto...

Le agradecí y hubiera querido decirle la verdad sobre mi identidad, pero sabía que habría perdido esa amabilidad y delicadeza con la que me trataba.

Sólo su voz había podido calmarme después de la agresión y, cuando me había tomado en brazos, me había sentido segura, envuelta en su cálido abrazo, perfumado con cítricos pero con una nota mediterránea que me recordó al mar.

Me había dejado calmar por el aroma de la piel de su pecho descubierto.

Había sido la cosa más excitante que me había sucedido en toda mi vida y, si no hubiera estado tan asustada, habría querido hacer resbalar la punta de la nariz sobre su cuello, hasta el

mentón hirsuto y luego, subir por el rostro. Habría deseado recorrer con los labios sus mejillas para sentir la sensación de tocar un hombre.

Enrojecí por mis propios pensamientos.

Bajé la mirada e intenté bajar de la cama.

El tobillo todavía me dolía, pero la hinchazón había disminuido y, sin zapatos podía caminar apenas cojeando.

—No deberías levantarte —exclamó Lorenzo tan cerca, que me asustó de nuevo. No lo había escuchado acercarse y no esperaba encontrármelo a pocos centímetros.

Me tomó un brazo y me ayudó a caminar.

No amaba sus modales bruscos, pero la delicadeza con la que me sostenía me hacía latir fuerte el corazón.

—Estoy mejor —lo tranquilicé dejándome llevar hasta el salón, donde encontré a Maya que dormía en un amplio sofá de cuero blanco.

—Quieres tomar algo?

—Un té, si es posible. Normalmente a la mañana, cuando me levanto, me preparo siempre un té verde al limón

—Y para comer?

—Lo que haya, aunque usualmente elijo algo dulce. Soy golosa.

—Nada de huevos revueltos con tocino?

—Soy vegetariana. Soy más de una brioche vegana integral rellena de mermelada al limón con jengibre confitado.

—Una elección sofisticada.

—Yo diría green y saludable, pero no pretendo que alguien me traiga mi desayuno preferido. En general, estas brioches me las preparo sola —respondí entre irritada como cada vez que tenía que hablar de mis elecciones alimenticias y las ganas de demostrar que era una persona que prestaba atención a la salud y al ambiente.

Lorenzo me llevó a un salón más pequeño y acogedor, donde había un gran escritorio de vidrio y acero y, largos estantes de metal llenos de libros y carpetas.

Me hizo sentar en un sofá de tela beige para poder estar con la pierna levantada por el dolor de tobillo.

Tomó un sillón de tela color gris oscuro con grandes apoyabrazos, lo acercó y se sentó.

Escribió un mensaje en el celular y luego comenzó a mirarme fijamente.

—Bien, ahora que estas mejor, podemos hablar? —comenzó él, haciéndome asustar. Su tono de voz se había endurecido y la posición del sillón era tal que no hubiera podido levantarme fácilmente y escapar en caso que lo hubiera necesitado.

Me sentí acorralada y mucho más en peligro respecto a la noche anterior.

—Claro —susurré—. De qué quieres hablar?

—De ti.

—De mí? Qué quieres saber?

—Para empezar, quién eres?

Esa pregunta me puso en crisis. Tenía que estar muy atenta porque la posibilidad de ser descubierta estaba a la vuelta de la esquina.

—Me llamo Mia. Mia Madison. Tengo veintitrés años y vengo de Los Ángeles —respondí con clama, intentando contener la ansiedad que me cerraba la garganta.

—Esta Mia Madison? —dijo Lorenzo, sacando mi tarjeta de identidad falsificada del

bolsillo de su pantalón.

Reprimí un gemido ante la idea que hubiera hurgado entre mis cosas. Menos mal que no había llevado el celular!

Me limité a asentir y su mirada se volvió aún más oscura.

—Mía, te aconsejo no mentirme. Tengo la pésima costumbre de reaccionar de mala manera ante las mentiras —dijo Lorenzo, rascándose la barba descuidada con un gesto nervioso que me hizo intuir que debía estar muy atenta a lo que decía. De todas formas, no tenía otra alternativa.

—No sé dónde quieres llegar —intenté justificarme. Me sentí al borde de un barranco, lista para caer al abismo.

—Sólo estoy intentando entender por qué tienes un documento falso si Mia Madison es tu verdadero nombre. O por qué tienes una peluca.

Quedé sorprendida. Por instinto me llevé la mano a la cabeza y sentí que la peluca se había movido, dejando caer algunos mechones castaños de mi verdadero cabello, sobre la frente.

Me quité la peluca. De todas formas, no tenía más sentido tenerla.

En un momento sentí el flequillo en mi frente y mi cabello oscuro rozó mis hombros.

—No me gusta mi cabello —mentí para justificarme, pero la mandíbula contraída de Lorenzo me hizo comprender que no me creía ni un poco.

—Tampoco te gusta el vestido?

—Cómo? —pregunté confundida.

—Tienes la etiqueta en el escote —me avisó.

Me toqué la espalda. Tenía razón.

—Es un préstamo.

—Así se llaman ahora los hurtos?

—No es lo que crees.

—Obviamente... Y tu nombre?

—Me llamo Mia Madison —volví a intentar con la esperanza que me creyera.

—Quizás no me expliqué bien. Volvamos a probar por última vez —dijo irritado, sacando una pistola de atrás de los pantalones, y dejándola en uno de los apoyabrazos del sillón, a mi lado—. ¿Quién eres?

Al ver el arma entré en pánico. Quedé paralizada.

Era obvio que Lorenzo quería acorralarme para obligarme a confesar.

Había sólo una cosa que me sorprendía. Lorenzo había puesto el arma en un lugar al que habría podido llegar también yo, estirando el brazo. Era posible que estuviera poniéndome a prueba?

No moví un músculo.

—Entonces? Quién eres? —preguntó nuevamente, pero sin tomar la pistola.

—Soy una persona que quiere mantener la propia privacidad, especialmente si alguien le apunta con un arma.

—Tómala, si quieres —me provocó.

—No quiero tocar una pistola! Sólo quiero volver a casa y olvidar todo de este lugar. Para siempre! —dije severa, decidida a poner fin a esa conversación.

—De acuerdo, pero no antes que haberme dicho quién eres.

—No quiero decirte la verdad —confesé. Quizás sólo podría escapar si decía la verdad.

—Por qué?

—Porque no puedo, no quiero y no estoy obligada. Sólo te puedo asegurar que mis secretos no tienen nada que ver contigo.

—Entonces no eres una infiltrada o alguien que quiere entrar en mi casa para engañarme o dañarme?

—Claro que no. Te lo juro —me asusté por esa insinuación.

—Entonces por qué te escondes detrás de un nombre falso y de una peluca? Tienes miedo de ser reconocida o estás escapando de alguien?

Estás escapando de alguien?

Pensé en mi padre.

Había hecho esa locura de atravesar el Safe River, precisamente para escapar del control sofocante de mi padre. Aunque sea sólo por una noche.

Todavía estaba toda la cuestión sobre la importancia de no ser reconocida como una Rinaldi.

—Ambas —confesé triste. Sí, estaba triste. Triste por mi vida sin libertad. Triste por estar obligada a mentir. Triste por un futuro que veía sin vía de escape.

—Estás en problemas? —preguntó él.

Cuando hubiera querido desahogarme y contarle todo, pero no podía.

—Depende de tí. Quieres retenerme aquí contra mi voluntad?

—No —murmuró rendido. Era obvio que habría querido decir que sí.

—Entonces, quisiera volver a casa.

—Dónde queda tu casa?

—Te lo diré cuando la encuentre —murmuré llorosa. Todavía no había encontrado un lugar sólo mío donde sentirme bien, libre y protegida—. Por ahora sólo puedo decirte mil veces gracias por lo que has hecho por mí y pedirte que me dejes ir. Te prometo que no te traeré más ninguna molestia.

—No hagas promesas que no sabes si podrás mantener.

Tenía razón. No podía seguir mintiéndole.

Él me había salvado, cuidado y mantenida segura toda la noche, contra lo que quería Maya que era llevarme de inmediato a su casa, sin pensar en qué habría pensado su familia si me hubiera visto en esas condiciones y cojeando.

Estaba en deuda con Lorenzo y en cambio, le estaba mintiendo.

Era una persona horrible.

—Mía! —la voz de Maya llegó desde mi espalda. Se había despertado y me estaba buscando—. Hice llamar a un taxi. Vamos?

—Quieren desayunar antes? —dijo Lorenzo, que todavía no estaba conforme con que le había dicho.

—El taxi nos está esperando —le informó Maya acercándose para ayudarme a caminar.

—Gracias por todo —alcancé a decirle a Lorenzo, antes de salir definitivamente del Bridge.

Subí en el coche sin quitarle la mirada, él se había detenido en la entrada del local.

No me dijo una sola palabra. No me saludó. Era como si nuestra conversación no hubiera terminado y mi partida fuera sólo un pequeño paréntesis antes que volviera a él.

Vi en su mirada ámbar y determinada, una seguridad que me dejó estupefacta.

No habría vuelto a él.

Esa noche había sido peligrosa y había estado a un paso de dejarme descubrir.

No podía arriesgarme.

No estaba en juego sólo mi vida, sino también la suya, si hubiese venido a buscarme para vengarse.

—Te parece que nos están siguiendo? Ese Sebastián me hizo un montón de preguntas esta noche mientras tu dormías —dijo Maya, sacándome de mis pensamientos.

—No lo sé, pero me puede explicar por qué has llamado a un taxi si vinimos en el coche de tu doméstica?

—Para evitar que nos rastreen por la matrícula, pero ahora tenemos que volver. No puedo dejar el coche allí.

—Qué hacemos entonces?

—Conozco un lugar. Señor, nos lleva al Pub Hero —ordenó mi amiga al taxista.

—Al este del río? —se preocupó él. Por lo que parecía, incluso los taxistas tenían miedo de cruzar el Safe River.

—Sí.

Me dejé llevar por Maya.

Juntas entramos en el local.

Eran apenas las seis de la mañana, pero estaba lleno de operarios que tomaban un café antes de ir a trabajar.

—Nunca entre aquí, pero sé que trabaja un muchacho con quien frecuentaba derecho financiero el año pasado. Tenía una debilidad por mí y muchas veces me pidió salir con él, aunque siempre lo rechacé. Estoy segura que podrá ayudarnos —me susurró a la oreja Maya, haciéndome espacio entre los clientes.

—Seth! —exclamó Maya, llamando a un muchacho con rastas.

—Maya! Qué haces aquí?

—Necesito tu ayuda. Mi amiga y yo fuimos agredidas y no tenemos dinero para tomar un taxi. Podrías llevarnos hasta el coche que he dejado anoche de la otra parte del río? —suplicó ella.

—Recién comencé el turno

—Te lo ruego. Estamos de verdad desesperadas! Mira, mi amiga está cojeando! Ya no puedo cargarla y seguir a pie.

—Está bien —se rindió Seth—. Tengo el coche en el aparcamiento de la parte de atrás. Sígueme

De repente, me encontré en la parte de atrás del local, donde estaban los autos de los empleados.

Maya y yo nos sentamos en la parte de atrás y, sin que Seth lo notara, nos agachamos para no dejarnos ver por las ventanillas, cuando el coche se dirigió por la calle principal para volver adonde habíamos llegado.

—Si alguien nos estaba siguiendo, esperará vernos salir y tomar otro taxi. Nadie va a sospechar de Seth, por lo que estamos seguras.

En pocos minutos el muchacho nos llevó hasta el coche de Maya.

—Sabes que me debes un favor —le dijo Seth antes de saludarnos.

—Todo lo que quieras —susurró Maya, apoyándose en la ventanilla abierta y posando un leve beso en la boca del muchacho.

Nos dirigimos corriendo hacia el vehículo, donde también estaban las llaves y el control remoto del portón de la villa de Maya, escondidos en el tablero de instrumentos, junto con su

permiso de conducir verdadero.

Cuando llegamos a su casa eran casi las siete.

Como la vez anterior, aparcamos delante de la puerta en la parte trasera y nadie sospechó de nuestro regreso. Ni siquiera el custodio de mi padre que todavía estaba fuera, esperándome.

—Cómo hacemos con el tobillo torcido? —pregunté.

—Diremos que te resbalaste mientras salías de la ducha.

—Olvidaba que tienes una mentira para todo

—Si y recuerda que, si esta noche alguien ha descubierto nuestra ausencia, tienes que decir que estuvimos en la cabaña de mi abuelo en la montaña.

—Ok.

LORENZO

—Desapareció en el aire —continuaba repitiéndose después del enésimo informe sobre la búsqueda de Maya y Chelsea, que ya llevaba ocho días.

—Lorenzo, lo intentamos todo —intentó justificarse Jacob.

—Incluso la pista de Los Ángeles resultó un callejón sin salida —agregó Sebastián atemorizado—. Y Lucky Molan, el muchacho que estaba con ellas las dos veces, sólo me dijo que había conocido a Chelsea en un chat de clases privadas y que era la primera vez que la veía en persona, pero no sabía nada de ella.

—Cómo se les pudieron escapar dos muchachitas? —grité perdiendo los estribos y arrojando el vaso de whisky contra la pared.

—Las hemos seguido como nos has ordenado. Hemos sido discretos y te puedo asegurar que el taxista no se dio cuenta de nada —intentó calmarme Sebastián.

—Ayer he encontrado al taxista y me dijo que una de las dos tenía miedo que las siguieran y que había preferido el taxi antes que el coche de la doméstica. De eso, deduzco que una de las dos, quizás Chelsea Faye, sea rica, pero no sabemos más. Por lo que parece, las dos muchachas se hicieron llevar del lado este del río, seguras de que escaparían, dado que esa zona está fuera de los límites para nosotros —agregó Jacob.

—Pero de todas formas, las seguimos hasta el Pub Hero. Esperamos en el coche durante una hora antes de entrar en el local y descubrir que no estaban más —intervino el otro.

—Es obvio que en el interior de ese lugar hay alguien que las ayudó! —grité nuevamente.

—Sí, pero tampoco podíamos someter a un interrogatorio a los barman o a los clientes!

—Por qué? —dije incapaz de razonar con calma.

—Porque esa es zona de los Rinaldi! Era indispensable mantener un perfil bajo si queríamos salir vivos y sin tener ningún problema diplomático. La guerra entre los Rinaldi y los Orlando terminó hace pocos años, después del ultimátum de la Casa Blanca. No queríamos destruir el acuerdo de tregua por una estupidez —dijo enojado Jacob ante mi falta de consideración.

—Lorenzo, se puede saber por qué te has obsesionado tanto con esta Mia Madison?

—Hay algo en ella que me... —intenté responder, pero mi cerebro se tildó. Cada vez que pensaba en ella, me sentía en un mar abierto durante una tormenta.

Sabía que Mia no había hecho nada para que pensara mal de ella, además de sus mentiras.

En esos días había vuelto a controlar los videos de vigilancia y había inspeccionado a fondo la habitación donde había dormido, pero no había encontrado nada anómalo. Y, sin embargo, estaba seguro que Mia era más de lo que aparentaba.

Me desconcertaban sus formas elegantes, agraciadas, femeninas y maduras que chocaban con ese aire sensible, indefenso, inseguro, asustado y triste que tenía cuando la miraba y me acercaba a ella.

Sentía que tenía poder sobre ella. Con cada paso hacia ella, veía caer esa máscara de compostura y salir lo que escondía.

Más de una vez tuve la sensación que Mia quería decirme la verdad. Casi había pensado que quería mi ayuda pero que no sabía cómo pedírmelo.

Estaba seguro que estaba en problemas.

Tampoco yo entendía el motivo, pero esa convicción me hacía perder el sueño y me empujaba a encontrarla a cualquier costo.

Eran días en los que no hacía otra cosa que pensar en esos ojos azules con tonos violetas que me miraban con curiosidad y temor como la primera vez que la había atrapado mirándome.

Sentir su mirada era como un fuego tímido, lento y persistente que te engaña con sus débiles llamas, pero cuando es demasiado tarde, descubres que te has quemado hasta el alma.

Ella era una mujer que no te das cuenta ni siquiera de tener cerca hasta que te das cuenta que te ha golpeado.

Lo había comprendido después de nuestra primera conversación. Definitivamente la había subestimado cuando no había tenido problemas en insultarla, confundiéndola con una acompañante.

Nunca hubiera esperado su reacción y que me devolviera el maltrato.

Incluso cuando la había amenazado sino me decía su verdadero nombre, quedé sorprendido por su comportamiento firme y pacífico, a pesar de su mirada al ver el arma.

Ni siquiera por un instante había considerado la idea de tomar el arma y apuntármela.

Si hubiera sido otra persona, hubiera pensado que lo había hecho porque era un Orlando, pero Mia siempre había demostrado que no sentía ninguna deferencia hacia mí por ese motivo.

Sabía que era un Orlando y que era peligroso tener enemigos en mi familia, pero nunca había manifestado una particular y ciega devoción por ello.

Y eso, me sacaba de mis casillas. En todos los sentidos.

—Lorenzo, has un punto y aparte y sigue adelante, ok? —Jacob me sacó de mis pensamientos.

Evité responderle que ya lo hubiera hecho, si hubiera sido fácil.

El problema era que no conseguía hacerlo y la noche anterior, cuando la había esperado toda la noche y no la había visto entrar en el local, a pesar de que había dado la orden de hacerla entrar incluso sin el pase, pensé que me volvía loco.

Estaba seguro que habría vuelto a mí.

No había dormido y continuaba preguntándome donde podría estar y si el tobillo se le había curado.

Mia, dónde estás? De quién estás escapando?

GINEBRA

Eran muy pocas las ocasiones en que mi padre me hacía llamar para almorzar con la familia.

En general, intentaba vestirme siempre de la mejor forma y de arreglarme el cabello con una hebilla, como le gustaba a mi madre, pero esta vez no lo hice.

Me quedé con unos jeans y una camiseta, con el cabello suelto y un poco crespo por la lluvia.

Ni siquiera intenté plancharlo o hacerme una cola.

Sólo me puse un poco de base de maquillaje para esconder la palidez del rostro y las ojeras.

La verdad era que me sentía apagada.

Hacia dos semanas que sentía que estaba en el limbo, en trance.

Desde que había vuelto a casa, me había sentido sofocada y nada me emocionaba.

Nadie se había molestado en saber qué me estaba pasando y mi madre me había culpado por haberme torcido el tobillo mientras resbalaba en el baño de la familia Gerber, como le había dicho.

Sólo Maya sabía la verdad.

De hecho, le había pedido que me llevara de vuelta al Bridge, pero se había negado categóricamente.

—Te has vuelto loca? No te alcanzó con que casi te violara ese bastardo y luego te apuntaran con una pistola por Quien No Oso Siquiera a Nombrar? —me había gritado Maya furiosa y todavía sorprendida por la experiencia.

—Lorenzo me salvó.

—No vuelvas a nombrar a ese hombre en mi presencia, está claro?

—No hizo nada de malo

—Es un Orlando y eso es suficiente! —contestó Maya, decidida a olvidar uno de los peores momentos de su vida.

Todavía con ese pensamiento en la cabeza, me dirigí a la villa.

Estaba caminando por el ingreso hacia el salón comedor, cuando sentí que me tomaron por la cadera, haciéndome caer hacia atrás.

Grité por el susto.

—Te atrapé! —exclamó alegre la persona que me tomó entre sus brazos, para que no terminara en el piso.

Me di vueltas y, apenas mis ojos encontraron los verdes y maliciosos ojos de Brian Esposito, me enojé.

No sabía si estaba más enojada por la broma o porque eran esos ojos verdes en lugar de los ámbar y hechizantes.

Gemí ante el recuerdo de Lorenzo.

No conseguía quitármelo de la cabeza!

Cada vez que cerraba los ojos, regresaba a su perfume, a su abrazo, a su barba descuidada, a su mirada maliciosa y seductora.

—Brian, déjame! —me enojé alejándome, mientras él intentaba besarme.

—Eres bellísima, Ginebra —me susurró a la oreja, mientras todavía me sostenía dejó caer su mano debajo de mi camiseta.

Me estremecí sobresaltada.

En veintitrés años ningún hombre había osado tocarme de esa forma y ahora, en menos de diez días, ya era víctima de acoso sexual, por segunda vez!

Con fuerza, logré girar hacia Brian con todo mi cuerpo y, tan pronto como sentí su erección contra los jeans, lo abofeteé en la cara.

Sorprendido por mi reacción, me dejó ir.

—Intenta acercarte de nuevo y se lo digo a mi padre! —lo amenacé.

—Haz lo que quieras, pero tú no puedes decirme qué tengo o no tengo que hacer! —reaccionó enojado, tirando de mi hombro—. Pronto tendrás que aprender quien manda.

Quedé paralizada por tanta arrogancia. Hablar de mi padre siempre había sido un buen disuasorio, pero esta vez no funcionó.

—Qué demonios está pasando?

Incapaz de reaccionar, me dirigí al salón comedor donde encontré a mis padres, a mi hermano Fernando, que ni siquiera me saludó, y a mi hermana Rosa con su esposo.

Me senté en la mesa en un silencio absoluto, como quería mi padre.

Apreté los dientes cuando vi a la camarera servirme un risotto con mucho pescado y moluscos.

Por suerte, de inmediato se me sirvió un vino blanco que bebí de forma voraz.

Necesitaba olvidar lo que me había sucedido con Brian y el dolor que sentía en ese momento.

—Nada de vino para mí. No puedo —Rosa bloqueó a la camarera que estaba por servirle un Montechiari Brut.

Sorprendida, la miré y noté que se llevaba las manos a la panza.

—Oh Dios, estás embarazada! —comprendí emocionada. Hacía un año que Rosa quería un hijo.

—Sí —me respondió con una sonrisa.

—Pero es fantástico! Voy a ser tía! Tenemos que festejar! —exclamé feliz, pero para mi sorpresa nadie pareció estar contento. Era como si...

—Ya lo sabían, verdad? —entendí con un nudo en la garganta.

—Te lo hubiéramos dicho, pero... —intentó explicar mi hermana avergonzada.

—Pero preparamos una barbacoa para festejar y pensamos que era mejor no invitarte, por tu dieta —dijo.

Incluso habían festejado. Sin mí.

El estómago se me cerró completamente.

—Te prometo que nos haremos perdonar el año próximo cuando festejemos tu matrimonio —agregó Rosa, dejándome incrédula.

—Mí... qué?

—Hemos notado que entre tú y Brian hay algo —se entrometió mi madre con tono cauteloso

pero severo.

Papá, mamá, no están por decirme lo que estoy pensando, verdad? No me están vendiendo a su nuevo socio de negocios?

—Yo habría usado el término acoso —murmuré dando una mirada acusadora a Brian que se regodeaba de felicidad, sin prestar atención a mis palabras

—Pensamos que ha llegado el momento de que te cases y tengas tu propia familia. Brian y tú tienen sólo cinco años de diferencia. Serían una buena pareja —intervino mi padre autoritario.

—Y además, tampoco puedes continuar viviendo en las dependencias de servicio! —dijo mi madre molesta.

—Siempre puedo buscar un trabajo y encontrar un apartamento —intenté decir, pero el golpe seco de la mano de mi padre en la mesa me hizo entender que había dicho algo terrible.

—Tú te casarás con Brian y unirás a la familia Rinaldi con la Esposito! De esta forma la familia tendrá más poder y podremos comenzar la expansión en la zona oeste de Rockart City, saliendo precisamente desde el puerto! —gritó enfurecido mi padre.

—Me estas sacrificando para satisfacer tu objetivo expansionista? —dije enojada.

—No digas cosas absurdas! Eres una privilegia y es tu deber traer honor y respeto a tu familia!

—Tú ni siquiera sabes lo que es el honor y el respeto! —dije poniéndome de pie.

—Cómo puedes osar hablarle a tu padre de ese modo?

—Tú, como osas tratarme como una mercadería!

—Una palabras más y... —me amenazó mi padre, pero yo ya no lo escuchaba. Di media vuelta y salí de la habitación, mirando con desprecio a toda mi familia que no había hecho nada para ayudarme o apoyarme.

Escuché sólo a lo lejos los gritos de mi padre que juraba que por las buenas o por las malas, me hubiera casado con Brian en los próximos diez meses.

Fui hacia las dependencias con el corazón latiéndome muy fuerte, pero mientras salía de la villa comprendí que nunca hubiera podido pelear con mi padre y tener un poco de paz si continuaba allí.

Necesitaba irme.

Sí, tenía que escapar.

Lejos.

Lo más lejos posible.

Donde ningún Rinaldi habría podido encontrarme.

Sin embargo, estaba sola y necesitaba ayuda.

Comencé a llorar, buscando consuelo y calor, pero me sentí aún más sola que antes.

Cerré los ojos y de repente, vi el rostro de Lorenzo Orlando.

Era él a quien quería.

Él era el único que me había protegido y me había dejado libre a pesar de mis mentiras y mis secretos.

Le había prometido que no me habría vuelto a ver, pero en ese momento hubiera pagado en oro por estar todavía entre sus brazos.

Decidida a hacer la locura que estaba tomando forma en mi cabeza, me dirigí al armario donde se guardaban los abrigos, las carteras y los efectos personales de los huéspedes.

Entré y encontré de inmediato la cartera de mi hermana y una pequeña maleta.

Incapaz de creer en lo que estaba por hacer, me puse a hurgar en la cartera y el monedero de Rosa, donde encontré algunos cientos de dólares.

Los tomé todos.

La maleta, por el contrario, estaba cerrada y no conocía la clave.

Fui corriendo a las dependencias y también tomé todos mis ahorros.

Eran poco más de mil dólares.

Tenían que alcanzarme, ya que no habría podido usar la tarjeta de crédito para que no me pudieran seguir.

Al final, las clases de Maya habían servido para algo!

Consciente de tener poco tiempo antes de que mi padre enviase a alguien a buscarme, me puse el dinero en el bolsillo, dejé el celular en la mesa de noche y me dirigí hacia el garaje.

—Voy a encontrarme con mi amiga Maya en el Pub Hero —me limité a decirle al chofer, subiendo en la Maserati negra.

—Su padre no nos ha avisado

—Maya me llamó ahora diciéndome que se quedó a pie delante de ese bar y me pidió que vaya a buscarla —inventé insistir, preguntándome si habría tenido que avisarle de mi fuga.

No, estaría poniendo a mi amiga en problemas!

Finalmente, el auto partió.

Siguiendo el ejemplo de todo lo que Maya me había enseñado, seguí sus consejos.

Me hice llevar al local, diciéndole al chofer que me espere afuera.

Entré y pregunté por Seth.

El muchacho con las rastas se asomó desde la cocina donde estaba cocinando hamburguesas en la plancha.

—Necesito tu ayuda —le supliqué desesperada.

—Otra vez, no!

—Te pago doscientos dólares por llevarme y, otros trecientos por tu silencio. Nadie tiene que saber que me has llevado al oeste del río. Si alguien te pregunta, inventa una mentira. Di que me has llevado a la estación de autobuses y que te hablé de Nueva York. Te lo suplico, ayúdame!

Sólo mi voz asustada y las lágrimas que comenzaron a surcar mi rostro lo hicieron aceptar mi pedido, con el riesgo de terminar despedido.

LORENZO

—Lorenzo! Levántate! —me gritó Sebastián despertándome de repente.
Hacía ya algunos días que no conseguía dormir de noche y me levantaba tarde, a la hora del almuerzo.

—Déjame dormir o te despido —murmuré con la voz empastada de sueño.

—Abajo está esa muchacha, Mia Madison —me advirtió.

De repente, era como si el cansancio me hubiera abandonado completamente.

Me levanté de golpe y me vestí con un par de pantalones negros y una camisa color gris plomo.

—La hago entrar?

—No, me ocupo yo. Quiero estar solo con ella. —decidí mientras enjuagaba mi cara a toda prisa.

Cuando llegué al primer piso, encontré a Mia sentada en el piso mojado por la lluvia torrencial, apoyada en la puerta del local.

No tenía paraguas y estaba empapada.

Con alivio noté que no llevaba ninguna peluca o vestido provocativo.

Me acerqué despacio.

Tenía el rostro entre las piernas recogidas y la espalda se le sacudía por el llanto.

Está en problemas. Sabía que habría vuelto a mí.

Abrí la puerta lentamente y apoyé una mano en su espalda.

Ahogó un grito de miedo pero, apenas vio que era yo, se calmó.

Se secó el rostro empapado por la lluvia y las lágrimas.

—El local está cerrado durante el día —le informé fingiendo indiferencia, mientras intentaba entender qué le había pasado. Estaba perturbada, destruida y asustada.

Verla en ese estado me golpeó como un puño en el estómago.

—Necesito un lugar donde quedarme. Tú tienes habitaciones aquí y...

—Son para los huéspedes.

—Es sólo por algunos días —intentó de nuevo ante mi actitud.

—Ok. Tienes un documento para registrarte? Un documento de verdad, me refiero —la provoqué.

—No. Lo perdí —mintió bajando la mirada por la vergüenza. Sabía que no podía engañarme y estaba avergonzada.

—Una tarjeta de crédito para pagar?

—Tengo efectivo. Te puedo pagar anticipado —se apuró a decirme, sacando algunos billetes arrugados y mojados, de los bolsillos de los jeans.

—De dónde los sacaste? Déjame adivinar. Son un préstamo, eh?

—No, los robé —me dijo con expresión de enojo y dolor que me dejó sin palabras por un

momento.

—A quién?

—A mi hermana?

—Esta hermana, tiene nombre?

Silencio.

—Te están buscando o tienes alguna denuncia en tu contra?

—No que yo sepa

Al menos era sincera!

Suspiré, intentando entender qué tenía que hacer.

Me rasqué la barba, pensativo.

Una parte de mí me decía que echara a Mia y que le dijera que no volviera más porque no quería problemas. Otra parte de mí, por el contrario, quería tomarla entre mis brazos y decirle que estaba segura.

—Ok, me voy. Entendí... disculpa si te molesté otra vez —murmuró Mia, interpretando mal mi silencio.

—Puedes quedarte, pero te aviso que ese dinero te alcanzará sólo para tres días.

—Te prometo que dentro de tres días, ya me habré ido

—No hagas promesas.

—... que no se si podré cumplir. Tienes razón, pero te aseguro que no dejaré deudas después que me haya ido —terminó la frase por mí.

Deudas? No me importaba lo que hubiera dejado materialmente, pero de lo que habría dejado en mí. Me alcanzaba pensar en cómo no había podido sacármela de la cabeza en esos días!

Era como si me hubiera entrado dentro y su ausencia me devorara el alma.

—Habitación número seis. Primer piso. Tercera puerta a la derecha —me limité a decir, dándole las llaves de la habitación.

—Gracias Lorenzo —me susurró llena de reconocimiento, con lágrimas en los ojos.

—Me dirás qué te paso?

—Un días, quizás —me respondió poniéndose a llorar nuevamente mientras corría hacia el primer piso.

Hubiera querido llenarla de preguntas pero estaba tan mal que no lo hice. Ya era difícil mantener la distancia, en lugar de correr hacia ella y besarla, quitando el sufrimiento que veía en su rostro.

GINEBRA

El servicio que Lorenzo daba a sus huéspedes era impecable y muy completo desde todo punto de vista.

Había entendido que había pedido a Mariela, la camarera que se me había asignado, que me cuidara más allá de lo que hubiera tenido que hacer.

La mujer, dulce y regordeta de unos cuarenta años con cabello rojo, de inmediato se había preocupado por hacerme quitar la ropa mojada y de prepararme un té caliente con galletas.

Al principio me había dado ropa de los empleados, pantalones y chaleco negro con camisa blanca, mientras hacía lavar y secar mi ropa, pero llegada la noche ya me había llevado ropa nueva que me quedaba muy bien.

Con timidez, me puse los pantalones a rayas con la cintura alta y la blusa rosa con mangas cortas.

Mi ánimo todavía no había cambiado y, cuando Mariela se ofreció a llevarme la cena, lo rechace categóricamente, pidiéndole poder estar sola hasta el día siguiente.

A pesar de que la habitación era muy acogedora gracias a los colores tenues en tono beige y las paredes con rayas blancas y gris oscuro, no podía relajarme.

Ni siquiera la cama perfumada con las sábanas de algodón egipcio, había podido hacerme alcanzar el sueño.

Estuve todo el tiempo en uno de los dos sofás al lado de la mesita, pensando.

No podía dejar de pensar en lo que me había dicho mi padre, en el comportamiento arrogante y prepotente de Brian, en el embarazo de mi hermana que me mantenía apartada de todo...

Cada recuerdo era una punzada en el corazón.

Me sentía herida profundamente, incapaz de reaccionar de otra forma que no fuera llorando.

Hacía años que sufría por las actitudes de mi familia, pero lo que había sucedido ese día era la gota que había rebalsado el vaso.

Me sentía en pedazos, destruída, humillada...

Había soportado por años a mi familia, con la esperanza de recibir su afecto, de ser aceptada a pesar de mis ideas.

Sólo quería sentirme amada. No pedía otra cosa.

Lloré durante mucho tiempo y, cuando cayó la noche, comprendí que había llegado el momento de rendirse, de aceptar que mi familia nunca me hubiera dado lo que yo deseaba, pero no por ello habría tenido que soportar su maldad e indiferencia.

En ese punto, no me quedaba otra opción que escapar.

Había llegado el momento de tomar las riendas de mi vida.

Pero cómo?

Cómo podía independizarme sin dinero y... sin una identidad?

Volví a pensar en mis estudios en historia antigua y me parecieron totalmente carentes de valor e interés.

Volví a pensar en mis proyectos profesionales sin fundamento o consistencia.

No, debía volver a comenzar de cero.

Me quedé despierta casi toda la noche buscando, una solución, pero no la encontré.

Al final, con las primeras luces del día me recosté en el sofá, hasta que escuché golpear la puerta.

Me levanté lentamente con la espalda adolorida y fui a abrir.

Estaba convencida que era Mariela, con quien había tenido una discusión la noche anterior por mi ayuno forzado después de haber rechazado tocar la comida de la cena.

Y, por el contrario, me encontré frente a Lorenzo.

Siempre estaba vestido de negro y esto combinaba con su estado de ánimo, oscuro.

—Bueno días —exclamó severo, apartándome a un lado para entrar en la habitación.

Con grandes pasos llegó a la mesita.

Se sentó en un sillón y se puso cómodo.

—Tenemos que hablar —me dijo haciéndome una señal de que me sentara delante de él.

Obedecí atemorizada por sus gestos.

—Cómo estás? —me preguntó después de haberme dado una larga y lenta mirada que me dio apnea.

—Bien —respondí con dificultad.

—La ropa que te hice traer, te gusta?

—Sí, gracias.

—La cama, es cómoda?

—Sí

—Entonces, por qué está intacta? —me dijo con la mandíbula contraída por la irritación.

—No dormí anoche.

—Y la comida? No te gustó?

—No tengo hambre. Sólo quiero estar sola.

—Estás en problemas? —me preguntó Lorenzo después de un largo silencio. Podía ver la impaciencia por escuchar mi respuesta.

Había escapado de mi padre después de haber rechazado casarme con Brian.

Sí, habría estado en problemas, si hubiera vuelto a casa.

Pero ahora estaba allí, en la casa de un Orlando.

Sí, hubiera estado en problemas si hubiera descubierto quien era.

Necesitaba dejar Rockart City, lo antes posible.

—Nada que no pueda resolverse —me limité a responder.

—Ya has encontrado una solución?

—Estoy trabajando en ello.

—Cómo?

—Conoces a alguien que pueda darme un documento falso? —me dejé llevar, pensando en la idea de escapar.

—No. —Sólo la mirada helada de Lorenzo me hizo dar cuenta que había dado un paso en falso en dar a conocer mis intenciones.

—Sólo bromeaba —respondí.

—Quieres escapar de tus problemas?

—Si así fuera?
—Cuesta mucho dinero.
—Cuánto?
—Al menos cincuenta veces lo que me diste ayer
Pensé en mi tarjeta de crédito. Era una lástima que no podía usarla!
—Buscaré un trabajo.
—Quién va a contratar a una persona sin documentos?
—Algo se me va a ocurrir.
—Como qué? Robar?
Hice una mueca a ese comentario y, por lo que le había hecho a mi hermana.
Por suerte alguien, golpeó la puerta sacándome de esa conversación incómoda.
Era Mariela con un carrito lleno de comida y bebidas.
—Yo no pedí nada —la detuve.
—Fui yo. Todavía no terminé de hablar contigo y quiero que comas —intervino Lorenzo.
De inmediato, Lorenzo tomó un café negro sin azúcar, mientras Mariela me sirvió, poniendo delante de mí una taza de té con una rodaja de limón, junto con un bollo.
Era todo perfecto y parecía exquisito, pero todavía tenía el estómago cerrado.
—Come —me ordenó Lorenzo apenas la camarera nos dejó solos.
Ese tono autoritario me recordó a mi padre, bloqueándome aún más.
—No tengo hambre —susurré débilmente cuando lo vi rascarse la barba. De todas formas, había entendido que ese gesto era señal que el límite de tolerancia había sido superado.
—Tengo que volvértelo a decir?
—Quieres decir que sacarás de nuevo la pistola sino obedezco? —lo provoqué decidida.
Ya no soportaba someterme a un macho alfa.
—No, pero puedo echarte de mi local en cualquier momento —contraatacó él decidido a ganar el juego que había comenzado.
Demasiado asustada por la idea de volver a casa o de terminar quien sabe dónde, tomé la taza de té en mis manos y bebí un pequeño sorbo.
Era té verde con aroma a limón.
Era exquisito. Exactamente como me gustaba.
—Te gusta?
—Sí —murmuré contenta, tomando en mi mano el bollo integral.
El perfume era delicioso y de repente, sentí hambre.
Le di un mordisco.
La masa era fresca y blanda.
Saboree la mermelada en su interior.
Quedé helada cuando me di cuenta de que era mermelada de cítricos, con trozos de jengibre confitado.
—Si no me equivoco, me habías dicho que así te gusta el desayuno —me susurró Lorenzo con un tono mucho más amable y gentil que antes.
Apenas asentí. De todas formas, mi mente volvía a todas las veces en que me había preparado ese desayuno sola, porque nadie quería hacerlo como a mí me gustaba.
Volví a pensar cuantas veces había sido despreciada, tanto como para terminar recluida en las dependencias.
Y ahora, un desconocido se había ocupado de que tuviera el desayuno que siempre me había

gustado.

—Mia, todo bien? —se preocupó Lorenzo viéndome llorar.

—Sí, disculpa —me apresuré a decir, secándome los ojos—. Hace mucho tiempo que nadie piensa en mí y no me prepara algo que me gusta. Parece una estupidez, pero a veces alcanza con una taza de té y un bollo para hacerte sentir aceptada y amada —confesé conmovida, levantándome para tomar un pañuelito de papel para secarme el rostro.

—Qué te sucedió, Mia? —dijo Lorenzo.

Intenté decir algo pero era como si las palabras se me hubieran atascado en la garganta.

Sentí sus manos resbalar por mis brazos y obligarme a darme vuelta hacia él.

Su rostro estaba a pocos centímetros del mío y sentí mi corazón perder los latidos cada vez que mis ojos se perdían en los suyos.

—Alguien te hizo mal? —me preguntó delicadamente, posando una mano en mi rostro para alejar el mechón de cabello de los ojos, mientras que con la otra me atrajo hacia él en un cálido abrazo.

Sentir su mano en mi cara fue una emoción indescriptible. Era como si mil mariposas enloquecidas me recorrieran todo el cuerpo haciéndome vibrar profundamente.

Sacudí la cabeza.

—Tampoco ese muchacho que te molestó la otra vez?

—No, no lo he vuelto a ver

—Otro hombre, por casualidad?

—No hay ningún otro —respondí sacando de mi cabeza la imagen de mi padre y de Brian.

—Entonces cuál es el problema? A mí me lo puedes decir

—Estoy bien —susurré incapaz de decirle la verdad y alejándome de él. Ya no podía sostener su mirada.

—Algún día me contarás qué te sucedió?

—No puedo —murmuré sintiendo de nuevo las lágrimas en mi rostro.

—Creía que querías mi ayuda

—No es eso —me apuré a decir asustada por la idea que él terminara implicado en problemas con mi familia. Habría hecho cualquier cosa para no permitir que Lorenzo se acercara a los Rinaldi.

—Cambiarás idea.

—No va a suceder —respondí, ganándome una mirada.

—Antes o después tendrás que elegir

—Lo sé

—Entonces, recuerda que cada decisión que tomes tendrá sus sacrificios y renunciaciones —me dijo antes de irse.

LORENZO

Estaba volviéndome loco por culpa de Mia o cómo demonios se llamase.

Intentar entenderla era peor que abrir una caja china.

Por suerte, era un libro abierto y entendía de inmediato cada vez que me mentía, pero eso no me consolaba.

Quería saber todo sobre ella y después de haberla visto llorar durante el desayuno, sentía la necesidad de protegerla y de destruir aquello que la lastimaba así.

—No será que te has enamorado? —se burlaba Jacob después que me había descargado con Mariela cuando había venido a decirme que Mia no había querido abrir la puerta y le había dicho que no tenía hambre para almorzar.

Había sido en vano cuando intentó justificarse diciendo que la muchacha estaba mal y que necesitaba elaborar su dolor.

Había salido corriendo al primer piso y había golpeado violentamente la puerta de Mia.

—Quieres seguir así?

—Te lo ruego, Lorenza. Necesito estar sola y descansar —me había suplicado llorando, a través de la puerta que se obstinaba en no abrir.

—Esta noche quiero que cenes conmigo abajo, en mi mesa. Sino lo haces te arrepentirás —grité furibundo.

—Los hombres sólo saben amenazar a las mujeres para obtener lo que quieren, verdad? Son todos iguales!

Esa acusación me golpeó con violencia.

Sí, estaba acostumbrado a usar la violencia si era necesario. Nunca había tenido problemas al respecto, pero nunca había considerado la idea que habría podido herir a las personas cercanas a mí.

Para la cena, hice preparar platos vegetarianos incluso si estaba seguro que no iba a venir.

Sentía que la había herido con mi comportamiento y, por primera vez en mi vida, me había sentido un insecto frente a una mujer.

Para mi sorpresa, vi a Mia llegar y sentarse frente a mí.

Nadie notó sus ojeras negras bajo los ojos hinchados y el rostro pálido.

A esa hora el local todavía estaba vacío ya que pocos clientes iban a cenar. La mayor parte de mis clientes venían aquí para divertirse más tarde.

—Quería disculparme por cómo te traté antes. Estoy tan habituado a mandar, que a veces me olvido que tengo enfrente a seres humanos y no máquinas —dije decidido a obtener su perdón.

—No importa. Estoy acostumbrada —minimizó ella sin mirarme a la cara.

—Mal. Mia, no tienes que acostumbrarte jamás a ser maltratada, ofendida o humillada —traté de animarla colocando una mano sobre su temblorosa muñeca. Estaba tan débil y angustiada que su tormento era evidente.

Finalmente, su mirada angelical se posó en mí.

—Gracias —susurró sonriendo.

Era la primera vez que la veía sonreír. Era como si el sol hubiera entrado en la habitación, iluminando y calentando todo lo que se encontraba a su alrededor.

Finalmente, sentí el temblor de su mano desvanecerse y vi su cuerpo relajarse, mientras mordía un sándwich con crema de tofu al pesto.

—Es exquisito —dijo agradecida Mia, haciéndome excitar de improviso. Verla comer y lamerse de los dedos, la salsa verde que se le chorreaba por el dedo pulgar, era algo terriblemente excitante.

La miré intensamente pero no vi ninguna intención de su parte en provocarme.

Estaba tan perdida en la comida que había hecho preparar para ella, que ni siquiera se dio cuenta cuánto podía ser seductora.

Otro motivo por el cual no podía quitármela de la cabeza.

En realidad conocía una forma muy eficaz, pero algo me decía que mis fantasías se habrían encontrado con la realidad. Mia no parecía una muchacha para follar una noche y después borrar de la memoria para siempre.

Al final, hablamos largamente.

Quería conocerme mejor y también ella se dejó llevar, contándome de su pasión por la comida, el arte, la historia, las luchas por los derechos civiles...

Cuando se retiró a su habitación, el local ya estaba lleno de gente.

Le había pedido que se quedara pero estaba cansada y quería dormir.

A la mañana siguiente fui de nuevo obligado a levantarme temprano cuando golpearon insistentemente la puerta de mi apartamento.

Fui a abrir.

Cuando me encontré frente a Mia quedé petrificado. Esa noche la había soñado y la naturaleza de esos sueños, todavía eran evidentes por la hinchazón en mis boxers.

—Hola! —exclamó alegre como no la había visto nunca en mi vida. Incluso, su mirada bajó a mi pecho desnudo y a mi ropa interior, vi la sonrisa desvanecerse y dar lugar a un enrojecimiento, que le cubrió toda la cara.

Reí por su vergüenza de muchachita.

—Yo... disculpa... es que... no sabía... —murmuró, llevando las manos sobre los ojos para evitar mirarme y apoyando el peso del cuerpo sobre un pie y después sobre el otro. Estaba tan agitada que no podía quedarse quieta.

—Mia, qué deseas? —le pregunté con voz ronca.

—Eso, yo quería... —comenzó a decirme, pero su mirada volvió a bajar a mis boxers y en ese momento comenzó a tocarme.

—Estás segura de lo que quieres? Sólo tienes que pedirlo y te complazco —le dije divertido y excitado por su vergüenza.

—Yo... es mejor que me vaya... hablamos cuando estés vestido —se despidió a toda prisa.

GINEBRA

—Qué demonios haces en la cocina? —dijo Lorenzo apenas me vio, mientras pelaba patatas en la cocina del restaurante.

—Estoy dando una mano, ya que Josh está enfermo y el ayudante del cocinero fue a Emergencias para que le dieran un par de puntos en la mano, porque se lastimó cortando el jamón —intenté explicarle, pero apenas mis ojos se encontraron los ámbar de Lorenzo, sentí como se retorcían mis tripas.

Sólo el pensamiento de lo que había visto esa mañana, tenía el poder de volverme una olla a presión con los pómulos hirviendo y rojos como claveles.

Había ido a su habitación para pedirle permiso para dar una mano en la cocina, ya que Mariela me había avisado que faltaba personal por la ausencia de los ayudantes Josh y David.

Claro que no esperaba encontrarme de frente a un hombre desnudo, con los abdominales y pectorales esculpidos que daban ganas de pasarle el dedo y tocar cada músculo perfectamente dibujado.

Y luego...

Oh mi Dios, lo había visto justo allí... Y era tan... grande!

La tela elastizada del bóxer había dejado poco lugar a la imaginación y yo quería lo detalles. Sí, quería tocarlo, saborearlo, sentirlo dentro de mí...

Ginebra, basta! Borra todo y no pienses más!

—Eres una cliente. No puedes estar aquí —se enojó Lorenzo.

—Te lo ruego. Mañana me voy y quería dar una mano. Durante estos días fueron tan amables conmigo y me gustaría ayudar.

—Claro que no! —se enojó aún más.

—Quería cocinar para ti hoy. Haz hecho tanto por mí a pesar de mis... secretos. Déjame al menos agradecerte, preparándote un menú especial que aprendí en los últimos años. Por favor —le supliqué haciéndole ojos dulces y una sonrisa con treinta y dos dientes.

Reí cuano lo vi enrojecer.

—No hagas que me arrepienta —se rindió molesto, saliendo nerviosamente de la cocina.

Me dieron cosas para hacer durante toda la mañana bajo la mirada del chef y, con orgullo llevé los platos que había preparado a Lorenzo, en su apartamento a la hora del almuerzo.

—No comes conmigo? —se sorprendió cuando vio una sola porción en el plato.

—No, quería volver a la cocina. Esta noche hay una cena de hombres de negocio en el salón del subsuelo y el chef necesita una mano.

—Y quien me asegura que no intentas envenenarme? —murmuró con sospecha, tomando un tenedor lleno de flores de calabacín, flores de malva y trébol.

—Yo! —resoplé inclinándome hacia él y robándole el bocado del cubierto.

Gemí de placer tan pronto como los delicados sabores acariciaron mis papilas gustativas.

Realmente era una muy buena cocinera!

—Te fías ahora? —le pregunté notando su silencio mientras me miraba fijamente la boca como si quisiera comerme.

—No —murmuró con voz ronca, tomando otro poco y llevándomelo a la boca.

—Este plato es para ti, no para mí —le recordé dejándome dar el bocado.

Cuando lo vi tomar el tercer bocado y dirigirlo hacia mí, le robé el tenedor.

—Ahora te toca a ti. Come —le ordené, sonriendo por ese extraño pero seductor juego.

Lorenzo abrió la boca sin quitar su mirada de la mía. Tenía las pupilas dilatadas y no entendía si mi gesto lo molestaba o lo excitaba.

Esperé escuchar su opinión.

—Exquisito —declaró después de haberlo comido.

Le di el último bocado y después pasé al plato siguiente.

—Siéntate —me ordenó, indicándome sus piernas y tomando el tenedor.

Nunca me había sentado en las piernas de un hombre.

Me sonrojé pero obedecí.

Estábamos tan cerca que podía sentir el perfume de su piel y mi brazo izquierdo apoyado en su pecho.

Intenté calmar las palpitaciones que sentía violentamente en el pecho.

—Estos son espaguetis glaseados. Preparé un poco de glaseado de zanahorias y pomelo rosado y agregué albahaca y alcaparras a último momento —intenté explicarle antes que Lorenzo me lo diera a probar.

—Buenos? —me preguntó.

—Si... quizás demasiadas alcaparras —murmuré de gusto pero con un gesto de disidencia—. ¿A ti qué te parece? —le pregunté a su vez, robándole el tenedor y dándole de probar un poco.

Ese juego me estaba divirtiendo, pero había una tensión extraña en Lorenzo que me quitaba la respiración. Cada vez que lo miraba o él me hablaba, me pasaba algo extraño. Las miles de mariposas enloquecidas que me daban vuelta por el cuerpo cada vez que me acercaba, se detenían. Sentía la panza contraerse y algo cálido y lánguido me envolvió y latió lentamente pero con mayor intensidad en la parte más profunda de mi cuerpo.

Nunca había sentido nada similar. Estaba asustada y excitada al mismo tiempo.

Era como si una parte de mi estuviera esperando una satisfacción o una sacudida tan fuerte como para despertarme de ese trance.

—Odio las alcaparras —me dijo Lorenzo.

—No lo sabía. Disculpa —me agité, enojada conmigo por no haberme informado sobre sus gustos.

Aparté el plato y tomé el otro.

—Croquetas de amaranto con calabacín y tomates secos. Las adoro! Las cocino a menudo —le dije satisfecha de mi menú, tomando una albóndiga entre los dedos, como hacía siempre.

Se la llevé a la boca.

Lorenzo tomó un mordisco y algunos granos de amaranto terminaron en la comisura de la boca, en la barba apenas arreglada.

—Oh, disculpa. —Sin pensarlo, lo limpié con la mano.

Cuando sentí el vello áspero y duro entre los dedos, me sentí abrumada por el calor que me había estado quemando desde que me senté sobre sus piernas.

Hubiera querido dejar correr el dedo sobre su mejilla pero sentía que me estaba metiendo en un campo minado y que lo que estaba haciendo ya estaba más allá de los límites permitidos.

Permanecí inmóvil con la mano sobre el rostro y los ojos encarcelados en los suyos.

No pude reaccionar ni siquiera cuando sentí su brazo alrededor de la cintura y llevarme hacia él aún más.

Me puso una mano en el rostro y me acercó a él.

Estábamos tan cerca que mi respiración entrecortada se confundía con la suya, profunda y cálida.

Las puntas de nuestras narices se tocaron y yo me sentí perdida en esas sensaciones maravillosas y únicas.

Cerré los ojos, incapaz de reaccionar a su ardiente mirada, que me sacudía hasta el alma.

Sus labios tocaron los míos y luego se alejaron y, finalmente regresaron suavemente.

Era su juego, cruel y perverso para hacerme perder la cabeza.

Y lo estaba consiguiendo.

Me sorprendió cuando de repente el contacto se intensificó y su boca se movió codiciosa y poderosa sobre la mía.

Oh Dios, nos estábamos besando!

Me dejé guiar por sus movimientos.

—Lorenzo —dije sin aliento, traicionada por ese mar de pasión y excitación.

—Mia —me llamó él, volviendo a apoderarse de mi boca. Escuchar ese nombre me hizo despertar.

Por un momento, había olvidado quien era.

Yo era Ginebra Rinaldi.

Estaba mintiendo.

Me había acercado a Lorenzo con un engaño, para evitar ser víctima de la guerra entre las dos familias.

Nunca habría tenido que llegar al punto de besarlo.

Me había vuelto loca?

Cuando un Orlando y un Rinaldi entran en contacto, sólo puede terminar de una manera: con la muerte de uno de los dos.

Mi padre me lo había repetido muchas veces y sabía que era verdad.

Lo que estaba haciendo ponía en peligro ya sea a mí, como a Lorenzo.

Lorenzo...

El único hombre que me había hecho sentir especial y que había sabido despertar en mí, deseos que no creía que siquiera pudiera tener.

—El juego terminó? —me preguntó helado Lorenzo cuando notó mi cambio de humor.

—No era un juego... Yo... yo no sabía que habría terminado así... Sólo quería que probaras mis platos.

—No lo sabías?! —rió amargamente él—. ¿Que creías que habría sucedido? Estás sentada en mis piernas y nos estamos dando de comer. Y desde que entraste en mi apartamento no haces más que provocarme!

—Qué demonios estás diciendo! —dije sorprendida, levantándome y alejándome de él. Nunca había intentado seducirlo. Ni siquiera habría sabido cómo hacerlo!

—No soy estúpido. Si es una follada lo que estás buscando...

—¡Has entendido mal! Te aseguro que no era mi intención!

—¿Ah no? Entonces por qué me besaste?

—Me equivoqué, pero te aseguro que no volverá a ocurrir

—Tienes que perder esa costumbre de hacer promesas que después no vas a cumplir.

—Mañana me voy y no me volverás a ver —le aseguré con un nudo en la garganta.

—Puedes quedarte, si quieres.

—No puedo —murmuré sintiéndome ahogada. Esa conciencia me estaba matando.

—No te pregunté si puedes, sino si quieres.

Reí para no llorar.

Quien no querría quedarse en un lugar donde había encontrado un espiral de felicidad en el peor momento de la vida?

—Espero que la pasta frola te guste —me limité a decir, saliendo de la habitación.

—Escapar no sirve para nada.

Apenas puse un pie fuera del apartamento, escapé a mi habitación.

Me encerré y me puse a llorar.

Mi fábula estaba llegando a su fin y todavía no había decidido qué hacer.

Como si eso no fuera suficiente, sentía que pronto habría tenido que decirle la verdad a Lorenzo y por primera vez desde que estaba allí, me sentí morir por dentro.

Quería estar con él, sentir su perfume, tocar su piel y... besarlo!

Sí, quería besarlo una y otra vez, hasta embriagarme de él.

LORENZO

No podía pensar en otra cosa que no sea Mia.

No podía encontrar un motivo.

Estaba loco por ella, pero sobre todo me sacaba de mis casillas su dualidad.

Sabía que una parte de ella se encontraba bien aquí, pero alcanzaba poco y, de repente salía la otra Mia, esa desconfiada, asustada y escurridiza.

No entendía lo que había sucedido exactamente en el almuerzo.

Lo único que sabía es que estaba caliente como un animal, mientras estaba sentada en mis piernas y nos dábamos de comer.

Había una sensualidad genuina en lo que hacía y decía. Sin embargo, parecía no darse cuenta de ello.

Nunca había visto en sus ojos, maldad o provocación.

Ni siquiera cuando gemía de placer con cada bocado.

Ingenua e inexperta.

Eso había pensado de ella, viendo cómo era desenvuelta durante la comida, pero luego había bastado ese beso para hacerle perder toda la seguridad.

Precisamente esa actitud fue la que me detuvo de tomarla directamente sobre la mesa y hacerla mía en un instante.

Tuve que correr a tomar una ducha helada para apagar el incendio en el que estaba mi cuerpo y, la erección que no podía contener más.

Estaba intentando controlar las cuentas del Bridge esa tarde, cuando vi entrar a Mariela sin aliento en mi oficina.

—La señorita Mia se desmayó! —me avisó agitada y preocupada.

—Cristo! Adonde está ahora? Qué demonios sucedió? —dije furioso.

—Nos estaba ayudando en la cocina cuando el chef comenzó a abrir un conejo para quitarle las vísceras. La señorita estaba cerca de él y, cuando vio al animal abierto, se desmayó. Por suerte me di cuenta a tiempo y la tomé antes que se cayera al piso. Ahora el chef la está ayudando a recomponerse. Randy la ha visitado y dijo que le bajó la presión por el shock — me explicó mientras corría hacia la cocina.

Cuando llegué al lugar, encontré a Mia sentada en una silla, pálida como un papel, queriendo tomar un poco de coñac bajo la supervisión del chef que sostenía que su madre se lo daba siempre a su hermano que sufría de presión baja.

—Mia, cómo estás? —me preocupé, agachándome hacia ella y tomándole el rostro entre mis manos.

—Tu chef es un asesino —murmuró ella con la voz empastada y las mejillas que se volvían color rojo.

—Estas ebria —comprendí dando una mirada homicida al chef por haberle hecho tomar una bebida—. Te llevo a tu habitación. Tienes que descansar y te prohíbo poner un pie aquí. Después de lo que pasó no te lo permito y no me importa si me acusas de nuevo de ser prepotente con las mujeres —dije categórico, tomándola por los brazos, dado que tenía las piernas todavía débiles y no podía estar de pie.

—Te juro que nunca le he causado tantos problemas a alguien, como a ti —intentó justificarse Mia, rodeando mi cuello con sus brazos y apoyando la cabeza en mi espalda.

—Apenas puedo creerte.

—Tal vez eres tú el que me trae mala suerte.

—Gracias —dije dando los pasos, de dos en dos en los escalones hacia la planta superior.

—Pero igual me gustas —me susurró a la oreja, recorriendo mi mejilla con la punta de la nariz—. Sí, me gustas de verdad mucho —murmuró como hipnotizada, dándome pequeños besos en el cuello y la mejilla.

—Si sigues así, lo tomaré como una invitación a llevarte a la cama y tener sexo —le avisé sintiendo de nuevo la excitación explotar dentro de mí.

—Sólo te estoy tocando.

—Me estás provocando. Ya te dije una vez que dejes de hacerlo sino quieres enfrentarte con las consecuencias.

—Cómo puedes decir que te estoy provocando?

—Conozco a las mujeres.

—No tenía dudas. Quien sabe con cuantas mujeres has estado hasta ahora.

—Lo suficiente como para saber que estás demasiado ebria para entender lo que me estás haciendo —me rendí intentando borrar la imagen de nosotros dos desnudos en la cama—. ¿Y tú? Con cuántos hombres has estado? —me apresuré a preguntar arrepintiéndome de inmediato.

—Ninguno. Se me enseñó que para ciertas cosas se tiene que esperar al matrimonio.

—Qué mentalidad retrógrada!

—Retrógrada y sexista! Si mi padre me viera en este momento, en tus brazos, me mataría.

—Por qué? Sólo te estoy llevando a la habitación

—Porque eres un Orlando —aclaró ella volviendo a besarme y a olerme el cuello—. Tienes un rico perfume.

—Tu padre no es un admirador de mi familia, eh? —le pregunté tratando de aprovechar ese momento para sacarle información. Cada vez que habíamos hablado nunca había podido sacarle ninguna información, pero ahora...

—No, los odia. Dice que tu familia ha tomado algo que era suyo.

—No me sorprende —respondí pensativo. Los Orlando eran famosos por tomar aquello que no les pertenecía a ellos, para poder aumentar su poder. Ese era uno de los motivos por los cuales había empezado a tomar distancia de ese mundo de corrupción, amenazas y apropiaciones ilegales.

—Por ello él no debe saber nada de... esto.

—*Esto* que? —quería saber pero, apenas me di vuelta hacia ella, Mia me tomó el rostro entre sus manos y me besó ardientemente. La sentí dispuesta y aceptaba mi invasión cuando la penetré con la lengua.

—Júrame que no se lo dirás nunca a nadie —me rogó cuando nos separamos.

—Nunca hago promesas que no se si voy a cumplir —le respondí volviéndola a besar mientras la ponía en el suelo.

—No puedo —me empujó lejos después de un largo beso, mientras mis manos recorrían su cuerpo que parecía haber sido hecho sólo para ser adorado y acariciado.

—Sé que me deseas —intenté persuadirla, cuando noté que el efecto del alcohol había desaparecido.

—Sí, te deseo. Demasiado como para no saber que todo esto traerá consecuencias desastrosas para ambos. Mañana me iré y será muy importante que me olvide de ti y, tu tendrás que hacer lo mismo.

—Dame un buen motivo por el cual tendrías que irte. Sabes muy bien lo que te espera fuera de este local —le recordé, pensando en sus miles secretos y en los problemas que la habían llevado a buscar refugio en el Bridge.

—Sí, lo sé y me asusta. Pero permanecer aquí significa terminar de enamorarme de ti y esto sería mil veces peor de lo que tendré que enfrentar cuando vuelva a casa.

La miré intensamente a los ojos. Había dicho que se estaba enamorando de mí, pero al mismo tiempo me estaba rechazando.

Mia, qué es lo que me estás escondiendo?

—Está bien. Has encontrado cómo obtener documentos falsos? —cambié de estrategia.

—No y es un gasto que no me puedo permitir.

—Conozco un tipo que se ocupa de hacer nuevas identidades. —le dije.

Mia se sobresaltó. Podía ver la luz de esperanza que sentía en el fondo de sus ojos.

—Trabaja para mí por un mes como mesera y te daré el dinero que necesitas —le propuse.

—De verdad?

No, sólo busco una forma para mantenerte aquí porque no estoy dispuesto a perderte. No todavía.

—Sí —respondí seco.

—De acuerdo. Haré lo que sea! —se entusiasmó ella abrazándome feliz. Era la primera vez que veía alivio en su mirada.

GINEBRA

Era la primera vez en mi vida que trabajaba.

Claro, no era el trabajo de mis sueños, pero era muy relajante y me daba una sensación muy agradable. Me sentía útil y era apreciada por mi empeño.

Durante la mañana ayudaba a Mariela a ordenar las habitaciones. Yo planchaba y limpiaba.

Por la tarde, a menudo salía a caminar sola o con Mariela que me había tomado como su protegida.

Al principio, tenía miedo de ser reconocida, pero después de un par de días me di cuenta que nadie me hacía caso.

Obviamente, nunca me había acercado a la zona oeste de la ciudad.

Además Lorenzo había dado órdenes de comprarme algún vestido nuevo ya que me quedaría allí un mes más.

Mariela me ayudó y no objetó cuando le mostré vestidos simples, anónimos y poco costosos.

Quería ser lo más invisible posible.

A la noche, me ocupaba de servir las mesas sólo por un par de horas. Después podía irme a dormir, ya que a la mañana siguiente tenía que levantarme temprano.

Había intentado acercarme a la cocina, pero el chef no me lo había permitido más.

Había sido tan regañando por Lorenzo que ya no quería verme más.

Él era el único que me odiaba. Todos mis otros colegas me adoraban y yo me sentía en familia con ellos.

Todo iba tranquilamente y, para mantener esa calma que me envolvía, había decidido tomar distancia de Lorenzo.

No podía entender lo que había dicho y hecho cuando estaba bajo el efecto del coñac después de desmayarme.

Había estado a un paso de revelarle todo a Lorenzo.

Incluso, le había dicho que tenía miedo de enamorarme de él.

Lástima que ya lo estaba!

Me alcanzaba con ver su sombra o sentir su mirada ámbar para que mi corazón comenzara a dar saltos.

Además me había vuelto adicta a su perfume. Incluso había llegado a buscarlo en el centro comercial, en una perfumería.

Había pasado toda la tarde buscando esa fragancia, pero no lo conseguí y la empleada me había explicado que un perfume tendía a fundirse con el de la piel de la persona y a tener un aroma único e imposible de encontrar en otra parte.

LORENZO

Decir que Mia me evitaba era un eufemismo.

De todas formas, estaba satisfecho. Había obtenido aquello que quería: se había quedado aquí.

La idea de no volverla a ver más, me había hecho perder el sueño.

Ahora tenía un mes para hacerla cambiar de idea y para descubrir de qué estaba escapando.

Estaba seguro que habría obtenido todas las respuestas que quería.

Y, por el modo en que reaccionaba en mi presencia, intuí que no le resultaba indiferente y que también ella sentía que había algo que había quedado pendiente entre nosotros.

Un deseo que buscaba satisfacción.

Estaba en mi lugar de siempre, tomando mi Manhattan, cuando vi a Sebastián acercarse nervioso.

—Lorenzo, está la amiga de Mia afuera. Está agitada y pide poder entrar. Dice que es cuestión de vida o muerte. Sólo quiere hablar con Mia por un minuto. La hago entrar?

—Sí, llévala al último privado.

—El que está cerrado por los trabajos de insonorización?

—Exacto. Quiero escuchar lo que dicen —decidí.

En un instante, Sebastián hizo entrar a Chelsea y la hizo acomodar en el privado.

Fingí no verla, pero no pude dejar de ver la marca roja cerca de la boca. Le habían pegado.

Esperé a que Sebastián llamase también a Mia y después me acerqué al privado.

—Maya! Qué demonios haces aquí? —gritó Mia.

Maya...Ese es el verdadero nombre de Chelsea.

—Hace días que te estoy buscando! Tu familia está furiosa por tu fuga. Nadie sabía dónde te habías ido. Mi padre estaba convencido que yo estaba implicada en tu desaparición.

—Fue él quien te pegó?

—Sí. Está furioso, pero tu padre...

—Él sabe dónde estoy?

—No, nadie lo sabe! Pero yo lo adiviné cuando mi madre me dijo que te habías hecho llevar al Pub Hero y que después no habías vuelto a salir. Han interrogado a Seth, pensé en la única vez que lo has visto y me imaginé que estabas aquí. Por lo demás, antes de tu desaparición, a menudo me habías hablado del Bridge. Hubiera venido antes pero siempre me están siguiendo y ahora me hice llevar a la universidad con la excusa de un congreso y escapé por una entrada lateral. Vine aquí apenas pude, pero tengo que volver inmediatamente

—No habrías tenido que hacerlo. Es peligroso.

—Lo sé, pero no podía dejarte aquí sola. Además estaba aterrorizada por la idea de que Lorenzo Orlando te pudiera lastimar.

—Lorenzo nunca me lastimaría —me defendió Mia, aliviándome.

—Te lo ruego, no intentes defenderlo delante mío.

—No sé por qué estás tan enojada con él. Nunca me ha hecho nada y siempre me ha ayudado y protegido.

—Tengo que recordarte la pistola que sacó la última vez que estuvimos juntas aquí?

—Lorenzo es un tipo desconfiado, pero no es peligroso.

—Demonios, sigues defendiéndolo! No te habrás enamorado de él?

—No es eso!

—No me mientas! Soy tu amiga desde que tenías seis años y te conozco mejor que cualquiera!

—Ok, quizás me gusta Lorenzo —se rindió Mia haciéndome volver loco.

—Tú tienes que olvidarlo! Ahora ven conmigo y me juras que no volverás a este lugar!

—No, no quiero

—No te lo estoy pidiendo. Te lo estoy ordenando —gritó furiosa Maya dándome ganas de romper algo y de entrar en la habitación para detenerla.

—Lorenzo me dará un documento de identidad nuevo. Maya, quiero rehacer mi vida. Quiero ser feliz.

—Te has vuelto loca?

—Te lo ruego, intenta comprender.

—Sabes mejor que yo que no te alcanzará con una nueva identidad para mantener alejado a tu padre y... a tu novio.

Novio?!?!

De repente me sentí invadido por los celos.

—Lo supiste, verdad?

—Todos lo saben.

—Yo lo odio... Jamás estaré con él

—Lo sé y te prometo que te ayudaré a salir de esta horrible situación, pero ahora ven conmigo —le suplicó Maya.

—No, yo me quedo... Yo quiero estar aquí.

—Por qué?

—Por él

—Lorenzo Orlando?

—Sí. Él me hace sentir viva.

—Oh mi Dios! No me digas que fueron a la cama.

—No, pero...

—Tú te has vuelto loca! Debería darte asco el hecho que alguien como él, te toque!

—No hables de ese modo de Lorenzo! Te lo ruego, no le digas a nadie que estoy aquí y que...

—Que estás con un Orlando?

—Sólo nos hemos besado.

—Demonios! Quieres morir, por casualidad?

—Quiero estar con él... Lorenzo me hace sentir bien. Es la primera persona que mostró amabilidad y respeto conmigo a pesar de todo. Es una persona maravillosa y yo...

—No quiero escuchar más! Te doy tres días para que decidas volver a casa. Dentro de tres días vendré aquí y tu tendrás que venir conmigo, está claro?

—Ok —murmuró triste Mia.

—En el mientras tanto, te pediría que estuvieras lejos de Lorenzo Orlando. Pobre de ti si te acercas a él o si lo vuelves a besar.

—Está bien —dijo débilmente Mia.

—Sabes que te quiero y que lo digo por tu bien, verdad?

—Sí

—Perfecto. Entonces nos vemos dentro de unos días. Yo ahora tengo que correr a la universidad antes que mi padre sospeche algo. Si entran en la facultad y descubren que no hay ninguna conferencia, estoy muerta

—Presta atención, ok?

—Sí

Sin escuchar nada más, tomé el teléfono y le pedí a Sebastián que siguiera a Maya.

Después, esperé algunos minutos y fui al privado.

Golpee la puerta y esperé que respondieran.

—Adelante.

Entré y encontré a Mia con aire preocupado, pero apenas me vio, sonrió.

—Todo bien? Recién me avisaron que tu amiga vino a buscarte.

—Sí, sólo pasó a saludar —me mintió descaradamente.

—Sebastián me dio a entender que era una cuestión de vida o muerte.

—A Chelsea le gusta exagerar —intentó justificarse yendo hacia la puerta—. Ahora, tengo que volver a trabajar

Chelsea...

Ahora sabía que se llamaba Maya, pero todavía no había podido descubrir el verdadero nombre de Mia.

—Quiero saber por qué vino aquí —la detuve tomándola por un brazo.

—Era sólo una visita de cortesía. Te lo dije.

—Empiezo a cansarme de tus mentiras y estoy perdiendo la paciencia —dije furioso.

—Quiere que vuelva a casa —me confesó.

—¿Por qué? Alguien te está buscando?

—Sí.

—¿Quién?

—Nadie importante.

—Mia... —gruñí suavemente tratando de contener la ira. Algo me decía que había un hombre enamorado a quien ella había jurado amor eterno antes de desaparecer.

—No te estoy mintiendo

—¿Estás segura que no tienes un hombre que te espera en casa? —le pregunté intensificando el apretón del brazo, queriendo asustarla. Nunca la habría perdonado si hubiera descubierto que estaba jugando conmigo.

—¡Segurísima!

—Mia, si descubro que me tomas el pelo, yo...

—Lorenzo, un día te diré la verdad, pero no ahora. Por ahora sólo puedo decirte que Chelsea quiere llevarme a casa porque no le gustas y no confía en ti.

Esas palabras consiguieron calmarme. Percibía claramente sus ganas de ser sincera, pero sin tener que decir demasiado.

—Y tú? Tú confías en mí?

—Más de lo que tu confías en mí. Eres la única persona que ilumina mis días —me dijo

sonriendo. Habría querido ser feliz por esa frase, pero la expresión triste y melancólica que veía en su mirada me hizo quedar estupefacto y, cuando se liberó de mi mano, no hice nada por detenerla.

Quedé solo en la sala privada, envié un mensaje a Jacob: “Dentro de tres días volverá la amiga de Mia. No la dejen entrar. L.”

GINEBRA

Al día siguiente todavía estaba molesta por la intromisión de Maya. Me había dado un ultimátum y sabía que dentro de dos días habría venido a buscarme. Costara lo que costara.

Maya era así. Cuando se le metía algo en la cabeza, no había forma de hacerle cambiar idea.

El problema era que no quería irme.

En el Bridge había encontrado una familia.

Mariela era la madre que siempre había querido tener. Siempre me hacía cumplidos, probaba todo lo que preparaba y me ayudaba en el trabajo cuando estaba cansada.

Lorenzo había tomado un poco de distancia desde que habíamos hablado en el privado.

Siempre estaba pensativo y distraído, casi impaciente, como si esperara también él, el regreso de Maya.

Esa noche el local estaba lleno y tuve que dar una mano hasta tarde.

Llevé a las mesas todo tipo de tragos y cócteles con platos refinados o aperitivos.

A medianoche estaba exhausta, ya que esa mañana me había levantado temprano para dar una mano en el desayuno.

—Lorenzo pidió que le sirvas un Manhattan y un whisky para sus huéspedes y que luego termines tu turno —me avisó Frank, el barman, dándome una bandeja con cuatro vasos.

—Ok —respondí tomando la orden. Durante todo el día Lorenzo había intentado hablarme, pero siempre había encontrado la excusa para escapar.

Por lo que parecía, todavía no se había dado por vencido.

Rezongando, fui a su mesa.

Estaba por subir los pocos escalones para llegar a él, cuando sentí una voz familiar.

—Edoardo confía en mí y, su hija no ve la hora de casarse conmigo. Está hecho!

Brian Esposito!

Casi se me cae el vaso de la mano cuando me di cuenta que el hombre que estaba hablando con Lorenzo y los demás, era aquel con quien mi padre quería que me casara.

Por suerte se había dado vuelta y no me vio llegar, pero habría alcanzado un paso hacia mí para que cayera sobre mí.

Rápidamente, llevé la mirada a los otros interlocutores y vi la mirada de Lorenzo.

Salté del miedo, ante la expresión en sus ojos y la mandíbula contraída.

Y si Brian le hubiera dicho quién era? Y si hubiera descubierto todo y ahora quería lastimarme?

Tenía el cerebro completamente en pausa y no podía reaccionar.

Lo único que quería era escapar lo más lejos posible de Brian y de Lorenzo.

Presa del pánico y todavía incrédula por encontrar uno de los hombres de mi padre en la

zona oeste de la ciudad, volví hacia atrás y me puse a correr hacia el mostrador de bar.

Golpeé la bandeja con fuerza, diciéndole a Frank que llamara a otra camarera y corrí hacia la cocina.

—Sabes que no te quiero aquí! —gritó el chef apenas me vio.

Todavía demasiado sorprendida como para razonar, me dirigí hacia la puerta de atrás y salí al callejón que estaba en el lado norte del local.

Miré a mi alrededor.

No podía respirar, el corazón me latía con furia en el pecho y las piernas me temblaban.

Me apoyé en una pared e intenté calmarme.

Qué demonios vino a hacer aquí Brian Esposito?

Estaba prohibido y era peligroso para alguien del clan de los Rinaldi, ir a la zona este de la ciudad.

Era posible que no supieran quién era?

Eso hubiera explicado por qué todavía estaba vivo y no hubiera sido asesinado por los Orlando.

Estaba mareada, incapaz de quedarme quieta y de encontrar un sentido a los hechos.

—Mía!. —La voz de Lorenzo me hizo reaccionar.

Oh no! Me siguió!

—Está todo bien? —me preguntó acercándose y parándose frente a mí, tan cerca que sentí mi espalda contra la pared.

—Sí.

—Qué haces aquí?

—Tomaba un poco de aire fresco. Estoy un poco cansada y quería terminar mi turno. Mañana tengo que levantarme temprano para ayudar a Mariela.

Incluso si la voz de Lorenzo era tranquila, no había dejado de ver su mandíbula contraída y, cuando lo vi rascarse la barba, entendí que estaba verdaderamente enojado y que pronto habría perdido los estribos.

—Te doy dos alternativas: la primera es decirme la verdad. La segunda es que empieces a correr y que no vuelvas a caer en mis manos —me dijo con tono severo como para darme a entender que no estaba bromeando.

—Qué quieres saber? —decidí preguntar. Sólo un estúpido hubiera pensado que podría escapar y salirse con la suya.

—Conoces a Brian Esposito?

—No —mentí, demasiado asustada como para decir la verdad.

En un instante vi a Lorenzo dar un puñetazo al muro detrás de mí, al lado de mi rostro.

—Espero que seas rápida para correr. Estaría muy desilusionado si mis hombres te encontraran ya esta noche —me amenazó alejándose de mí.

—No, espera —intenté detenerlo. Tenía que inventarme una buena excusa. Volví a pensar en Brian y todo lo que sabía de él, como su viaje a Nueva York dos meses antes.

—Conozco a Brian Esposito —admití antes que Lorenzo volviera a ingresar al local—. Hace dos meses estaba en Nueva York por negocios. Nos encontramos en el Hotel Plaza. Él era un huésped del hotel y yo había ido a cenar con una amiga que después se fue. Nos conocimos en el bar. Ambos estábamos esperando a nuestros respectivos amigos. Charlamos y después él se fue —me inventé.

—Y después no se volvieron a ver? —me preguntó con un tono tan desafiante, que me dio

miedo. Sus ojos ámbar se habían oscurecido y parecía que esperaba un paso en falso para hacerme pedazos.

—Un par de veces. —En realidad había visto a Brian muchas veces, pero raramente habíamos conversado. Todas las veces terminaba con uno de sus discursos estúpidos y yo lo despedía mal, porque lo encontraba aburrido y exasperante.

—Fueron a la cama?

Volví a pensar en la última vez que lo había visto.

Por un momento volví a sentir sus manos sobre mí. Había sido desagradable.

—No

—No me mientas —me gritó en la cara Lorenzo.

—No te estoy diciendo una mentira! Él quiso hacerlo, pero yo... Brian me da asco! —dije disgustada. La sola idea de tener que casarme con él me revolvió el estómago.

—Te hizo mal?

—No

—Te molestó?

No respondí. No sabía si se podía hablar de molestia cuando el hombre en cuestión estaba seguro que podía tocar a la que era su novia.

—Respóndeme, demonios! —se enojó ante mi silencio.

—El... intentó besarme y tocarme, pero yo conseguí liberarme. Esa fue la última vez que lo vi. Te lo juro. Tienes que creerme!

—Yo ya no sé qué creer, Mia —suspiró, cansado de mis mentiras.

—Te lo ruego, no le digas que trabajo aquí. No quiero que me vea y piense que puede intentarlo de nuevo —me atreví a pedirle con voz suplicante.

—No te preocupes. Se está por casar y en éste momento no puede permitirse hacer algo así con una camarera, con el riesgo de arruinar el matrimonio del año.

—Con quién se casa? —intenté preguntarle. Yo lo había rechazado, pero algo me decía que a mi padre y a Brian no les interesaba.

—Con Ginebra Rinaldi, la hija del jefe Edoardo Rinaldi

—Creía que los Rinaldi y los Orlando no se hablaban.

—De hecho es así, pero Esposito interfirió en los negocios de mi padre y se colocó en una posición incómoda y, ahora tiene que pagar su deuda.

—Eso tiene algo que ver con el matrimonio con Ginebra Rinaldi?

—Para saldar la deuda, Brian tiene que casarse con la muchacha de manera que formará parte del consejo de administración del imperio del padre y, después le cederá a los Orlando la parte.

—De esta forma los Orlando desarticularan el poder de los Rinaldi en la zona este de Rockart City.

—Exacto

—Me sorprende que alguien como Edoardo Rinaldi no se haya dado cuenta.

—Esposito lo convenció con el acuerdo de cederle el 50% de su parte en el tráfico marino que está casi completamente administrado por los Orlando. Edoardo siempre quiso tener su parte del puerto ya que, en la zona este, el terreno rocoso e irregular no les ha permitido a los Rinaldi tener una salida al mar

—No entiendo

—Este arreglo es sólo un caballo de Troya para unir a los Rinaldi con los Esposito a través

de este matrimonio. En realidad, detrás de esta fusión está mi familia que finalmente podrá expandirse más allá del río y, al mismo tiempo a burlarse de los Rinaldi, ya que la parte de los Esposito es administrada por nosotros aunque de manera no oficial.

—Me estás diciendo que Esposito tiene la parte pero no tiene poder sobre ella?

—Exacto. La perdió en el momento exacto en el que ha comenzado a importar la misma mercadería de contrabando que mi padre, compitiendo con mi familia. Digamos que ahora Esposito tiene mucho de hacerse perdonar y no le alcanzará una vida para saldar la deuda con los Orlando.

—Pero no es justo que involucren a una pobre muchacha inocente que sólo tiene la mala fortuna de llevar el nombre de los Rinaldi! —me enojé.

—Estaría de acuerdo contigo, sino fuera que la querida Ginebra Rinaldi ha tomado muy bien este matrimonio.

—Y tú cómo lo sabes?

—Me lo dijo Brian hace un mes

Hace un mes? Pero si yo en ese momento ni siquiera sabía de esto!

—No creo que se case con él, si supiera la verdad

—Con los problemas de salud que tiene, creo que es afortunada en encontrar un hombre dispuesto a casarse con ella.

—Que problemas de salud? —dije incapaz de contener el enojo. No podía creer el mar de mentiras que se decían sobre mí.

—No lo sé con certeza, pero por lo que entendí tiene dificultades motrices después de haber tenido una fiebre durante su viaje a África. Se dice que la muchacha se avergüenza de su aspecto y que es por ello que en los últimos años ha evitado aparecer en público.

Nunca estuve en África!

No lo podía creer!

Estaba molesta con mi padre, porque estaba segura que había sido él quien había hecho circular esa voz para justificar mis ausencias.

—Te pido que no le digas a nadie lo que te he dicho o mi padre me hará carne picada.

—Te lo juro. Nunca haría nada que pudiera ponerte en peligro —prometí asustada por la idea del riesgo que había corrido Lorenzo contándome ese complot.

LORENZO

No había dormido en toda la noche.

Cada vez que cerraba los ojos, volvía a ver a Mia que venía hacia mi mesa, miraba a Brian Esposito y después... el pánico!

Nunca había visto a Mia tan asustada al punto de escapar corriendo del local.

Por primera vez, había tenido miedo que se fuera y no volverla a ver.

La había seguido y, cuando la encontré en el callejón detrás del local, sin aliento, temblando y con el rostro pálido, había entendido que Brian era parte de su pasado. El mismo pasado del que estaba escapando.

Intenté confrontarla y había estado a un paso de perder la cabeza cuando me di cuenta que me estaba mintiendo.

Sólo la vergüenza y la repugnancia que había visto en su rostro cuando le pregunté si había ido a la cama, habían podido calmarme. De todas formas, por enésima vez, no había podido sacarle ninguna información útil.

Incluso había sido tentado de ir a pedirle explicaciones a Brian, pero estaba muy ocupado alardeando de su inminente matrimonio con Ginebra Rinaldi, una muchacha tan celosa que no lo dejaba nunca en paz.

La había descripto como insaciable en la cama y, estaba muy satisfecho por la elección que había hecho.

Fue precisamente eso lo que me tranquilizó. Estaba seguro que Brian nunca se habría acercado a Mia.

Estaba terminando el desayuno cuando escuché que golpeaban la puerta de mi apartamento.

Era Jacob.

—No lo podrás creer! —dijo eufórico, poniendo en la mesa algunas fotos y documentos—. Hemos seguido a la amiga de Mia como nos has pedido y hemos descubierto quien es!

—Dime que puedes decirme quién es Mia.

—No, pero te aconsejo echar a esa muchacha del Bridge lo antes posible! —me dijo haciéndome preocupar. Mi amigo no era el tipo que decía cosas por decir.

—Habla.

—Bien, hemos seguido a la muchacha. Tomó el taxi y se hizo llevar a la universidad más allá del río. Cuando llegó al lugar, entró a escondidas en el edificio por un acceso lateral pero algunos minutos después salió corriendo y volvió a tomar el taxi. Estaba muy agitada. Por lo que parece, la persona que la esperaba se debe haber dado cuenta que se había escapado. Hemos seguido el taxi hasta una cabaña un poco alejada. Pasó allí la noche. Al día siguiente alguien fue a buscarla. No vimos quién era, pero hubo una pelea y al final, la muchacha se quedó en la cabaña y los que fueron hasta allí, la esperaron afuera. Están todavía allí, pero Sebastián y yo nos fuimos porque estábamos levantando sospechas.

—¿Entonces?

—Hicimos algunas investigaciones y adivina a quien pertenece la cabaña —me preguntó poniéndome debajo de la nariz la foto de una hermosísima propiedad en medio de un bosque.

—A un hombre rico.

—Richard Gerber, el padre de Richard Gerber Junior.

¡Demonios! ¡Sabía quién era!

—¿El contador del patrimonio de los Rinaldi? —comprendí sorprendido.

—Sí. Mira, aquí está toda la familia Gerber en la inauguración del nuevo centro comercial de los Rinaldi —me respondió Jacob, mostrándome una foto donde aparecía Richard Gerber Jr. con la esposa y la hija, al lado de Edoardo Rinaldi con los hijos, Rosa y Fernando.

Miré a la hija de los Gerber.

—Chelsea Faye —murmuré incrédulo.

—Maya Gerber, en realidad. Te das cuenta? Bajo este techo hay una mujer ligada a lo Gerber y por tanto, a los Rinaldi! Sabes mejor que yo que esta violación del tratado de paz que han firmado los Orlando y los Rinaldi después de años de guerras internas, puede arruinar todos los acuerdos. Si tu padre descubriera esta conexión, Mia Madison ya estaría muerta.

¡Lo sabía muy bien!

Sentía los pulmones contraídos e incapaces de abrirse para permitirme respirar, estaba tan sorprendido.

Mia se había vuelto una presa a eliminar y, dado que era mi culpa, que la había hecho entrar en mi círculo, ahora era yo quien tenía que hacer justicia.

—Alguien más sabe de esto?

—No, sólo Sebastián y yo.

—Bien. Que continúe así. Antes, necesito hablar con Mia. Ayer le conté algunas cosas y tengo miedo de haber cometido un grandísimo error.

—Qué tipo de cosas? —se alarmó Jacob.

—Sobre el matrimonio de Esposito con Ginebra Rinaldi.

—Demonios! Te has vuelto loco?

—No sé por qué lo hice. Ella estaba tan asustada y yo quería tranquilizarla, pero al final terminé hablando más de lo que debía.

—Lorenzo, te conozco desde hace años y nunca te vi hacer una estupidez como esa! Sobre todo con una persona a la que no conoces

—No se explicarte el motivo, pero confío en ella.

—Yo te digo el motivo: has perdido la cabeza por esa muchacha. Y estas tan enamorado que has tirado por tierra todo el autocontrol que te caracteriza, pero escúchame bien... un día te arrepentirás.

Sabía que tenía razón, pero de todas formas había caído en la trampa.

Ya no puedo estar lúcido con Mia.

La quería, la deseaba...

No conseguía quitármela de la cabeza!

Sin embargo, no podía ignorarla.

Había llegado el momento de tener respuestas o de... matarla.

GINEBRA

Había llorado toda la noche.

Me sentía cada vez más sofocada.

Era como si el círculo que me rodeaba continuaba cerrándose hasta aplastarme.

Por cuánto tiempo habría podido seguir con todas éstas mentiras?

Llegó el momento de irme.

Todavía estaba pensando qué hacer, cuando Mariela me avisó que Lorenzo tenía que hablar conmigo y me esperaba en su apartamento.

Fui de inmediato pero, apenas entré, me detuve.

Lorenzo me estaba esperando en su estudio. Estaba sentado en el escritorio y la mesa estaba cubierta de documentos y fotos.

—Siéntate —me ordenó con calma.

Obedecí sin decir nada, sabiendo que el momento que temía desde que había conocido a Lorenzo, había llegado.

Descubrió mi verdadera identidad!

No me sorprendí cuando vi una pistola en las piernas a través del vidrio transparente de la mesa del escritorio.

—Conoces a alguien de aquí? —me preguntó con tono helado, indicándome una foto de una inauguración en la que yo no había participado, ya que estaba la familia de Maya y la mía, excepto yo.

—Sí —susurré.

—Nunca me has dicho que tu amiga es la hija del contador de los Rinaldi.

—No creía que fuera importante. Ella no tiene nada que ver con los negocios de la familia —la defendí preocupada de que pudiera lastimarla.

—Conoces a su familia?

—Sí —respondí indecisa. Era obvio que conocía a toda la familia Gerber, ya que era una Rinaldi. Era posible que Lorenzo no hubiera entendido quién era?

Miré rápidamente las fotos. Eran recientes y me di cuenta que yo no aparecía nunca.

—Conoces también a la familia Rinaldi?

—Sí.

—Y no pensaste decírmelo?

—No quería que lo supieras

—Por qué?

—Tenía miedo que no me aceptaras si hubieras sabido la verdad.

—De hecho, así es. Y déjame adivinar... a Brian Esposito no lo conociste en Nueva York,

verdad? —Era una pregunta, pero por su mirada sabía muy bien que en realidad era una afirmación que no admitía respuesta.

—No, lo conocí en la casa de los Rinaldi

—Trabajas para ellos?

—No!

—No me mientas! —se enfureció de repente Lorenzo, levantándose de la silla.

—No te estoy mintiendo. Lo juro —respondí tratando de permanecer tranquila.

—Entonces qué haces aquí?

—Lo sabes, buscaba un lugar adonde ir.

—Estás escapando de ellos?

—Sí.

—Sabes que si te encuentran aquí, te mantan?

Permanecí en silencio porque creía que mi padre no hubiera llegado tan lejos.

—Y sabes también que, si permaneces aquí, podrías terminar también muerta?

—No hice nada malo y no soy una espía.

—Ayer te conté algunas cosas y...

—Te juré que no le contaría a nadie lo que me has dicho —le recordé ofendida por su insinuación.

Me levanté también yo porque no tenía intención de dejarme insultar o de pasar por una traidora.

Levanté la barbilla y lo enfrenté abiertamente.

No me interesaba más lo que me habría sucedido, pero al menos habría hecho lo posible para salir limpia.

—Estás en una situación demasiado complicada como para no usar esta información para salvar tu vida con los Rinaldi y que ellos te vuelvan a recibir.

—Quién te dijo que yo quiero volver con ellos?

—Nadie, pero sabes mejor que yo que un documento falso no te salvará de su sed de venganza, si te vas. Nadie puede dejar a la familia después que has establecido un acuerdo con ellos.

—Lo sé muy bien, créeme

—Entonces entenderás que no puedo volver a confiar en ti. Deberé matarte.

De repente, me encontré con la espalda contra la pared.

No tenía forma de escapar.

Lorenzo estaba delante de mí y seguía avanzando con la pistola en la mano.

—Sabes lo que decía siempre mi abuelo? —me dijo a un cierto punto—. Me decía que, si un Rinaldi y un Orlando chocaran, sólo podía terminar de una forma.

—Con la muerte de uno de los dos —dije—. También yo lo escuché.

—Entonces sabes que a este punto: o tu o yo.

—Nunca podría lastimarte y mucho menos matarte —confesé sintiendo las lágrimas caerme por el rostro. Cómo habría podido asesinar a la persona de la que me había enamorado perdidamente.

—Por qué tendría que creerte después de todas las mentiras que me has dicho? —se enfureció gritándome.

—Porque te amo! —grité sin control, antes que un nudo en la garganta sofocara mis palabras.

—No me mientas! —Lorenzo perdió los estribos apoyándome la punta de la pistola en el cuello.

—No te miento —susurré entre lágrimas. No entendía si sufría más porque no me creía o por el miedo de morir—. Maya tenía razón. Nunca habría tenido que acercarme tanto a ti como para enamorarme. Sabía que era peligroso para ambos, pero no podía estar lejos de ti y me equivoqué.

—Júrame que no estás jugando conmigo para salvar tu vida —me dijo a pocos centímetros, aferrándose fuertemente el rostro con ambas manos.

—¿Para qué? De todas formas, nunca me creerás. Ya has decidido matarme, no?

—Hazme cambiar de idea.

—Cómo?

—Diciéndome tu verdadero nombre, para empezar

—Ginebra. Me llamo Ginebra —susurré ante sus ojos llenos de odio.

—Ginebra... Rinaldi? —me preguntó mientras veía su mirada incrédula. Lorenzo sabía que la hija de Edoardo Rinaldi era discapacitada y estaba siempre con Brian, por lo que no podía ser yo. De todas formas, había una duda en el fondo de sus ojos. Una duda que lo devoraba.

—Ginebra nada más

—Quiero el apellido

—Si te dijera que es Rinaldi me creerías? —lo desafié.

—No. No puede ser... Ginebra no sale de su casa desde hace años por su discapacidad y, desde hace semanas Brian dice que la muchacha no lo deja en paz ni un momento. Incluso la noche que vino aquí, había cenado con ella. Sin tener en cuenta que la hija de un jefe de la mafia nunca trabajaría como camarera y limpieza. Mucho menos para un Orlando. Ni siquiera sabría cómo encender una aspiradora —quiso creer las mentiras que había escuchado para no admitir la verdad que le había puesto delante suyo. Era como sino quisiera creer en lo que le había dicho, porque no quería aceptar la realidad.

—Bien, la rica y consentida Ginebra Rinaldi que todos conocen seguro no es como yo. No tiene que levantarse y prepararse el desayuno todos los días, no tiene que limpiar su apartamento... No, ella pasa sus días siendo mimada y amada por su familia, que haría cualquier cosa por ella —dije llena de amargura—. Lo lamento Lorenzo, pero no soy la Ginebra Rinaldi que crees.

—¿Entonces quién eres? —dijo Lorenzo con la mirada atormentada y exasperado por la confusión que tenía en la cabeza.

—Yo no soy nadie —dije convencida sin quitarle la mirada—. No tengo una familia que me llene de amor y atención. No tengo un novio que me ame por lo que soy. No tengo una casa. No tengo un trabajo. Mi única amiga, es Maya Gerber que tiene una vida mucho más intensa. Y quieres saber qué es lo peor? Amo a un hombre que no confía en mí. Quisiera vivir mi primera historia de amor con él, pero hay demasiadas mentiras en esta relación y sé que lo que estoy viviendo desde que estoy en el Bridge está destinado a terminar. Lo que siento por él no es correcto, está prohibido y es peligroso pero no puedo vivir sin él. Al punto que ya no siento miedo a nada. Ni siquiera a morir. —confesé.

—Tú estás loca.

—Tienes razón. Amar a alguien que nunca te amará es una locura, pero me sucedió y no puedo hacer nada.

—Ten cuidado con lo que dices, porque si descubriera que estás jugando conmigo, yo te...

—murmuró Lorenzo entre dientes a pocos centímetros de mi rostro. Nuestras narices se acariciaron por un instante.

—Tú que?

—Podría destruirte —me dijo antes de apoyar sus labios en los míos con tanto ardor y rabia que se quedó sin aliento.

Respondí a su beso y me dejé llevar por lo que solo él podía darme.

—Estás lista para ser mía? Para siempre —me dijo cuándo cuando nos apartamos para recuperar el aliento.

—Si —respondí con la voz llena de ansiedad. Sabía lo que me estaba preguntando y una parte de mi estaba aterrorizada por no estar a la altura.

—Una vez que seas mía ya no podrás volver atrás o escapar

—No lo haré. Te lo prometo.

—No hagas promesas que no...

—Esta la voy a mantener. Lo juro —le aseguré—. Nunca haría nada que pueda lastimarte o hacerte sufrir. Tienes mi palabra.

—Quiero creerte. No hagas que me arrepienta, porque no creo que pueda perdonarte —me avisó por última vez antes de tomarme en brazos y llevarme a su habitación.

LORENZO

Estaba loco.

Sí, claro que sí, porque sólo un loco se habría obsesionado con una mujer al punto de perder la cabeza que siempre lo había distinguido.

Mia... Ginebra... o cómo demonios se llamara... me había hecho perder la cabeza.

Sólo ella podía destruir mi autocontrol y hacerme decir o hacer cosas que no hubiera hecho en otra situación.

Sólo sentir su mirada hacía que se abriera el candado de la jaula de mis instintos más primitivos.

Alcanzaba con que nuestros cuerpos se tocaran, aunque sea por un instante, para sentirme preso de un deseo incontrolable, profundo e imparable que me inquietaba y frustraba.

La quería. La deseaba locamente, pero siempre había algo que me detenía. Una cadena que me ataba a las enseñanzas de mi familia, que me había hecho sospechar y desconfiar de todos.

Pero el miedo y la fragilidad que a menudo veía en el rostro de Ginebra, tenían el poder que bloquear ese deseo impaciente.

Sólo su sonrisa y la felicidad que reflejaba a veces me daban fuerza para convivir con ese deseo paralizante, dándome calidez y paz.

Incluso el misterio sobre su identidad era como un cuchillo y, después de haber descubierto la relación con los Rinaldi, esa tortura se había vuelto insoportable.

Sabía que una persona del clan Rinaldi en mi local, sólo podía buscar la muerte por parte de un Orlando, pero Ginebra nunca me había dado un motivo para dudar de ella y de sus buenas intenciones.

Además, estaba enamorado de ella.

Sí, la amaba.

Y la odiaba por sus mentiras. Demasiado como para no perder el control cuando había descubierto quién era, pero no lo suficiente como para hacerla echar.

El miedo de haberme enamorado de una ilusión me destrozaba el alma, pero la sola idea de perderla me helaba la sangre en las venas.

Sin embargo, todavía quedaba pendiente una charla.

No había entendido si de verdad era Ginebra Rinaldi o una homónima.

Por un momento había creído verdaderamente que tenía en mis manos a la verdadera hija de Edoardo Rinaldi, pero era imposible!

Todo lo que me había contado Brian Esposito sobre su novia, lo que se comentaba sobre los problemas de salud de la muchacha y la habilidad como camarera de la mujer que conocía...

No, la Ginebra que conocía no podía ser la hija de Edoardo Rinaldi. Era imposible creer que una muchacha tan afortunada pudiera escapar de su padre o que él no hubiera movilizad

media ciudad para encontrarla!

Y sin embargo, Ginebra parecía sincera cuando me había dicho su nombre.

Un caso de homónimos! O una relación familiar de segundo o tercer grado!

No lo sabía, pero en ese momento quería poder confiar en la mujer que amaba y sacarme de encima la obligación de tener que matarla.

Claro, el miedo de ser engañado no se había desvanecido del todo y no había mentido cuando le había dicho que habría estado dispuesto a destruirla si hubiera estado jugando conmigo.

De qué manera? No lo sabía y, una parte de mí seguía preguntándose hasta qué punto hubiera llegado si hubiera descubierto que había perdido la cabeza por una persona que no hubiera dudado en jugar con mis sentimientos.

Siempre había odiado los modos fuertes, brutales y coercitivos de mi familia pero sentía que por Ginebra habría podido hacer una excepción, si me hubiera engañado al punto de romperme el corazón.

En el beso que le estaba dando en ese momento estaba toda mi desesperación y el tormento por lo que sentía.

Estaba confundido, destruido, enojado y enamorado.

Cuándo me enamoré de ti?

No lo sabía pero recordaba que, cuando había cocinado para mí y me había dado a probar su comida, había sentido el latido de mi corazón por primera vez.

Un día, Ginebra había llorado diciendo que hacía años que nadie pensaba en ella.

Bien, yo no la pasaba mejor, ya que desde hacía siete años que no hablaba con nadie de mi familia y quien cocinaba para mí, se le pagaba para hacerlo.

Ginebra había sido la primera mujer en ocuparse de hacerme sentir especial como yo había hecho por ella. Ni siquiera mi madre desde que tenía memoria, ya que había muerto cuando tenía cuatro años.

Era justamente esa simplicidad genuina y ese amor puro que ponía en todo lo que hacía, que me había golpeado al punto de desear estar con ella para siempre, incluso si nos conocíamos desde hacía pocas semanas.

—Lorenzo —me llamó Ginebra trayéndome al presente.

La había llevado a mi habitación y la había hecho recostar en la cama.

Sin siquiera quitarme la ropa, me había puesto sobre ella y había comenzado a besarla y acariciarla, como nunca había hecho con ella.

—No te menté cuando te confesé que soy virgen —me dijo con la voz llena de ansiedad.

Quedé bloqueado por un instante, porque de verdad nunca lo hubiera creído y no me lo esperaba.

—Confías en mí? —le pregunté besándola con dulzura. Con ella debía ir despacio.

—Sí.

—Entonces estará todo bien —le susurré sacándole la camiseta y bajándole los breteles del sostén.

Le besé el pecho que se elevaba con cada respiro entrecortado, mientras mi boca resbalaba por su piel cálida, delicada y sedosa.

Tenía un perfume simple que olía a pureza e inocencia, pero al mismo tiempo era afrodisíaco y hechizante.

A pesar de la impaciencia de mi excitación que reclamaba ser satisfecha, lo tomé con

calma.

Le quité los pantalones y la ropa interior juntos, bajo la mirada nublada por el deseo pero también asustada de Ginebra.

—Eres bellísima —le susurré volviendo a ella.

La acaricié, la besé, recorriendo su cuello hasta los lóbulos de las orejas y su boca abierta y jadeante.

Cada respiración o gemido suyo era un atentado a mi salud mental.

Tuve que obligarme a un autocontrol al que no estaba acostumbrado, mientras la tocaba y descubría sus partes más erógenas, como las caderas, los senos, la base del cuello, las muñecas y la ingle.

—Lorenzo —gimió de placer cuando le quite el sostén y dibujé círculos con la lengua alrededor de sus pezones turgentes y excitados.

Tomé uno con mi boca y comencé a succionarlo. Primero despacio y después más vorazmente, mientras con una mano le tomé el otro entre el pulgar y el índice, comenzando a atormentarlo, apretando y tirando siempre más fuerte.

—Te lo ruego —gimió agotada por la tensión que la sacudía profundamente.

Podía leer en sus ojos el placer en el que se estaba ahogando.

Puse mi mano entre sus muslos y la acaricié con mi pulgar, que inmediatamente se empapó.

Sentí el placer pulsante entre mis dedos mientras la penetraba lentamente, para dar lugar a mi miembro hinchado.

Le besé la boca hambrienta de mí y de lo que estaba por hacer.

Después tomé un preservativo de la mesa de noche.

Me lo coloqué y vi a Ginebra mirarme y tragar con dificultad.

Sabía que el momento tan esperado había llegado.

Una parte de ella no veía la hora de desahogar toda esa tensión que la estaba consumiendo, mientras otra parte era consciente que la unión de nuestros cuerpos la habría vuelto mía para siempre y no habría habido nadie que fuera capaz de alejarla de mí.

Volví a besarla y a tocarla, dejando que ella hiciera lo mismo conmigo.

Sus gestos tímidos, sus caricias delicadas con las que me tocaba el cabello, el rostro, la espalda y los pectorales, lograron encenderme y moldearme como arcilla en sus manos.

—Te amo, Lorenzo. Te amo de verdad —me dijo Ginebra mientras levantaba sus caderas levemente para tomarla con más suavidad.

—Yo también te amo —le respondí sintiendo como me explotaba el corazón de miedo y sentimiento por ella.

Estaba aterrorizado por lo que sentía por ella, pero cuanto más avanzaba, más me daba cuenta que era la única persona que podía hacer brillar mis días y hacerme feliz.

Apenas la punta de mi pene la tocó, se le escapó y gritito de excitación y ansiedad que sofoqué con un beso profundo y larguísimo.

Sólo cuando sentí que Ginebra estaba de nuevo lista, volví a intentar acercarme y penetrarla lentamente hasta el fondo, yendo hacia adelante y atrás para acostumbrarla a esa invasión que la llenaba y sorprendía.

Era una tortura controlar y medir mis movimientos cuando habría querido sólo dejarme llevar, pero no podía permitírmelo ya que Ginebra era virgen y demasiado inocente como para asustarse fácilmente.

Sólo cuando sentí su respiración pesada coordinarse con la mía y, su cuerpo arqueándose contra el mío en una danza primitiva, sensual y carnal, aumenté las embestidas.

Cada vez más cerca del orgasmo, me apoyé en los codos y seguí besando sus pechos y jugando con mi lengua con sus pezones. Mientras tanto, con una mano, volví a su intimidad e hice lo mismo con su clítoris hinchado y sensible.

—Lorenzo, yo... —balbuceó Ginebra al límite.

—Hazme escuchar cuánto te gusta —le susurré en la oreja, aumentando la intensidad.

De repente, Ginebra explotó en un orgasmo que le hizo contraer la vagina alrededor de mi pene. Fueron espasmos tan fuertes y largos que aumentaron increíblemente el placer que sentía, y algunos segundos después, la seguí con un gozo desbordante, impetuoso y desconcertante.

Nunca había disfrutado tanto y durante tanto tiempo en mi vida.

Cuando salí de Ginebra, me di cuenta que tenía la respiración entrecortada y el corazón enloquecido que resonaba en mi pecho.

Me recosté a su lado, pero ella corrió de inmediato a abrazarme buscando ese calor que le había quitado con mi desapego.

La abracé fuerte.

—Quisiera que este momento durase para siempre —me susurró dulcemente.

—Yo también. —Le di tantos besos suaves sobre el rostro hasta que se durmió.

Su respiración tranquila y pacífica calentó mi alma y, después de mucho tiempo, me sentí en paz conmigo y con el mundo entero.

LORENZO

Habíamos hecho el amor todo el día, pero el día siguiente cada uno retomó sus tareas y fue imposible encontrar tiempo para estar juntos.

Estaba emocionado de que llegara la noche y el lugar se cerrara para ir a mi habitación y estar con Ginebra, a quien le había dicho que se mudara conmigo.

—Lorenzo —me llamó Jacob después de que Ginebra había venido a saludarme para irse a dormir, ya que su turno nocturno terminaría pronto.

—Qué sucedió? —pregunté de inmediato viendo la expresión circunspecta y preocupada de mi amigo. Desde que le había dicho que Ginebra se quedaba aquí, a pesar de su relación con los Rinaldi, nuestra relación se había agrietado.

—Puedo hablarte de Ginebra?

—Todavía? No, ya te lo he explicado. Confío en ella y sé que nunca me traicionaría

—Yo no estaría tan seguro.

—Jacob —lo detuve con un tono tan amenazante que sólo un estúpido hubiera osado agregar algo.

—Haz lo que quieras, pero al menos pregúntale a tu novia por qué hoy fue con Lucky Molan a pedirle que la ponga en contacto con Maya Gerber! —dijo furioso.

—Qué demonios estás diciendo? —me enojé también sintiendo una puntada en el pecho. Era posible que Jacob dijera la verdad? Ginebra me había jurado que había concluido con los Rinaldi! Le había creído.

Se había entregado a mí con amor y confianza, jurando amarme.

—Esta mañana Ginebra vino a pedirme el número de teléfono de Lucky Molan, el novio de Maya Gerber. Se lo di y ella me pidió que no te dijera nada para no preocuparte, incluso si sabía que jamás habría mantenido la boca cerrada contigo. De todas formas, lo ha llamado y le pidió que la ayudara a ponerse en contacto con... Chelsea. Lucky no sabe que el verdadero nombre de la muchacha es Maya. Él aceptó y quedaron en encontrarse por la tarde para prestarle su iPad con el que tiene acceso a Clasesprivadas.com y con el que se contacta en el chat con Maya.

—Sabes de lo que hablaron? —dije todavía incrédulo por haberme dejado engañar tan fácilmente.

—No. Se lo pregunté a Lucky, recompensándolo generosamente, pero sólo pudo decirme que desde la habitación de al lado ha escuchado que peleaban por una traición inesperada.

—Algo más?

—No. Lo lamento, pero tenías que saberlo.

Apenas escuché sus excusas porque ya había salido hacia mi apartamento buscando a Ginebra.

Entré en casa como un rayo y encontré a Ginebra en bata, saliendo del baño.

—Todo bien? —me preguntó preocupada. No sabía cómo me veía en ese momento, pero me sentía a un paso de cometer un asesinato.

—Dímelo tú. Qué te dijo Maya Gerber? —le dije con prepotencia, acercándome a ella con furia.

—Le dije que no viniera aquí mañana porque no tengo intenciones de volver a casa.

—No me mientas! —le grité en la cara. Estaba tan fuera de mí que ya no entendía si me decía una mentira o la verdad.

—Lorenzo, ésta es la verdad —me respondió ella con calma—. Le dije que te amo. Se enojó y peleamos. Me amenazó con contarle todo a mí... a todos los Rinaldi. Le dije que sólo quiero ser feliz y aquí contigo me siento amada y en casa.

—Le has dicho lo que te conté sobre Esposito?

—Le dije que había descubierto una cosa sobre él que habría hecho cancelar el matrimonio, pero no entré en detalles.

—Rayos, me habías prometido que te callarías la boca! Si éste matrimonio se cancela...

—El matrimonio ya se canceló.

—Qué demonios estás diciendo? Maya te dijo algo que yo no sé?

—No. Sólo te puedo decir que Ginebra se enamoró de otro hombre y que no quiere casarse con Brian Esposito.

—Demonios, habrá un alboroto si lo que dices es verdad. Quién es este nuevo pretendiente?

—Por qué lo quieres saber?

—En realidad sólo siento curiosidad por saber quién es el idiota que pronto terminará en las necrológicas del diario local. Nadie puede salirse con la suya cuando están en juego los negocios de las dos familias más poderosas de la ciudad —me reí amargamente.

—Lo conoces, por casualidad? —le pregunté sospechando cuando la vi palidecer y perder el habla. Estaba seguro que conocía a ese hombre. Y muy bien. Demasiado, para mi gusto.

—No quiero hablar de eso —se estremeció volviendo al baño, pero la detuve.

—No sé lo que sucedió entre tú y ese hombre, porque es obvio que lo conoces, pero te recuerdo que ahora eres mía —dije nervioso, aferrándola de mala forma de un brazo.

—No es cómo crees, pero no quiero que hables de él de esa forma —murmuró con disgusto, sin poder mirarme a la cara.

—Tu sientes algo por él! —comprendí y su enrojecimiento fue la gota que rebalsó el vaso.

—Hay cosas que no sabes y que todavía no puedo decirte porque antes tengo que asegurarme que nadie pueda hacerte daño —murmuró con dificultad, poniéndome todavía más nervioso.

—Lo único que tienes que asegurarte es que yo nunca descubra que tengo que compartirte con otro —dije autoritario, apoderándome de su boca con un beso rudo y capaz de borrar cualquier otro pensamiento.

—Lorenzo, te lo ruego, yo... —intentó volver a hablar, pero callé el resto de su frase con otro beso, mientras le desataba la bata y la desnudaba rápidamente.

Por un instante intentó alejarse y cubrirse, pero rápidamente me bajé hacia ella, cancelando todas sus vacilaciones mientras mi lengua se deslizaba húmeda y cálida sobre sus pequeños pechos.

Esta vez no me contuve y, sin especial delicadeza, la penetré con los dedos.

Me desabotoné los pantalones y me los bajé.

Después hice lo mismo con los bóxer negros.

No quería desnudarme sino sólo castigarla por esa vacilación que había leído en sus ojos al hablar de ese hombre.

—Lorenzo —dijo a un paso del orgasmo, pero quité la mano a tiempo.

Ginebra gimió de dolor ante esa interrupción en el mejor momento.

—Hazme gozar —le ordené, haciéndola inclinar delante de mí.

Le tomé el cabello entre mis mano y le llevé el rostro hacia abajo, hacia mi miembro duro y pronto para ser probado.

No sin una pizca de vacilación, vi a Ginebra acercándose y tomándolo en su boca.

—Bien. Así... —asentí sintiendo su lengua tímida sobre mi miembro mientras subía hacia la punta. Dejé que se sintiera cómoda con mi pene y, cuando finalmente comenzó a chupármelo, tuve que contenerme para no venirme en su boca.

—Levántate —le ordené, tomándola por las nalgas y llevándola a rodearme las caderas con sus piernas.

Gracias a esa posición, pude penetrarla fácilmente.

Empujé con furia dentro de ella.

—Por qué lo estamos haciendo? —me preguntó en cierto momento Ginebra, rechazando mi beso.

—Para olvidar —respondí pensando cuánto me hacía mal el pasado de Ginebra con sus recuerdos y los hombres que todavía estaban en su mente, con el miedo que un día pudieran llevarla lejos de mí.

—No es el sexo lo que puede ayudarte. Sólo estás buscando poseerme, hacerme tuya, ceder a tus celos —me dijo liberándose de mí y volviéndose a poner de pie—. Una vez me has dicho que nunca tengo que acostumbrarme a la prepotencia de un hombre. Por eso te digo que, si ésta es la relación que quieres, te has equivocado de persona. Te amo, Lorenzo, pero nunca podremos ser felices sino confías en mí o si me faltas el respeto.

No sabía si sorprenderme más por sus palabras o por su tono pacato, frío, preciso e incisivo como un bisturí en las manos de un cirujano experto.

La verdad es que estaba en pedazos y esa relación que había nacido de tantas mentiras y de sus secretos todavía escondidos, me estaba desgarrando como un animal feroz, sangriento y hambriento de todo lo bueno que había en mí.

—Yo... Perdóname —pude apenas decir.

—Disculpas aceptadas. Ahora podemos ir a dormir? Mañana tengo que levantarme temprano y ocuparme de las habitaciones.

—No quiero que trabajes tanto. Podría nombrarte responsable o... —dije dándome cuenta que, aunque si ahora Ginebra era mi mujer, nunca había dejado de ser la camarera y nunca había pretendido una posición privilegiada.

—No creí que lo ibas a decir, pero la verdad es que me gusta tener algo que hacer y ocuparme del Bridge. De todas formas, este local es como una casa para mí. Me gusta ordenar las habitaciones, poner un ramito de lavanda entre los almohadones, servir las mesas y ver a la gente contenta y satisfecha con el servicio. Además el chef agregó mis espaguetis con zanahoria y pomelo glaseados, en el menú. Sin tener en cuenta que ahora Mariela es como una madre para mí, mientras Randy y Josh son los dos hermanos menores que nunca tuve. Nos queremos mucho y nos sostenemos entre nosotros. Estoy bien y no quisiera cambiar mi rol por miedo a perder esta armonía, aunque ahora todos saben que estamos juntos y tienen un poco de miedo —me dijo con los ojos brillantes de alegría.

—Está bien —me rendí aliviado de ver la alegría en su rostro.

—Me gustaría sólo que las cosas anduvieran mejor también entre nosotros, pero me doy cuenta que todavía hay muchos obstáculos y secretos, pero te prometo que pronto encontraré la forma de liberarme de mi pasado y te diré todo.

Quería decirle que confiaba en ella, pero los celos eran un mal consejero y sentía que ella tenía un fuerte control sobre mí. Además, podría confiar en ella, pero nunca habría confiado en los demás y sabía que, si hubiera bajado la guardia aunque sea una vez, hubiera habido alguien que se hubiera llevado a Ginebra para siempre.

GINEBRA

Pasaron tres semanas.

Pasé el período más hermoso de mi vida.

Lorenzo me amaba y yo me sentía la persona más feliz y afortunada del mundo.

Cada vez que me besaba, me acariciaba o hacíamos el amor, era como si pudiera tocar el paraíso con las manos.

El placer que me daba cada vez, era increíble. Era como si mi cuerpo se hubiera amoldado a él, para tener y darle más placer.

Estábamos totalmente en simbiosis y, a estas alturas, habíamos entendido perfectamente cómo reconocer al otro, sus estados de ánimo, su excitación, lo que le gustaba...

Nunca creí que pudiera tener una sintonía tan profunda con un hombre, sobre todo por mi falta de experiencia, pero era como si el destino hubiera querido esto para nosotros, para obligarnos a estar juntos y alcanzar niveles de compatibilidad y complicidad inimaginables.

Claro, no había sido fácil.

Cada semana contactaba a Maya por el chat de Clasesprivadas.com y esto ponía nervioso a Lorenzo.

De nada había servido explicarle que Maya era mi mejor amiga y que necesitábamos saber que la otra estaba bien. Además, le había dicho a Maya que ahora estaba con Lorenzo y, después de haber peleado mucho, finalmente había cedido.

—No te prometo que alguna vez pueda aceptar tu elección, pero eres demasiado feliz desde que estas con él como para no entender que, quizás está bien así. Sólo tengo miedo que todo esto termine... de la peor manera —me había dicho Maya la última vez.

Respecto a mi familia, no sabía nada.

Sabía que mi padre había enviado a sus hombres a buscarme hasta a Nueva York, pero Maya no había podido entender bien cuál era la situación.

Incluso sus padres estaban sorprendidos por mi desaparición y, no aceptaban el hecho que mi padre se negara a recurrir a la policía para buscarme.

Incluso, se había negado de pegar mi foto por la ciudad, por miedo que esto pudiera ayudar a un Orlando a reconocermelo y secuestrarme para poder llegar a él y a su dinero.

Pero para mí estaba bien así.

Gracias al anonimato, podía vivir serenamente en la parte oeste de la ciudad, sin problemas.

Además ya todos sabían de mi relación con Lorenzo Orlando y, nadie era tan estúpido como para tocarme.

—Señorita —escuché que me llamaban de repente.

—Kate, llámame Ginebra y dame de tu —le respondí apenas me giré y encontré frente a una camarera jovencísima, apenas contratada para el turno noche.

Era tan tímida y miedosa de la sola idea de romper algo o de contrariar a Lorenzo o Jacob, que no daba un paso sin antes asegurarse que estuviera bien para mí.

—En la mesa 9, hay clientes que hablan español. Yo no conozco el idioma y tengo miedo de tomar su orden. Si después no entiendo lo que me dicen o, si se enojan o se ofenden o se quejan con el señor Orlando... —murmuró la muchacha.

—Kate, respira y quédate tranquila. Yo me ocupo de la mesa 9, está bien? Tú, mientras tanto, lleva el champagne a la mesa 3 —resolví con gran alivio para Kate.

Fui a la mesa 9 y tomé la orden. Por lo que parecía, los cinco hombres hablaban en español sólo sobre sus cosas personales para que los demás no los entendieran, pero a mí no se me había escapado su charla sobre una carga que estaba llegando al muelle 2, justamente el día siguiente.

Después fui corriendo donde estaba Frank, el barman, para que prepare los cocteles que habían pedido.

Estaba esperando que terminara la enésima orden de la noche, cuando vi una figura oscura acercarse a mí, sentarse y ordenar un whisky.

No presté atención y llamé al barman.

—Ginebra, Lorenzo me dijo que de nuevo hay un problema en la habitación 3 y que tienes que ir de inmediato a ayudarlo —me advirtió Frank con una sonrisa maliciosa en los labios, después que le di la hoja con las órdenes.

—Ok, sirvo esto y después voy —respondí tratando de no enrojecer o mostrar mi vergüenza. La excusa de un problema en la habitación 3 se había vuelto nuestro código secreto para estar juntos y hacer el amor cuando podíamos encontrar el tiempo para mimarnos.

Lástima que todos los empleados ya lo habían entendido!

—Ginebra?! —una voz a mi lado me hizo sobresaltar. Sentía que conocía esa voz, cuando volví la mirada y vi los ojos verdes de Brian Esposito!

—Qué demonios haces aquí? Vestida de camarera, además! —explotó el hombre, recorriendo con la mirada todo mi cuerpo como si no pudiera creer en lo que tenía delante—. ¡Ahora entiendo por qué nadie podía encontrarte!

Habría querido hablar, echarlo... hacer algo, pero estaba paralizada, con el pánico que me corría por las venas. Estaba aterrorizada de que mi sueño hubiera llegado a su fin.

—Lorenzo sabes quién eres? Si lo descubre, te mata! Nosotros tenemos que casarnos.

La última frase tuvo el poder de sacarme de mi letargo.

—Yo nunca me casaré contigo. Yo me quedo aquí y te ruego que te vayas —conseguí decir, pero Brian ni siquiera me escuchó. Me tomó por un brazo y me llevó con él.

—Tú ahora vienes conmigo y vuelves con tu padre o juro por Dios que hago explotar este lugar y todos los que trabajan aquí! —me amenazó apretando los dientes.

—No puedes hablar en serio. Ellos no tienen nada que ver.

—Ahora vendrás conmigo sin quejarte o las cosas se pondrán feas —me dijo a pocos centímetros de la cara, antes de dar una señal a los cinco hombres a los que había estado sirviendo antes.

Con asombro, me di cuenta que eran amigos o parientes de Brian, porque todos se levantaron y estuvieron listos.

Cuando pude ver la funda de una pistola bajo el abrigo abierto de uno de ellos, sentí que desaparecía la tierra bajo mis pies.

—Te lo ruego, no lo hagas —le supliqué asustada.

El Bridge era mi familia y no podía soportar que alguien de ellos pudiera pagar las consecuencias de mi egoísmo, que me había empujado a buscar refugio allí, escondiendo mi verdadera identidad.

—Ahora vienes conmigo sin hacer escándalos.

—Está bien —susurré con un hilo de voz, mientras con la mirada buscaba a Lorenzo.

La idea de que pudieran hacerle mal, me mataba.

Sólo alcancé a ver a Sebastián que, estaba yendo a la planta superior para avisarle al jefe, mientras Jacob miraba a todos los presentes intentando entender lo que estaba sucediendo y cuántos hombres de Esposito había y si estaban armados.

Por suerte, el encuentro con Brian no había pasado inobservado!

Era una situación surreal porque aparentaba que no hubiera sucedido nada, mientras en realidad estábamos a un paso de desencadenar un tiroteo que hubiera podido matar a todos.

También Frank se pudo alejar y, antes de entender lo que estaba sucediendo, escuché la alarma antiincendios sonar en todo el local.

—Nos descubrieron! —escuché gritar a Brian, mientras todos los clientes corrían asustados hacia la salida.

Aprovechando la multitud de gente agitada y preocupada que corría hacia las salidas de emergencia, traté de liberarme de Brian, pero era demasiado fuerte.

Intenté oponerme, buscar ayudar, pero había demasiada gente y en un momento Brian me sacó fuera del local, hacia su coche.

Intenté resistirme cuando quiso hacerme subir al coche.

—¡Sube inmediatamente o esto termina mal! —dijo furibundo, sacando la pistola de la custodia.

—¡Ginebra! —La voz de Lorenzo llegó a mis oídos y, por un momento sentí alivio.

Lo vi y vi la furia homicida en sus ojos posados en Brian.

—Lorenzo —suspiré llamando su atención, pero Brian se puso en medio y me aferró a él.

—No me digas que eres la puta de Lorenzo Orlando! —exclamó divertido y escandalizado Brian.

—Déjala, Esposito! —le ordenó Lorenzo acercándose.

—Sube al coche o le disparo una bala en el medio de los ojos. Juro que lo hago! —me susurró Brian a la oreja.

—No, te lo ruego... —le supliqué aterrorizada. Sabía que no bromeaba y Lorenzo parecía estar desarmado. No habría podido defenderse.

Como prueba, Brian cargó el arma, listo para dispararle a Lorenzo.

—Te lo ruego, haré todo lo que quieras, pero no lo lastimes. —susurré sintiendo las lágrimas que caían por mi rostro. No habría podido sobrevivir a la culpa, si el hombre que amaba hubiera terminado asesinado por mi culpa.

De repente, subí al coche sabiendo que mi mundo acababa de hacerse añicos.

LORENZO

Me había sentido morir cuando Sebastián había venido a la habitación 3 a informarme que Brian Esposito había entrado en el local, había reconocido a Ginebra y se la estaba llevando.

De inmediato, había hecho sonar la alarma antiincendios porque había comprendido que, habría corrido sangre si no hubiera internado a tiempo.

Lamentablemente, por la confusión me llevó un poco de tiempo poder salir del Bridge y cuando vi a Ginebra llorando con Brian que la tomaba contra él, habría querido matarlo, pero el miedo de herir a Ginebra me había bloqueado de tomar el arma que tenía en la espalda y disparar.

Había visto un dolor sórdido y profundo en la mirada de Ginebra cuando me había llamado.

Habría querido decirle que iba a estar todo bien, que nunca la habría dejado en las manos de los Rinaldi, porque cuando hubieran descubierto que todo este tiempo se había escondido en la casa de un Orlando, sólo hubiera recibido la pena de muerte como castigo, pero no sin antes haberla torturado para sacarle cualquier tipo de información.

Si quería salvar a Ginebra, habría tenido que hacer cualquier cosa para no dejarle cruzar el río.

Traté de aprovechar el momento cuando ella entró en el coche para tener libertad de acción sobre Brian, pero tuve que escapar de los disparos de él, que tapaban los gritos de Ginebra.

Me escondí detrás de un coche y, mientras el coche salía rápidamente del aparcamiento, disparé también yo.

Herí a Brian en un hombro.

El coche patinó por un momento, pero finalmente se alejó.

Volví a entrar corriendo en el local, donde tomé las llaves de mi BMW.

—Te has vuelto loco? Qué quieres hacer? Harás que te maten! —dijo Jacob, mientras sujetaba a uno de los secuaces de Brian que se habían quedado en el local.

Ni siquiera le respondí. Fui al garaje y salí rápidamente, mientras Jacob respondía a los disparos.

—Demonios! —grité desesperado cuando vi a Brian pasar el Safe River.

Sin pensar en el peligro que corría, entré en la zona este del Rockart City.

Me llevó un poco de tiempo achicar la distancia ya que no conocía las calles, pero sabía dónde estaba la residencia de Edoardo Rinaldi y estaba seguro que Brian no habría perdido tiempo en llevarle su trofeo de guerra a su futuro suegro.

Mi intuición resultó precisa.

Vi el coche de Brian justo mientras el portón de la enorme residencia de los Rinaldi se estaba cerrando.

Detuve el coche.

Había salido corriendo siguiendo a Brian y no me había preparado para enfrentar el peligro

que habría corrido una vez que hubiera entrado en esa propiedad.

Las probabilidades de morir asesinado eran altísimas.

Además estaba solo y, sin guardaespaldas era difícil controlar todo el perímetro.

Intenté analizar la situación, pero mi mente me gritaba que no había tiempo.

Sino intervenía rápidamente, Ginebra habría muerto.

Si sólo intentan hacerle daño, yo...

Ese pensamiento me estaba destruyendo.

Conté las municiones que me quedaban y busqué un lugar accesible desde donde entrar sin ser visto.

Ginebra, te salvaré! Aunque sea la última cosa que haga antes de morir!

GINEBRA

—Eres la vergüenza de la familia! No mereces siquiera llevar mi apellido! —me gritó mi padre apenas puse un pie en casa.

Gracias a la llamada de Brian, toda la familia estaba presente para recibirme a mi regreso.

No esperaba nada de ellos y, de hecho, ni siquiera me saludaron o me dijeron: —Te extrañamos. Estábamos preocupados...

Nada.

Sólo una bofetada de parte de mi madre, que después se puso a llorar, tratándome de prostituta, después de que Brian les había contado que era la protegida de Lorenzo Orlando.

Después, fue el turno de mi padre. Tenía el rostro deformado por una expresión de ira y el fuego en los ojos. Lo mismo que veía en la mirada de Fernando.

—Cómo pudiste unirte con un Orlando? Me das asco —dijo mi hermano indignado—. Nos has ridiculizado. Eres una vergüenza para nosotros!

—Ya no mereces formar parte de nuestra familia! —dijo mi hermana Rosa—. ¡Incluso me has robado!

—No te falta el dinero —dije decidida a no dejarme insultar.

—Cómo te permites hablarle a tu hermana de ese modo? —se enojó nuestra madre.

—Cómo se permiten tratarme así! Escapé precisamente por eso y ahora regresé, pero el comportamiento que tienen sólo me confirma lo bien que hice en irme. Llegué al Bridge disfrazada, pero Lorenzo supo de inmediato que estaba mintiendo. Y nunca intentó ponerme las manos encima e, incluso me defendió de un abusador.

—Estás defendiendo a un Orlando en ésta casa? —gritó sorprendido mi padre.

—Matémosla! —se enfureció mi hermano.

—Fernando, cálmate. Es siempre tu hermana —lo puso en su lugar mi madre.

—No, para mi ella está muerta desde el momento en el que atravesó el Safe River.

—No entiendo... Lorenzo Orlando sabía o no quién eres? —intentó comprender mi padre.

—Lo descubrió luego

—Y no te mató?

—No lo tomó bien, pero no me hizo nada.

—Ni siquiera te echó?

—No

—Entonces cómo hiciste? Qué información has intercambiado para salvar la vida? —dijo mi padre con los ojos bien abiertos y la mandíbula contraída.

—Ninguna información. Él nunca me hizo preguntas y yo nunca se las hice a él.

—No me mientas! —gritó mi padre, dándome una segunda bofetada que me hizo casi caer al piso.

—Te lo follabas, verdad? —se entrometió Brian.

—Yo lo amo —revelé para el desconcierto general.

—Amar a un Orlando es una abominación —susurró sorprendida mi hermana.

—No se han casado y te hizo firmar papeles o... —se preocupó de inmediato mi padre.

—No —me apresuré a responder.

—Tú tienes que casarte conmigo —se agitó nuevamente Brian.

—Claro, de lo contrario cómo harás para pagar tus deudas con los Orlando? —lo provoqué haciendo que sus ojos casi se salieran de sus órbitas. No se esperaba que yo supiera la verdad!

—Qué demonios estas diciendo?

—Brian no tiene nada que ver con los Orlando —intervino Fernando.

—Entonces cómo es que siempre es bien recibido cuando va a divertirse al Bridge? No me habías dicho que los Rinaldi y sus fieles no podían poner un pie en el Rockart City Oeste sin ser asesinados.

—Incluso si Lorenzo Orlando se ha separado de su familia, siempre es un Orlando y su local está fuera de los límites para nosotros.

—Entonces, cómo hizo Brian para entrar, tomarme e irse?

—Me dispararon! —me recordó Brian, mostrándome la herida en el hombro.

—Pero todavía estás vivo —dije con calma. No sabía qué me podría ocurrir ahora, pero quería sembrar dudas entre la familia y Brian.

La expresión perpleja de mi padre me hizo entender que lo estaba haciendo bien.

—Brian, si Ginebra dice la verdad...

—No es así. Sólo los está manipulando para que se anule nuestro matrimonio!

—Yo nunca me casaré contigo! —dije con furia.

—Claro que si lo harás —se irritó Brian.

Quería destruirlo como él había hecho conmigo, llevándome a casa.

Estaba por contar toda la verdad sólo para perjudicarlo delante de mi padre, cuando escuché disparos desde el interior de la villa.

Lorenzo!

La idea de que estuviera detrás de ese tiroteo hizo que me faltara el aire.

Con el corazón que parecía explotarme en el pecho, corrí junto con mi familia hacia el lugar del estruendo.

Llegamos al salón central y me sentí morir cuando vi a Lorenzo que luchaba con tres guardias. Tenía el rostro herido y perdía sangre de la boca y una ceja.

—Ese es Lorenzo Orlando! —comprendió mi padre sorprendido.

Intenté intervenir, pero Brian me bloqueó.

Cuando vi a mi hermano sacar un arma, grité para detenerlo, pero fue inútil.

Salió un disparo y la bala atravesó la pierna derecha de Lorenzo.

De repente, él cayó al piso de rodillas y los tres guardias lo apresaron, atándole las muñecas.

Creí volverme loca.

Fuera de mí, golpee a Brian con toda la fuerza que tenía en el cuerpo y me coloqué entre Fernando y Lorenzo antes que disparara de nuevo.

—Muévete —dijo furioso mi hermano.

—No! No lo mates, te lo ruego. No hizo nada.

—Te doy tres segundo para quitarte del medio, después te mato a ti y luego a él —me advirtió Fernando, cargando el arma.

Miré los ojos oscuros de mi hermano. Estaba serio y tenía una luz siniestra que me daba a entender que estaba verdaderamente dispuesto a llevar adelante su amenaza.

—No lo dices en serio!

—Tres... Dos... —comenzó a contar.

—Ginebra, muévete —escuché la voz de Lorenzo. Me di vueltas hacia él por un instante—. Estará todo bien —me dijo en voz baja, pero sabía que me estaba mintiendo. Podía sentir su dolor porque había entendido que se había acabado y no quería que me sacrificara por él.

—No dejaré que te mueras —le dije cayendo delante a él y abrazándolo fuerte. Lamentablemente, él no pudo hacerlo porque tenía las manos atadas y un guardia me quitó de ahí, volviéndome a poner de pie, lejos de Lorenzo.

—Papá, te lo ruego. Haré cualquier cosa pero te lo suplico, no lo mates. Perdónalo por esta vez y yo te aseguro que Lorenzo no volverá a poner un pie en el Rockart City Este.

—Quiero saber por qué vino hasta aquí. Y no me digas que es para salvar a mi hija de mí.

Mi padre era muy desconfiado, sin escrúpulos e insensible como para entender el amor y lo que se está dispuesto a hacer cuando se ama a alguien. Sin embargo, entendía el valor de la familia, incluso si conmigo siempre había actuado mal.

—Estoy embarazada —improvisé—. Lorenzo no está aquí por mí, sino por su hijo —exclamé, llevándome las manos al vientre.

—Qué coa?! —gritaron en coro mi padre y mis hermanos, mientras mi madre se sentaba en un sofá antes de perder el sentido.

—¡La sangre de los Rinaldi no debe y no puede mezclarse con la de los Orlando! ¡Eres la deshonra de la familia! —gritó furioso mi padre después de recuperarse del shock.

—Renuncia a matar a Lorenzo y yo renuncio a este niño. Por favor papá. Sólo te pido eso. Haré lo que sea —le supliqué sin poder contener las lágrimas.

—Necesito pensarlo. Una cosa es clara: nunca permitiré a tu hijo, que lleva la sangre de los Orlando, heredar el imperio de los Rinaldi!

—Renunciaré a todo! Te lo juro!

—Eso es seguro! Guardias, llévense a este infame! Luego pensaré qué hacer con él. Ahora tengo algo más importante en que pensar. Tengo un imperio que salvar de las fechorías de mi hija! —decidió mi padre para mi enorme alivio.

Claro, Lorenzo todavía no había sido liberado, pero mientras tanto estaba a salvo y yo tenía tiempo para encontrar una solución.

Intenté acercarme una vez más a él, pero apenas mi mano tocó su abrigo, fui arrastrada hacia la parte opuesta.

—Lorenzo! —lo llamé, pero para mi sorpresa él no me miró. Era como si hubiera querido borrarne de su vista, pero yo estaba segura que era el dolor lo que lo hacía débil y distante.

Estaba demasiado exhausta y conmocionada para pensar y entender que Lorenzo acababa de recibir otro golpe en el corazón por lo que había dicho.

GINEBRA

Creí que me estaba volviendo loca.

Estaba desesperada y me sentía impotente.

Después de que se habían llevado a Lorenzo, había rogado y suplicado a mi padre que lo dejara ir.

Había llorado y gritado hasta quedarme sin voz, pero todo había sido inútil.

Me habían llevado por la fuerza por dos guardias y, encerrado en la habitación que tenía cuando vivía en la villa.

Se me prohibió salir de la casa e ir al jardín o a mis viejas dependencias, sin un guardia a mi lado.

Se me había confiscado el celular y siempre había alguien que me seguía con las videocámaras de vigilancia, que había en toda la propiedad.

Tuve que esperar todo un día para poder hablar de nuevo con mi padre.

Un día en el que me pareció que moría lentamente con la sola idea de lo que le estaba haciendo a Lorenzo.

Lo habían curado o lo habían golpeado? Todavía estaba vivo? Le daban de comer o beber?

Miles de preguntas llenaban mi cabeza y no tenía a nadie con quien hablar, ya que todos rechazaban dirigirme la palabra.

Intenté llamar desde el teléfono de la casa, pero me habían atrapado de inmediato.

De todas formas, a quién hubiera podido llamar?

A Maya se le había prohibido tener contacto conmigo.

La policía? Toda la policía de Rockart City Este era corrupta y recibía sobornos de mi padre.

El alcalde? Él podía ser la solución ya que era ajeno a mi familia después del decreto de emergencia de la Casa Blanca, pero sabía que no hubiera levantado un dedo en contra de los Renaldi o de los Orlando sino quería morir.

Me llenaba de amargura saber que mi ciudad era la única que tenía un alcalde nombrado por la Casa Blanca, después de las decenas de renuncias y homicidios entre quienes habían ocupado el lugar de primer ciudadano.

Durante años el rol de alcalde había sido ocupado alternativamente por un Rinaldi o por un Orlando y, todas las veces terminaba asesinado por la familia adversaria u obligado a renunciar sino quería que le pasara algo horrible.

El clima de terror era tan fuerte que finalmente, la Casa Blanca nos había quitado el derecho de nombrar a nuestro alcalde, pero ni siquiera así habían mejorado las cosas.

Las dos familias nunca habían osado asesinar a quien tenía ese rol para no enfrentarse al Presidente, pero a su vez ningún nuevo alcalde había tenido el coraje de ir contra los Rinaldi o los Orlando. Por lo que era una figura fantasma en nuestra ciudad. Un personaje sin poder y

con la única finalidad de sobrevivir hasta el final de su mandato.

Más sola que nunca y desesperada, había terminado por aceptar esa situación y aparentemente no hacer nada, hasta que mi padre no me hubiera hecho llamar.

—Firma estos papeles —dijo mi padre apenas puse un pie en su oficina.

—De qué se trata? —pregunté tomando un bolígrafo.

—No eres digna del nombre que llevas. Has deshonrado a nuestra familia y con estos documentos evitaré que tu cruel comportamiento pueda dañarnos a todos y a la herencia de tus hermanos.

—Me estás desheredando? —comprendí mientras hojeaba los papeles.

—Te estoy quitando cualquier posibilidad de acceder a tu parte de la compañía, a la que habrías tenido derecho estando casada. Agradece a tu madre que no te quito también el apellido.

Con gran alivio, firmé con gusto esos documentos.

—Veo que la cosa te divierte —se dio cuenta mi padre muy irritado. Estaba seguro que le habría suplicado para no perder mi porción de la herencia y mi patrimonio.

—Me quitas una carga de encima. Sé que para ti es incomprensible, pero para mí tu dinero no vale nada. Me mudaré, buscaré un trabajo y...

—No será así. Pronto te casarás y...

—Qué cosa?! —lo interrumpí sorprendida.

—Ginebra, no te permitiré embarrar a nuestra familia con un embarazo fuera del matrimonio. Brian dijo que estaba dispuesto a casarse contigo de todas formas y a reconocer al niño como suyo.

—No lo puedo creer...

—Tampoco yo, de verdad. Estaba convencido que te habría obligado a abortar antes del matrimonio, pero cambió de idea y me ha llamado esta mañana suplicándome que no empeorara la situación.

Me puse a reír.

Brian era muy tonto y estaba en una situación bastante delicada como para no haber entendido que podía usar al hijo de Lorenzo, para salvar el pellejo con los Orlando cuando hubieran descubierto lo que había sucedido con Lorenzo.

—Después de los documentos que recién firmé, te puedo asegurar que Brian desaparecerá y no lo volverás a ver.

—Qué demonios estas diciendo? —se enfureció mi padre.

—Estoy diciendo que estás tan ciego por tu deseo de tener una salida al mar en el oeste de la ciudad que no te has dado cuenta que Brian sólo te está usando.

—Y tú qué sabes?

—Escuché algunas cosas... —suspité con una sonrisa enigmática en los labios. Sentía que estaba a un paso de liberar a Lorenzo.

—Cuáles cosas?

—Depende. Que estás dispuesto a darme a cambio de esta información?

—Me estas chantajeando? Soy tu padre!

—No, *eras* mi padre —le dije mostrándole los documentos que había firmado.

—Te permitiré que conserves al niño —me concedió con un esfuerzo notable.

—No estoy embarazada —revelé encogiéndome de hombros.

—Tú, maldita mentirosa... me has mentido

—Si no lo hubiera hecho, ahora Lorenzo y yo estaríamos muertos.

—Qué quieres?

—Quiero que liberes a Lorenzo.

—Jamás! —gritó, dando un puñetazo en la mesa.

—Entonces olvídate de esta información.

—Maldita insignificante. Crees que puedes chantajearme y salir impune? Incluso si eres mi hija, no te permitiré que juegues conmigo. Ahora me dices todo lo que sabes o ese bastardo de Lorenzo Orlando morirá antes del anochecer —gritó fuera de sí mi padre. En ese momento entendí cuánto podía ser peligroso mi padre y que un motivo había, si había podido aterrorizar a media ciudad.

—Te ruego, no lo mates —le supliqué con un hilo de voz.

—Todo depende de ti y de lo que me digas —ahora él me estaba chantajeando a mí.

—Juré que nunca diría nada.

—Habla, si quieres volver a ver con vida a tu enamorado —me amenazó.

—Ok... Lorenzo se separó de su familia, por lo que no sé nada de los Orlando, pero Brian fue dos veces al Bridge y siempre fue tratado como un amigo. Lo escuché alardear con Lorenzo y él me dijo que Brian fue atrapado contrabandeando la misma mercadería que Salvatore Orlando y, que ahora tenía que pagar su error. Fue la familia Orlando la que le pidió que se acercara a ti y que hicieras que nos casemos. Él prometió ceder a Salvatore Orlando la parte de su sociedad que habría obtenido con nuestro matrimonio —revelé, haciendo que mi padre empalideciera—. Tú habrías tenido el muelle, pero en realidad la administración fue confiada completamente a los Orlando. Esposito sólo tiene la propiedad, pero no el control de la zona y tú te hubieras quedado con un puñado de moscas en la mano.

—Yo... yo no te creo —murmuró sorprendido mi padre aunque si sabía muy bien que había creído en cada palabra que le había dicho.

—Te alcanzará con decirle que me has desheredado y que casándose conmigo no recibirá su parte de la sociedad y el lugar en el Consejo de Administración. Estoy segura de que cancelará todo. Si después quieres darle el golpe de gracia, dile que no estoy embarazada y que no habría ningún niño que lo proteja de la ira de los Orlando.

—Quién me asegura que no me estas mintiendo de nuevo para salvar a ese hombre?

—Pregúntale personalmente

—Lo haré.

—Prométeme sólo que no le harás daño.

—Depende de cuánto colabore.

—Papá te lo ruego, es un Orlando y tú eres un Rinaldi. Jamás colaboraré.

—Peor para él. —Dijo con malicia mi padre.

—Quiero verlo! —pedí decidida a darle un poco de alivio a mi alma.

—No

—Hice todo lo que has querido. Firmé los documentos, rompí un juramento...

—Prometí no matarlo, no que lo verías

—Quién me asegura que no lo has matado? —le agredí por la desesperación y el miedo.

—Nadie.

—Haz que lo vea. Aunque sea por cinco minutos. Me lo debes.

—Yo no te debo nada! —se enojó aún más.

—Por favor. Haré lo que quieras —le rogué sintiendo las lágrimas que corrían por mi

rostro.

—Quiero que te olvides de él. Para siempre.

—De acuerdo —concedí secándome las lágrimas.

—Está bien. Te llevo donde está él, pero si veo algo que me haga sospechar de ti, lo mato.

Asentí. La mirada inquisidora de mi padre me detuvo de hacer o decir cualquier cosa.

Sabía que esa concesión no era el resultado del amor paterno, sino sólo una prueba para saber si lo había traicionado o no.

GINEBRA

Lorenzo, estoy llegando.

Seguí a mi padre.

Me sequé las lágrimas y de repente encontré la fuerza y la determinación para encontrar una estrategia válida para sacar a Lorenzo de allí.

Miré a mi alrededor y con sorpresa vi a mi padre ir hacia la cocina. Fue directo hacia la cámara frigorífica y la despensa.

Nunca había estado allí.

Al final de la habitación, había una puerta custodiada por un guardia que se apartó apenas vio a mi padre.

Nos abrió la puerta con la llave que tenía en uno de los bolsillos.

Entramos y bajamos varios escalones.

El aire helado y rancio, como si estuviéramos en una cantina, me penetró hasta los huesos.

Me estremecí y noté que no había más cámaras de vigilancia.

Lo que sucedía ahí abajo no tenía que ser grabado, por lo que se veía.

Entonces existen los secretos del castillo que siempre me había imaginado...

Entramos en un hueco en la piedra hasta el final, donde había tres puertas.

Sólo una de ellas era vigilada por dos agentes.

También en este caso, sin decir una palabra, los dos agentes se hicieron a un lado y abrieron la puerta.

Tuve que contener la respiración para no gritar o enfermarme frente al escenario que apareció ante mis ojos.

La habitación estaba sucia y maloliente.

Lorenzo estaba inconsciente, atado a una silla con cadenas y dos candados.

Había sido golpeado salvajemente y había perdido mucha sangre, por las marcas a sus pies.

La herida en la pierna apenas había sido vendada, pero el vendaje estaba sucio de sangre y polvo.

—Tienes visitas —le dijo un guardia, dándole una patada en la pierna herida.

Sólo el gemido de dolor de Lorenzo me hizo intuir que todavía estaba vivo.

—Como puedes ver, hija mía, lo estamos tratando bien —me provocó mi padre decidido a hacerme ceder y a destruir la aparente frialdad que usaba como escudo.

—Si, papá —me limité a decir.

Fue precisamente mi voz la que llamó la atención de Lorenzo que de repente abrió los ojos, pero apenas su mirada ámbar se posó en mí, sentí que me faltaba la tierra bajo mis pies.

Vi sólo un odio profundo y una insaciable sed de venganza en sus ojos.

Lorenzo nunca me había mirado de ese modo. Era como si me hubieran arrebatado del alma, la última pizca de esperanza de ser feliz.

—Ahora que lo has visto, puedes irte, Ginebra. Necesito estar a solas con el querido Lorenzo. Hay un par de cuestiones que quisiera aclarar —me avisó mi padre, dando una señal al guardia de que me sacara de allí.

Hubiera querido correr hacia Lorenzo y liberarlo, abrazarlo, besarlo, curarlo y decirle que lo amaba tanto y que habría hecho cualquier cosa por él, pero no podía.

Sabía que un paso en falso le habría costado la vida y, no me lo hubiera perdonada por el resto de mis días.

Por miedo de ponerme a llorar o de hacer algo equivocado que hubiera hecho sospechar a mi padre, me limité a asentir y salí de la habitación, escoltada por un agente.

Estaba por abandonar la cocina cuando vi al chef llamar a mi escolta.

—Charlie, los sándwiches están listos. Se los llevas tú a los demás? —le dijo el cocinero, indicando una bandeja llena de hamburguesas y una jarra con agua con gas.

—Sí, llevo a la señorita Rinaldi a su habitación y luego voy

—No, espera. Yo también tengo hambre y quiero comer! —improvisé, sintiendo que una luz se encendía dentro de mí—. Durante estos días no han hecho otra cosa que llevarme comida desagradable. Ahora quiero mostrar lo que significa cocinar de verdad.

—No se le permite estar aquí.

—Pregúntale a mi padre! Estoy segura que no me prohibirá prepararme una tarta de verdura o una ensalada de tofu! —me enojé pretendiendo enfado y arrogancia.

Al final tuve que esperar a mi padre y, sólo después de haber aceptado ser vigilada por un camarero y un guardia, además de la prohibición de tocar cuchillos, tuve la autorización de quedarme en la cocina.

Cociné todo el día, haciendo una receta tras otra.

Tener algo que hacer calmaba la ansiedad que me sofocaba cada vez que pensaba en Lorenzo y, en lo que le estaban haciendo.

Además había entendido como funcionaban los turnos y las comidas de los guardias.

Al mediodía y a la siete de la noche se preparaban sándwiches y ensaladas para los que terminaban el turno tres horas después.

También supe que uno de los guardias de Lorenzo era celiaco y que el empleado de vigilancia de la habitación donde se grababan los videos era alérgico, por tanto su sándwich era con atún en lugar de carne de res. Tuve que esperar dos días para poder encontrar la forma de liberar a Lorenzo sin llamar la atención.

Tenía las horas contadas y sabía que de todas formas mi padre había obtenido lo que quería, por lo que era cuestión de poco tiempo antes de que se deshiciera de Lorenzo.

Esperé la noche en la que toda la familia se reunió junto con otros miembros del Consejo para discutir sobre las últimas novedades y sobre qué hacer con Brian, ahora que se había conocido la verdad.

En la cocina había mucho movimiento y yo me quedé allí para preparar algunos platos elaborados para los huéspedes, incluso si sabía que el chef nunca los hubiera llevado a la mesa.

Puse una olla en el fuego para cocinar los ñoquis de papa que había preparado.

Cociné como siempre, sin levantar sospechas de los guardias y la camarera, que me controlaban.

Después fui a colar los ñoquis rápidamente, ya que era un estorbo para los demás

empleados.

Salió muchísimo vapor y en la confusión me puse a gritar, fingiendo que me había caído agua hirviendo en la mano.

—¿Qué sucede? —intervino de inmediato la camarera.

—Me quemé! No lo ves, estúpida? Ve de inmediato a buscar una venda y algo para el dolor —grité quejándome, sosteniendo la mano derecha bajo el agua fría como si buscara alivio.

En un instante la mujer corrió a buscar el botiquín de primeros auxilios.

Una afuera!

—Déjeme ver la quemadura —se acercó el guardia.

—Dios mío, no ves que estás en el medio del camino! —grité como una histérica, haciéndole ver el paso de los camareros que tenían que servir los platos.

Había mucho movimiento porque había veinte personas para servir y mi accidente había demorado por un momento todas las órdenes.

El guardia se alejó y fue a buscar a la camarera, buscando el botiquín de primeros auxilios.

Aproveché esa pequeña oportunidad para acercarme a los sándwiches, que pronto se prepararían con las hamburguesas para los guardias.

Tomé del bolsillo los somníferos de mi madre, que había pedido el día anterior para mi insomnio fingido.

Lo había triturado con cuidado y rápidamente lo distribuí en los sándwiches que iban a comer los guardias de Lorenzo y por el tipo en la sala de video vigilancia.

Apenas tuve tiempo porque llegó la camarera.

Dejé que me pusiera la crema para quemaduras en la mano y una venda.

Había visto la mirada escéptica de la mujer mientras me curaba la mano, mínimamente enrojecida por el calor, pero no osó decir una palabra.

Para el resto, todavía era la hija del jefe y no estaba bien contradecirme sino se quería perder el trabajo.

—Gracias. Te ocupas tú de los ñoquis? No quiero seguir cocinando —propuse preocupada.

—Claro, señorita

—Yo me quedaré aquí para controlar que no arruines la salsa —le dije buscando una excusa para quedarme. No habría dejado la cocina hasta que los sándwiches con el somnífero no hubieran llegado a los interesados directos.

Faltaba más de una hora para que eso pasara, pero me quedé tranquila e incluso el guardia se permitió distraerse.

—Voy a dormir. Estoy cansadísima —le informé a los presentes cuando vi los sándwiches salir hacia sus destinos.

Como siempre, apenas salí de la cocina, el guardia se despidió y yo me dirigí a mi habitación.

Me quedé en la cama por media hora antes de bajar de nuevo con la excusa de tener hambre.

Fui a la cocina.

Vi que nadie me seguía y nadie me prestaba atención.

De todas formas, estaban acostumbrados a verme allí y nadie había notado que estaba allí sola.

Sin ser vista, me dirigí hacia la despensa donde encontré al guardia al lado de la puerta hacia los sótanos, dormido en una silla.

Miré a mí alrededor para ver si alguien me estaba observando, pero estaba sola.

Tomando coraje por la idea de que también en la sala de vigilancia el agente ya se había dormido, tomé las llaves del bolsillo del hombre y abrí la puerta.

Me puse a correr velozmente hacia las escaleras, sintiendo la adrenalina correr por las venas.

Cuando llegué al final, camine más lentamente hasta que no vi a los dos guardias tirados en el piso, delante de la celda de Lorenzo.

Agitada y asustada pero llena de coraje y fuerza, tomé las llaves del bolsillo de los hombres y abrí la puerta después de varios intentos.

Lorenzo estaba exactamente como lo había dejado dos días antes, pero las heridas en su cuerpo habían aumentado. Y también la sangre en el piso.

—Lorenzo! —susurré en voz baja por miedo de despertar a los guardias—. Lorenzo, soy yo, Ginebra. Te lo ruego, despiértate... Tenemos que irnos, antes que mi padre...

—Tu padre, eh? —me interrumpió abruptamente, levantando la cabeza y clavándome su mirada feroz.

—Lorenzo, te lo ruego.... Te explicaré todo, pero tenemos que escapar ahora —respondí incapaz de enfrentarlo en ese momento.

Con las llaves más pequeñas abrí los candados.

Habría querido abrazarlo y besarlo, pero su mirada cargada de odio me paralizó cuando intenté acercarme.

LORENZO

No soy la Ginebra Rinaldi que crees.

Cómo había podido ser tan ciego y estúpido como para no entenderlo?

Sin embargo, había intuido de inmediato que Ginebra me habría traído problemas. Sentí cómo mis sentidos se ponían en alerta cuando la había encontrado en mi local y, peor aún cuando me había pedido quedarse algunos días.

Estaban todas las señales, pero yo no había querido escucharlas.

Había preferido mirar a otra parte y volverme sordo de frente a sus mentiras y medias verdades.

Había decidido que mi desconfianza se debía a la educación que había recibido de mi padre.

Había ignorado mi instinto infalible y las advertencias de Jacob.

Después de todo, para qué?

Por una mujer que había usado mis debilidades y mis sentimientos para hacerme pedazos.

Había sido de verdad muy hábil al manipularme, en dejarme siempre alguna duda de manera que no llegara nunca a la verdad.

Sin embargo, había entendido la verdad!

Pero después llegaba ella con su falsa fragilidad y su falso amor, como Judas.

Sí, me había dejado manipular como un títere!

Y ahora estaba por pagar con la vida, mi error.

Sin embargo, lo que me resultaba insoportable no era tanto la muerte, sino el dolor que sentía por esa traición.

Cada vez que volvía a pensar en Ginebra que corría hacia mi cuando me habían capturado, sentía latir el corazón furiosamente, desesperado porque sentía que habría podido salvarla, pero después ella había pronunciado esa palabra, *papá*, y de repente era como si en mi pecho se hubiera apagado la luz.

Ni siquiera había podido mirarla a la cara porque estaba demasiado sorprendido y sus gritos con los que pedía liberarme y me llamaba se habían apagado, tan lejos y sin sentido como para hacerme creer que había perdido el sentido. Sólo el dolor en la pierna me había hecho entender que todavía estaba perfectamente consciente.

Me llevó un día darme cuenta de la situación y la cosa más cruel era que, a pesar de todo, todavía creía en Ginebra.

Sí, una parte de mi todavía confiaba en ella y quería creer que la historia del embarazo la hubiera inventado para ganar tiempo, pero después...

La había mirado y en su rostro no había siquiera un poco de dolor o compasión. No había dicho una palabra y se había quedado junto a su padre todo el tiempo.

Fue su cercanía lo que me hizo darme cuenta de lo mucho que se parecían entre sí.

De verdad eran padre e hija.

Había sentido cómo regresaba la traición a quemarme más fuerte que antes y, cuando Ginebra había sido escoltada hacia afuera y Edoardo Rinaldi había venido hacia a mí para decirme que lo que le había contado la hija sobre Esposito, rompiendo su juramento, entendí que era verdad: Ginebra no era la mujer que creía que era.

No, ella era un monstruo que no había dudado en usarme y golpearme donde más me dolía.

Había amado una ilusión y eso me destrozó.

Habían pasado dos días y, a pesar de los golpes y maltratos que sufrí, la única cosa en la que podía pensar era en Ginebra.

Ya no creía en nada.

Me pregunté si de verdad estaba embarazada y, si lo estaba, de quién era el hijo. No mío, ya que siempre había usado preservativo.

Todavía estaba perdido en mis pensamientos, alternando con las punzadas de dolor, con el hambre y las heridas cuando escuché que se abría la puerta de mi prisión.

No esperaba encontrarme de frente a Ginebra.

Estaba muy agitada y asustada, pero decidida a obtener lo que quería.

Dejé que lo hiciera, pero la fulminé al instante con la mirada cuando intentó sonreírme y abrazarme.

—Puedes caminar? —me preguntó dudando, sosteniéndome con un brazo e intentando tocarme lo menos posible.

Sentía mucho dolor y no tenía fuerzas, pero con la ayuda de Ginebra pude levantarme y caminar hasta la salida, donde encontré a dos guardias tirados en el piso. Parecían dormidos.

Era posible que Ginebra hubiera podido drogar a sus agentes?

Por qué quería salvarme?

Dudaba que actuara así por el cargo de conciencia.

—Tenemos que pasar por la cocina pero nadie debe vernos —me explicó, pero la detuve.

En las condiciones en la que estaba, todos se habrían dado cuenta.

—Tengo una idea —la detuve comenzando a desvestirme.

—Qué haces? No hay tiempo! —se preocupó ella, pero yo ni siquiera la escuché.

Desvestí al guardia más parecido a mí y tomé su ropa y su pistola.

Mientras tanto, Ginebra tomó un pañuelo del bolsillo y lo mojó con agua de una botella.

—Sólo quiero limpiarte las heridas —me explicó viendo mi expresión cuando la vi acercarse a mi rostro.

Dejé que lo hiciera.

—Dios mío, cómo estas —susurró con la voz rota y los ojos húmedos de lágrimas.

—No me toques —dije nervioso por su falsedad. De verdad pensaba que habría creído una vez más en sus lágrimas?

Tomé bruscamente el pañuelo de sus manos, me limpié el rostro rápidamente y después la seguí por un largo corredor.

Caminaba con dificultad con la pierna herida, pero me negué dejarme ayudar por esa serpiente, venenosa e hipócrita.

Cuando llegamos al piso superior, encontré otro guardia narcotizado, sentado en su silla.

—Sígueme como si fueras mi escolta. Mi padre siempre pone una persona a seguirme cuando doy vueltas por la casa, por lo que nadie te prestará atención —me explicó en voz baja.

Sin decir nada, pasamos por la cocina y, de hecho, nadie nos prestó atención.

Después vi a Ginebra dirigirse hacia el exterior.

De inmediato, un guardia nos bloqueó.

—Tengo que ir al ginecólogo a abortar... O mi padre no te lo dijo? —exclamó con voz irritada y molesta, Ginebra.

—Voy yo con ella —me interpose tomando a la muchacha por el brazo y arrastrándola hacia el garaje, antes de que el agente hiciera más preguntas.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no tropezar por el dolor en la pierna.

Encontramos de inmediato un conductor ocupado puliendo el capó de un Maserati.

Habría tenido que matarlo, pero el ruido del disparo habría llamado demasiado la atención.

Intenté no mirarlo demasiado a los ojos, entré en el coche y, para mi sorpresa, vi a Ginebra hacer lo mismo.

Estaba por decirle que habría podido hacerlo solo y que podía irse, pero apenas mis ojos se posaron en los suyos, sentí de nuevo las punzadas en el estómago.

Lo mío era hambre.

Hambre de venganza.

Permanecí en silencio e hice que el auto partiera.

En un instante el conductor se puso delante, impidiéndonos salir.

Aceleré.

El hombre no se corrió y finalmente lo choqué, entre los gritos asustados de Ginebra.

En pocos segundos llegamos al portón, donde dos guardias nos hicieron detener.

—Cuando te indique, sal de auto, vas a la cabina de control y oprimes el botón que abre el portón —le ordené de inmediato.

—No puedo. Los guardias me detendrían y... —se preocupó pero yo ya no la escuchaba porque le disparé a la cabeza a los dos, antes que Ginebra terminara la frase.

—Muévete! —le grité para hacerla reaccionar.

Ginebra me obedeció, pero cuando regresó al auto temblaba.

Para oprimir el botón, había tenido que mover al guardia muerto y se había ensuciado una mano con sangre.

—No tenías que asesinarlos —balbuceó sorprendida. Era obvio que no estaba acostumbrada a la sangre.

Por lo que se veía, su querido papito la había mantenido segura y lejos de sus crímenes.

—Eran ellos o yo, señorita Rinaldi —me limité a responder con una mueca sarcástica y ácida cuando la llamé por su apellido.

La idea de tener a mi lado a la hija de Edoardo Rinaldi, un hombre que había exterminado a mi familia, me revolvía el estómago.

Todavía no podía creer que hubiera ido a la cama con ella y que había llegado a confesarle que la amaba.

Por suerte, ese sentimiento había sido borrado de mi corazón en el preciso momento en el que había descubierto la verdad.

A pesar de la pierna herida, apreté el pedal del acelerador hasta el fondo.

Todo el viaje fue una verdadera fuga con tantas persecuciones y disparos por parte del pequeño ejército privado de los Rinaldi.

Esperaba que el hecho de tener a Ginebra a bordo los hiciera ser más cautos, pero por lo que parecía, a Edoardo no le interesaba perdonar fácilmente a su hija y quería arruinarla.

A un cierto punto, respondí al fuego y pedí a Ginebra que sostuviera el volante, pero en ese

momento, una bala atravesó la ventana posterior y golpeó su brazo extendido, haciéndola gritar de dolor.

"Joder" gruñí, volviendo a tomar el mando. "¿Estás bien?"

—Nunca terminará, verdad? —se puso a llorar Ginebra, tomándose el brazo con la mano para detener la hemorragia de sangre.

"¡La culpa es tuya! ¡Tú eres quien inició todo esto! —le grité con rabia.

Sí, estaba furioso.

Furioso porque no pude deshacerme de mis perseguidores.

Furioso porque Ginebra había sido baleada.

Pero sobre todo, furioso porque sentía que ella todavía me importaba.

—Lo sé —apenas me susurró, recostándose en el asiento para escapar de los disparos.

Por suerte, en un determinado momento, a dos kilómetros del puente, vi venir hacia nosotros uno de los coches negros con hombres que se asomaban por la ventana, quise disparar a mis seguidores.

Reconocí a Sebastián entre uno de los conductores.

Apenas lo alcancé, sentí su voz.

—Escapa! Nos ocupamos nosotros de esto

—No quería esto. Lo juro. Yo... yo no creía que habría pasado todo esto... Fui una estúpida —susurró Ginebra cuando vio a las dos facciones encontrarse y destruirse delante a nuestros ojos.

Sabía que muchos iban a morir en ese lugar y que lo que sucedería tendría terribles consecuencias para nuestras familias.

Volví a acelerar aún más y sólo cuando atravesé el Safe River, me sentí finalmente seguro.

Aparqué delante al Bridge.

Suspiré aliviado.

Finalmente había vuelto a casa.

Y estaba vivo.

Gracias a...

No, estaba vivo y nada más.

No habría vuelto a permitir a esa mujer que tuviera un lugar en mi mente.

Ginebra me siguió.

Ella estaba alterada y molesta, pero ella también, tan pronto como pasamos el puente, sonrió feliz.

—Lorenzo! —gritó eufórico Jacob corriendo a abrazarme.

—Ginebra! —exclamó aliviada Mariela yendo a su encuentro.

—Están a salvo. Cómo han hecho? —me preguntó Jacob—. Recién supimos del tiroteo en el Rockart City Este, Sebastián ha movilizado todos los hombres disponibles. Estaba convencido que habías sido tú quien había causado el alboroto y quería ayudarte.

—Pude escapar con un poco de suerte.

—No sabíamos cómo hacer para liberarte. Nadie nos podía decir si todavía estabas vivo y...

—Jacob, se terminó.

—Sí. No tienes idea cuánto estaba preocupado. Llegué incluso a... —me estaba diciendo, cuando escuché a Mariela gritar alterada.

—Esos bastardos! Cómo pudieron dispararle a mi pequeñita!

—Es sólo una herida superficial —intentó calmarla Ginebra.

—Te llevo a tu antigua habitación y te curo la herida —dijo de inmediato Mariela.

—No! —la detuvo severa—. ¡Ginebra ahora tendrá la hospitalidad que se merece!

—¿Qué quieres decir? —se entrometió Jacob preocupado.

—Digo que la habitación en el piso de abajo es la ideal para ella.

—¿Esa habitación?

—Sí, esa —confirmé—. Acompaña tú a nuestra huésped. Yo, mientras tanto voy a cambiarme.

—Estás bromeando? Creía que había sido ella la que te había ayudado a escapar —dijo Jacob incrédulo.

—De hecho es así, pero eso no cambia las cosas. Limítense a seguir mis órdenes y lleva a nuestra huésped a su nueva suite. Como dije, esa habitación es perfecta para la hija de Edoardo Rinaldi.

—Oh mi Dios, de verdad eres la hija de Edoardo Rinaldi? —comprendió estupefacto mi amigo dirigiéndose a ella.

—Sí —declaró ella para el estupor general.

GINEBRA

- Soy la hija de Edoardo Rinaldi —confirmé para el shock general.
- No puede ser... —murmuró Jacob.
- Lo sé. No soy discapacitada y todas las otras tonterías que has escuchado sobre mí.
- Cómo pudiste venir al Bridge sabiendo quién eres! —la agredió Jacob.
- Primero, pregúntate por qué llegué a buscar refugio aquí! Crees que para mí fue fácil dejar a mi familia e intentar escapar?
- Tú eres una Rinaldi! Una heredera! —dijo Jacob.
- Sí, desafortunadamente
- Tú no deberías estar aquí. Esto arruinará todos los acuerdos o tratados de paz.
- No quiero volver atrás
- De hecho, no lo harás —se entrometió Lorenzo con una mirada homicida, apuntándome con la pistola—. Me aseguraré que salgas de aquí sólo dentro de un ataúd
- Lo miré a los ojos y sólo vi odio y una puntada de dolor. Se sentía traicionado y no podía culparlo.
- Sé cómo terminará, Lorenzo. Ambos lo sabemos. Cuando un Rinaldi encuentra un Orlando sólo puede terminar de una manera: con la muerte de uno de los dos. No mentía cuando te dije que te amo y nunca habría podido matarte. No sabes lo que he pasado estos días en que no supe si todavía estabas vivo.
- Cállate! —me gritó Lorenzo, cargando el arma y apuntándome al pecho.
- Mátame, Lorenzo. Desde que has sabido quién soy que lo quieres hacer. O me equivoco?
- duplicué la apuesta. Estaba en pedazos. Había perdido a mi familia y sólo tenía un objetivo hasta ahora, después de lo que había hecho a mi padre. Y ahora, había perdido al hombre que amaba.
- Sin Lorenzo, qué me quedaba?
- Nada!
- Ni siquiera las ganas de vivir!
- Sino lo haces tú, lo hará mi familia —le dije con calma, quedándome quieta con el metal frío de la pistola contra mi piel.
- Edoardo no mataría jamás a sus hijos. Eres la heredera de su imperio y hará cualquier cosa por salvarte —intervino Jacob de nuevo sospechando de mis palabras.
- Cambié mi herencia por la vida de Lorenzo. Fui desheredada y tuve que negociar la vida de Lorenzo todos los días. Primero, con la mentira sobre mi embarazo para ganar tiempo, después con mi renuncia a la herencia y, finalmente rompiendo el juramento revelando a mi padre los planes de Brian Esposito. Todo lo que hice fue para salvarte, Lorenzo
- No volveré a creer en nada de lo que sale de tu boca.
- No te culpo, pero te recuerdo que al final yo te dije la verdad. Tú eres quien no me creyó.

—No, siempre fuiste vaga conmigo. Jamás te escuché decir claramente que eres la hija de Edoardo Rinaldi! —dijo ferozmente Lorenzo.

—Tenía miedo de perderte. Podrás perdonarme algún día?

—Llévensela de mi vista antes que la mate —gritó Lorenzo, rascándose la barba con un gesto nervioso.

—No! —intentó oponerse Mariela asustada, mientras Jacob me tomaba y me llevaba al piso inferior.

—Está todo bien —le dije con una sonrisa—. Ahora ocúpate de Lorenzo. Le han disparado en una pierna y necesita que lo curen lo antes posible. Y dile al chef que cocine sus platos preferidos. Cuando estaba en prisión, no le dieron de comer. Necesita recuperarse y reposar.

Incluso si en ese momento Lorenzo me odiaba, yo no podía dejar de preocuparme por él.

—Créeme, no quisiera hacerte esto —me susurró Jacob a la oreja, llevándome a la cantina de los vinos en el piso de abajo y siguiendo por un corredor hasta una habitación muy similar a la que habían encerrado a Lorenzo en mi casa.

—No te preocupes. Prométeme sólo que te ocuparás de Lorenzo y lo protegerás siempre —le dije.

Jacob me hizo una pequeña sonrisa.

Era la primera vez que me sonreía.

Siempre había sido el más desconfiado dentro del entorno de Lorenzo, pero en ese momento sentía que estaba de mi parte.

Había salvado a su mejor amigo y tenía su reconocimiento.

LORENZO

—Ginebra se queda donde está —repetí por enésima vez a Jacob y a los demás.

—Diablos, Lorenzo, esa muchacha te salvó la vida. Mis fuentes me confirmaron todo lo que dijo y, no bromeaba cuando nos dijo que Edoardo Rinaldi la quiere muerta —se enfureció Sebastián.

—Ha estado sentada en silencio en ese cobertizo durante dos días sin quejarse a pesar de que la mantenemos bajo presión. Nos contó todo lo que sabía y el motivo por el que buscó refugio aquí. Vamos, Lorenzo, esa muchacha era tratada como una marginada por su padre! No la culpo por lo que hizo! Querían incluso obligarla a casarse con Brian!

—Lo sé —suspíré con la cabeza que me latía dolorosamente. Había visto todos los interrogatorios a los que Jacob y Sebastián la habían sometido. Siempre me mantuve a distancia y me había negado a hablarle y a creer en lo que nos había contado.

De todas formas, no podía negar la evidencia.

Todo lo que sabía de Ginebra, ahora tenía un sentido.

Era como si cada pieza del puzle hubiera encontrado su lugar.

Y, sin embargo, no podía olvidar el dolor que había sentido cuando había descubierto quién era.

Una Rinaldi! Nunca habría podido amar a una Rinaldi!

—Si no quieres liberarla, entonces máatala antes de tener a todos tus empleados en tu contra, ya que todos se han encariñado con Ginebra y se oponen a lo que le estás haciendo —me provocó Jacob con un tono desafiante que me hizo poner nervioso. Siempre había sido el más desafiante en las discusiones sobre Ginebra, pero desde que me había salvado, no hacía otra cosa que justificarla y protegerla.

—Crees que no lo haré?

—Demuéstramelo —me desafió dándome su arma.

Tomé el arma en un instante de enojo. Nunca hubiera dejado que quien era mi brazo derecho, jugara conmigo.

Estaba por ir al piso inferior cuando escuché el ruido de un disparo, un grito y vi a Randy correr hacia mí. Estaba aterrorizado y me indicaba la habitación de la prisionera.

Ginebra!

Fue un instante y sentí que la sangre en mis venas se congelaba.

Si le hubiera pasado algo, yo...

Yo hubiera muerto.

Me puse a correr y, cuando llegué al lugar, me recibió la carcajada de un hombre que se divertía disparando hacia Ginebra, que intentaba esconderse pero sin conseguirlo, ya que no había posibilidad de encontrar reparo en la celda de cinco metros por cinco.

—Baja el arma o te disparo —intervine apuntando el arma a la nuca del intruso.

—Se me informó que tienes dificultades en terminar el trabajo y entonces pensé en darte una mano —dijo el hombre sin bajar el arma.

—Me ocupo yo. Esta es mi casa y no eres bienvenido, papá —dije con los dientes apretados, cuando sus ojos ámbar se encontraron con los míos, del mismo color.

—Me voy, pero primero máatala. Es una Rinaldi y la quiero muerta después de lo que te hizo. Jacob me contó todo.

—Vete —dije furioso con él y con mi amigo, que había llegado a pedirle ayudar a la única persona en el mundo a quien no quería volver a ver.

—Conoces la regla entre los Rinaldi y los Orlando, verdad?

—Sí

—Entonces por qué está viva todavía?

—Ella es mía —dije decidido, dejando a mi padre sin palabras por un momento.

—No te estarás enamorando de ella...

—No te interesa.

—Entonces máatala.

—No.

—No?!

—No.

—Lorenzo, te conozco demasiado bien y no me gusta lo que veo —sentenció mi padre entendiendo que había algo fuerte y profundo entre Ginebra y yo, si había decidido protegerla al punto de apuntar una pistola contra él.

—No, papá. Pasaron siete años y no sabes más nada sobre mí y sobre mi vida.

—Eso crees? Crees de verdad que no te tengo vigilado? Crees que yo no sé que amas tanto a esta mujer, como para hacer una locura por ella?

—No es verdad.

—Estás seguro? —me desafió él con un destello de complicidad en los ojos.

—Sí.

—Lo descubriremos de inmediato —me dijo con una sonrisa siniestra, cargando el arma y apuntándola directamente hacia Ginebra.

—Qué quieres, papá? —comprendí. Él nunca hacía nada porque sí.

—La herencia de tu bella, por empezar.

—Fue desheredada. No tiene más nada.

—Otra hija que renuncia a su herencia por la libertad, eh? Ahora entiendo por qué te gusta tanto. Son tan parecidos.

—Baja el arma —le dije feroz.

—Si no puedo tenerla a ella, entonces te quiero a ti.

—Qué dices?

—Vuelve a casa. Retoma tu lugar como mi heredero y, yo te prometo que nadie osará hacerle mal a esta mujer.

—Olvidalo.

—O aceptas mis condiciones o la mato. Ella o yo, Lorenzo. Tu eliges a quien dejar afuera. Tu padre o la mujer que amas?

—Yo no la amo —dije furioso por el ultimátum pero, sobre todo, porque esa frase que había apenas pronunciado era completamente falsa.

—Lorenzo. —La voz de Ginebra era débil e insegura pero me llegó a los oídos—. No

quiero que mates a tu padre por mí. Te lo ruego, baja el arma y deja que mi destino se cumpla. Por mucho que lo quiera negar, seré siempre una Rinaldi y nunca podré ser parte de tu mundo.

—Finalmente, alguien que razona! —exclamó mi padre escondiendo la preocupación que vi en su rostro por un instante. Por lo que se veía, no se esperaba que una Rinaldi lo defendiera.

—Te doy tres segundos de tiempo para irte... —amenacé a mi padre, decidido a poner fin a esa situación. En realidad nunca habría tenido el coraje de matarlo, pero era importante que lo creyera así o era el final de Ginebra.

—Tres. Dos. Uno... No! —grité cuando vi salir una bala hacia Ginebra. No creía que mi padre, de verdad hubiera tenido el coraje de disparar.

Por instinto, Ginebra se tiró al piso y yo corrí hacia ella para ver donde la había herido.

—Ginebra! —grité sintiendo que el corazón me latía como un loco en el pecho.

—Estoy bien —me susurró temblando y pálida.

La abracé como si pudiera proteger todo su cuerpo y borrar todos esos recuerdos de su mente.

—Imaginaba que habías tomado una decisión —me dijo mi padre antes de salir—. Te doy un mes de tiempo para tomar las riendas del imperio de los Orlando.

Respiraba con dificultad por el miedo que había sentido, pero estaba lo suficientemente lúcido como para entender que mi padre había errado intencionalmente la mira. Él era un tirador excelente y jamás hubiera errado su disparo si así lo hubiera querido. Era una advertencia, un modo para obligarme a decidir.

Y había funcionado.

En ese momento, habría hecho cualquier cosa, incluso vender mi alma, para salvar a Ginebra.

Por qué?

Porque la amaba. Locamente. Tanto como para no imaginar mi vida sin ella.

GINEBRA

—No quiero que tomes el lugar de tu padre por mi culpa —dije después de que Lorenzo me liberó y me llevó a su apartamento.

—No tengo opción.

—Si la tienes. Yo me iré. Desapareceré de tu vida y no tendrás que preocuparte por mí. — Después de todo lo que había pasado Lorenzo, no lo habría arruinado haciéndole llevar la vida que había rechazado hacía siete años.

—Ah, sí? Y dónde quieres ir? —me preguntó casi divertido. No creía una sola palabra de lo que le había dicho.

—A cualquier parte, siempre que esté lejos de aquí.

—Creía que me amabas. Pasé un infierno por culpa de nuestra relación y ahora me dices que tiras todo por la borda?

—Precisamente porque mi amor trajo sólo muerte y dolor, pienso que necesito alejarme y dejar de ser egoísta. No podría soportar la idea de verte de nuevo en las manos de los hombres de mi padre. Tú... tú no tienes idea de lo que pasé... —susurré cerrando los ojos como si pudiera borrar todo el mal y la sangre que había visto en esos días.

—Tuviste miedo?

—Sí y todavía estoy aterrorizada. Cada vez que vuelvo a pensar lo que provocó mi rebelión, me siento morir. Sé que no me crees, pero te juro que haría cualquier cosa por borrar todo lo que pasó.

—También nuestro encuentro? —me preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—Sí... No tengo opción —murmuré temerosa.

—Bien, entonces vete —exclamó indicándome la puerta con un gesto desafiante—. Veamos cuánto resistes, ya que siempre me has dicho que me amabas y que no podrías vivir sin mí.

—Prefiero vivir sin ti antes que verte morir en manos de mi padre.

—Me subestimas, Ginebra.

—Te equivocas. La verdad es que te estoy destruyendo la vida con las presiones de tu padre y la amenaza del mío —me enojé, yendo hacia la puerta.

—De verdad crees que dejaré que me traten como a una marioneta, esos dos? —dijo tomándome por un brazo e impidiendo que me fuera—. Ahora te diré lo que sucederá: tomaré el lugar de mi padre y destruiré su imperio de mierda.

—Tu padre jamás de lo permitirá.

—Una vez que esté a cargo de sus negocios, seré libre de hacer lo que quiera. Destruiré hasta el hueso, el poder de los Orlando para aniquilar al clan Rinaldi quitándoles todo. Después haré lo mismo con el mío.

—Lo dices como si fuera un juego.

—No lo es, pero sé cómo funciona el mundo de los negocios de nuestras familias y sé

dónde golpearlos. Claro, se necesitarán años para conseguirlo pero te aseguro que puedo ser muy paciente y perseverante —me respondió Lorenzo con tanta calma que me puso nerviosa.

—¿Cómo vas a conseguirlo?

—Gracias a ti.

—A mi?!

—Sí. Uniendo nuestros apellidos daremos una señal tan fuerte como para romper todas las estructuras de nuestra ciudad y, finalmente la gente vendrá con nosotros. Mi objetivo será el de tener el apoyo de la ciudad por lo que somos y no por nuestros apellidos.

—Pero de esa forma no corres el riesgo de crear una tercera facción?

—Sí y será intocable, porque ningún Orlando se meterá contigo por miedo a dañarme y, ningún Rinaldi se meterá conmigo por miedo de arruinarte.

—Hay sólo un pequeño problema que no has considerado. Tu heredarás un imperio y serás intocable, mientras yo fui desheredada y no tengo el apoyo de nadie.

—Así te subestimas. Tu fuerza no está en tu apellido sino en tu capacidad de agradar a las personas. Eres una mujer fácil de amar.

—¡Díselo a mi familia!

—No me refiero a esa banda de locos, sino a la gente en general. Sólo mira cuántas personas te adoran aquí en el Bridge! Fuiste encarcelada y tratada como un enemigo, por quien te habla. Y, sin embargo, todos te llenaron de atenciones y muchas veces me amenazaron con que me quedaría sin empleados sino te liberaba. Incluso tuve que cerrar el Bridge porque se negaron a trabajar hasta que no volvieras con nosotros. También en esta parte de la ciudad, sé que eres poco conocida pero muchos han dicho cosas muy buenas sobre ti, a pesar de que se hubiera conocido tu verdadero apellido.

—Sólo porque todos sabían que estábamos juntos.

—Te sorprenderá, pero la verdad es que a mí no me admiran como a ti, incluso si soy un Orlando. Algunos me respetan, pero en verdad sólo tienen miedo de contradecirme y de terminar mal, mientras contigo es distinto.

—Entonces quieres que apoye tu plan?

—No, quiero que te cases conmigo.

Casarme con él?!

Quedé con la boca abierta.

—Tú me odias —le dije.

—Sí, te odio. Te odio tanto que estoy dispuesto a poner toda la ciudad patas arriba sólo para mantenerte a salvo. Te odio tanto que perdono todas tus mentiras. Te odio tanto que me vuelvo loco con la idea de perderte. Te odio tanto que ya no puedo prescindir de ti. Te odio tanto que el amor que siento por ti me mata, cada vez que siento miedo de no ser correspondido —confesó, acercándose a sus brazos—. Nunca permitiré que me alejes de ti, incluso si eso implica a un cambio radical en mi vida.

—Pero yo no quiero que te sacrifiques por mí. Yo no valgo la pena —confesé afligida.

—Tu vales más que cualquier otra cosa, más que cualquier día de mi propia vida —suspiró Lorenzo posando sus labios en los míos.

—Estás seguro? —le pregunté cuando me separe de él, después de un beso largo y conmovedor lleno de promesas y amor.

—Te lo dije hace un tiempo: de todas formas nos pertenecemos y no se puede volver atrás. Cueste lo que cueste. Te amo, Ginebra, y no permitiré a nadie que te aleje de mí.

—Yo también te amo, Lorenzo —me conmoví. No creí que habría escuchado de nuevos esas palabras—. Y te prometo que haré cualquier cosa para ayudarte y sostenerte en todo esto. Yo también quiero que Rockart City se una y, estoy dispuesta a cualquier cosa para eliminar esas divisiones que han creado nuestras familias.

—Entonces, te casas conmigo?

—Sí —exclamé feliz, besándolo con pasión.

—Mi Dios, te extrañé tanto —murmuró Lorenzo con voz ronca, recorriendo con sus manos todo mi cuerpo.

—Yo también —suspiré pasando mis dedos por su cabello.

Cada caricia y cada beso eran un pedido de redención por cada mentira, secreto, herida y minuto de encarcelamiento que habíamos pasado.

Hicimos el amor y, por primera vez estábamos sólo nosotros dos: Ginebra y Lorenzo.

Ningún apellido.

Ningún pasado.

Sólo la unión de nuestras almas y de lo que juramos hacer para ser felices y poner fin a todo lo que nos había alejado.

Fue nuestra promesa.

La promesa de volver a empezar y colocar los primeros ladrillos para construir nuestro futuro.

Una promesa que nos ocuparíamos de respetar. Juntos. En el bien y en el mal.

LORENZO

Quince años después

—Has acostado a Santiago? —me preguntó Ginebra, saliendo del baño en bata.

—Sí. Se durmió en pocos minutos. Él sí que me da satisfacciones! —le respondí orgulloso, haciendo zapping en la televisión mientras me acomodaba en la cama.

No veía la hora de ver el especial de Henriette y George, mis conductores preferidos de *Rockart City News*.

—Y Lizie?

—Todavía con el celular, chateando con las amigas. Le dije que, si dentro de media hora no apaga ese teléfono, se lo secuestro. Se enojó. No es posible que con ella cualquier cosa que le diga o haga, tenga que terminar siempre con una pelea. Con Santiago no es así.

—Santiago sólo tiene cinco años y Lizie, doce. Eres demasiado duro con ella, en mi opinión.

—Es ella quien tiene que aprender a respetar a su padre.

—Quién sabe de dónde lo sacó —dijo Ginebra, yendo hacia la puerta—. Voy yo a darle las buenas noches y a hacerle apagar el celular, pero tú tienes que encontrar la forma de no pelear cada vez que hablan.

—Estás segura que esa pequeña bruja es hija mía, no?

—Segura cien por ciento. Son idénticos! Y no sólo físicamente —rió ella saliendo.

Finalmente solo, comencé a ver la repetición del programa que salió al aire esa tarde.

Ya había comenzado y los dos periodistas estaban ya discutiendo el tema del día.

—Claro que es impensable todo esto, si se piensa cómo era Rockart City hace quince años. Te acuerdas, Henriette? —estaba diciendo George.

—Claro que lo recuerdo. En ese momento Rockart City estaba dividida en dos. Una parte gobernada por los Rinaldi y la otra por los Orlando.

—Nadie hubiera imaginado que, con el ascenso de Lorenzo Orlando, el heredero del poderoso jefe Salvatore Orlando, todo habría cambiado. Todos esperábamos que el hijo continuara con el clima de terror y los negocios del crimen organizado del padre y, por el contrario, Lorenzo demostró ser todo lo opuesto, sobre todo... democrático?

—Democrático no es precisamente la palabra adecuada, pero seguramente ha hecho un gran cambio al traer nuevas empresas y puestos de trabajo para muchos ciudadanos. Además, por primera vez, eliminó la ley que prohibía a los ciudadanos de Rockart City Este, mudarse al Oeste —recordó Henriette.

—Una gran pérdida para el imperio Rinaldi! De golpe, todos querían ir al oeste y la parte oriental de la ciudad se encontró vacía.

—Un cambio que dio origen a muchos conflictos entre las dos familias, pero la fuerza de Lorenzo Orlando fue tan importante que puso de rodillas a los Rinaldi.

—En realidad, el mérito no fue todo de Lorenzo Orlando. Queremos hablar del rol fundamental que ha tenido Ginebra Rinaldi, la tercer hija desheredada de la familia, que terminó casándose justamente con Lorenzo Orlando!

—George, nadie puede olvidar a la increíble mujer que puso fin a la guerra interna entre las dos familia y que tuvo el coraje de casarse con un Orlando. Qué escandalo, muchachos! Y no termina aquí! Después de la muerte del padre, tuvo que reencontrarse con los dos hermanos. Se dice que Rosa se rindió rápidamente por miedo de sufrir la ira de su cuñado, si se hubiera opuesto a la hermanita. Por el contrario, Fernando fue más difícil de manejar.

—Todavía hoy es un opositor y no pierde la ocasión para destruir la reputación de la hermana y de los Orlando. A menudo lo hemos tenido aquí en el programa y, sabemos perfectamente lo firme que es con sus ideas.

—Demasiado! Personalmente, creo que Ginebra Rinaldi es una mujer increíble, dedicada a la ciudad y a sus habitantes. No podemos olvidar sus luchas feministas contra el sexismo y la homofobia. Dio voz a las minorías y a menudo tuvo discursos memorables sobre la importancia de los derechos civiles. También recibió muchos reconocimientos por ello! —comentó emocionada Henriette, que siempre había sido un gran sostén para mi mujer.

—Una mujer maravillosa! Para casarse, diría —suspiró el reportero, tanto como para irritarme.

—George, has llegado demasiado tarde y no tienes oportunidad contra el fascinante Lorenzo Orlando!

—Ay, tienes razón —dijo el hombre un poco avergonzado—. Pero ahora vamos al punto central del programa

—Exacto, llegó el momento de presentar a nuestro invitado especial de esta noche!

—No creía que este día llegaría, pero hoy está con nosotros el primer alcalde de la ciudad votado por los ciudadanos!

—Todavía no puedo creerlo, George. Finalmente la Casa Blanca nos permitió a los habitantes de Rockart City, votar a nuestro alcalde.

—Y lo más extraordinario es que, por primera vez, no hubo ningún ballottage o preferencia extraña entre la zona este o la oeste de la ciudad. Fueron las elecciones más equitativas y equilibradas de la historia de Rockart City.

—Gracias a una campaña basada en la lucha contra el crimen organizado, una mayor integración social, la paridad de salarios entre hombres y mujeres, la creación de un fondo para ayudar a las familias en dificultad, aquí está nuestro alcalde! —exclamó Henriette, poniéndose de pie para recibir al invitado.

—Con el 67% de los votos a su favor, aquí... —estaba por decir George, pero de repente la televisión se apagó.

—Pero qué demonios... —me enojé.

—Es hora de ir a la cama —me ordenó Ginebra dejando el control remoto con el que había apagado la televisión.

Estaba tan absorto con la transmisión que no me había dado cuenta que había regresado.

—Ah, sí? Y quién lo dice? —me burlé de ella, dejándome fascinar por el hermoso camisón de seda blanco bordado que Ginebra me mostró cuando se quitó la bata.

—Es tu alcaldesa quien te lo ordena —me susurró al oído, sentándose a horcajadas sobre

mí y comenzando a desnudarme.

—Bien, si es la alcaldesa quien me lo pide...

—Tu obedeces, verdad? —dijo lanzándome una mirada que no admitía respuestas.

—Claro, señora alcaldesea —respondí con una sonrisa, antes de perderme en uno de nuestros besos más hermoso.

De todas formas hacía años que Ginebra se había vuelto una mujer fuerte e independiente, pero todavía me sorprendía cómo siempre conseguía hacerme lo que quería.

Incluso si su candidatura a alcaldesa había desatado una de nuestras peores peleas porque ese rol había estado siempre maldito y tenía terror que le pudiera pasar algo, pero al final había cedido.

Para ella era importante contribuir a ayudar a la ciudad y hacer bien.

Y después de mil vacilaciones, accedí a complacerla brindándole todo mi apoyo y asegurándome de que nadie se atreviera ni siquiera a torcarle un cabello.

Sabía que Ginebra se había dado cuenta de que en cada paso que daba estaba mi huella, porque adonde ella quería ir, primero tenía que atravesarlo para allanarle el camino y asegurarme de que no había peligros acechando, pero ella siempre había guardado silencio y nunca lo mencionó. Nunca quise abordar el tema abiertamente.

Después de quince años de matrimonio y dos hijos, nos conocíamos tan bien que alcanzaba una mirada para saber lo que pensaba el otro y, la cosa más hermosa era que no había más secretos y viejos rencores que nos dividieran.

FIN